

LA SAGA DE LOS AZNAR



EL PLANETILLO FURIOSO

POR GEORGE H. WHITE



Después de un largo viaje a través del hiperespacio, el autoplaneta Valera alcanza un sistema solar de estrellas dobles, donde gravita el planeta Uhlan.

Durante una avería de los sistemas de alerta del autoplaneta, los hombres de Uhlan han invadido y saqueado Valera.

El relato de una original forma de secuestro, donde millones de valeranos, que no existían en aquel momento, son extraídos de su mundo y conducidos a Uhlan ¡contenidos en unos tambores de cinta perforada!



George H. White

El planetillo furioso

La saga de los Aznar - 40

ePub r1.1

Titivillus 24.09.15

Título original: *El planetillo furioso*
George H. White, 1976

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





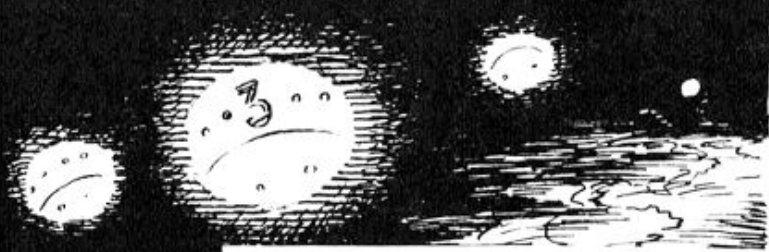
EL PLANETILLO FURIOSO

George H. White



**LUCHADORES
DEL
ESPACIO**

EL PLANETILLO FURIOSO



POR GEORGE H. WHITE

CAPÍTULO I

Una semana después de que un radio de quince kilómetros en torno a la Plaza de España.

En todo cuanto alcanzaba la vista, desde el montículo que formaban los escombros del antiguo Palacio Residencial, se dominaba un paisaje de desolación y de muerte.

Rodeada de montones de ruinas, la amplia plaza aparecía limpia de cascotes y parcialmente ocupada por los restos retorcidos, desmembrados y achicharrados de los bulldozers y las máquinas excavadoras. Las seis grandes avenidas que venían a confluir en la Plaza de España eran como largas zanjas abiertas con tiralíneas a través de un terreno accidentado, formado por colinas, dunas y cerros. La vegetación había sido reducida a cenizas a todo lo largo de estas avenidas.

Todavía las tropas seguían ocupadas en la tarea de recogida e identificación de cadáveres. Éstos eran llevados en camillas en

dirección a la rampa de acceso a los sótanos del antiguo edificio del Departamento de Defensa. Toda la maquinaria de obras públicas que se encontraba en el centro de la ciudad había quedado destruida por el bombardeo nuclear, pero otras máquinas acababan de llegar y estaban trabajando ya en la limpieza del acceso a los sótanos del destruido edificio del Ayuntamiento.

El precio que los valeranos tuvieron que pagar por conservar su autoplaneta había sido elevado.

—Veinte mil muertos —murmuró el Almirante Aznar mirando a su alrededor—. ¿Valió la pena?

—El autoplaneta vale eso y mucho más —fue la respuesta del joven Miguel Ángel Aznar.

Pero el Almirante Mayor no se refería al valor intrínseco y estratégico del autoplaneta, según expresó a continuación:

—¿Valió la pena arriesgar tanto para llegar a esto? ¿Era necesario?

—Eso nadie puede saberlo. Teníamos que intentarlo —dijo Miguel Ángel Aznar.

—¿Para qué? ¿A quién le importaba? Mucha gente era de la opinión de regresar a Atolón por el camino conocido, en vez de llevar al autoplaneta a esta insensata aventura.

—Hemos demostrado que se puede viajar a través del hiperespacio a mayor velocidad que la luz. Eso es importante. En adelante las travesías del espacio ya no supondrán eternidades. Los viajeros de Valera podrán ir desde Atolón a la Tierra y regresar a Atolón en un centenar de años o quizá menos. Hemos derribado otra barrera que parecía insuperable; la barrera del Tiempo.

—Todo eso está muy bien. Pero hemos perdido veinte mil hombres. Sus vidas habrá que anotarlas en mi cuenta particular de equivocaciones —suspiró el Almirante Aznar.

El joven vicealmirante protestó:

—¿Por qué dices eso? No es culpa tuya.

—Los errores que se cometen a bordo de este planetillo siempre son culpa del Almirante Mayor.

Dos hombres escalaban el montículo de ruinas hacia la cima en la cual se encontraban el Almirante Mayor y su hijo. Al final del combate por la posesión de la Sala de Control, antes de retirarse, los ankoranos habían lanzado algunos artefactos nucleares sobre la

Plaza de España. Pero la ruina de la ciudad era anterior al combate.

Al abandonar la Tierra, después de haber luchado contra los Hombres de Titano^[1] el autoplaneta Valera se había propuesto demostrar la posibilidad de viajar a mayor velocidad que la luz a través de una zona misteriosa e inexplorada llamada “hiperespacio”. Tal aventura nunca había podido intentarse antes. Pero desde su viaje al circumplaneta Atolón, donde los valeranos recibieron los beneficios de los adelantos tecnológicos de una supercivilización, el autoplaneta poseía los medios técnicos para realizar la empresa.

Desde el principio de las edades, el hombre había venido explorando lo desconocido, arriesgando frecuentemente la vida en el juego con los elementos cuyos fenómenos sólo conocía en sus manifestaciones externas. Así aprendió a dominar y producir el fuego, utilizó la electricidad, voló en máquinas más pesadas que el aire, atravesó la barrera del sonido, rompió la estructura del átomo y se inició en los vuelos espaciales. Pero ni conocía el misterio de la combustión, ni realmente sabía lo que era la electricidad, ni por qué se sostenían en el aire los aeroplanos, ni lo que ocurriría con su planeta cuando hiciera estallar la primera bomba atómica.

La temeridad del hombre de la Tierra siempre fue por delante de sus conocimientos científicos, y casi todos sus inventos fueron producto de la casualidad.

Casi otro tanto ocurría el día que los científicos se propusieron volar a mayor velocidad que la luz. No existía ninguna razón que impusiera la necesidad de intentarlo. Sencillamente, allí estaba la barrera de la luz desafiando a quien intentara rebasarla. Y el hombre, con su audacia característica, aceptó el reto y todos los peligros desconocidos inherentes a la aventura.

La técnica para este vuelo fantástico se basaba en la teoría de que todo el Universo existía en un espacio curvo. Tal curvatura hacía intuir la imagen de una inconmensurable esfera, en la cual todo estaría sujeto a las mismas leyes de la gravedad que actuaban sobre la Tierra. Las estrellas y las galaxias se estaban moviendo continuamente sobre líneas geodésicas, y el mismo rayo de luz era curvado por estas gigantescas fuerzas gravitacionales. El autoplaneta Valera^[2] al viajar desde Atolón a la Tierra, se desplazaba también trazando una trayectoria curva, aunque considerando la distancia esta curvatura fuera casi inapreciable.

Para romper las fuerzas de gravedad que obligaban a un móvil a viajar en una línea curva, era indispensable poseer algún medio técnico. Estos medios en el autoplaneta Valera estaban representados por la emisión de ondas gravitacionales propias. Se suponía que si el autoplaneta podía sustraerse a las leyes físicas de la gravitación universal, entonces podría viajar en una línea auténticamente recta, expresada de un modo gráfico por “subespacio”. En este momento el autoplaneta rompería la barrera de la luz y entraría en una zona donde los fenómenos físicos tendrían una expresión distinta. El autoplaneta podría acelerar de forma continua y simultáneamente con el aumento de la velocidad se dilataría hasta adquirir un tamaño incalculable.

Convertido en una masa etérea, cruzaría el subespacio como una exhalación. Las estrellas y planetas que encontrara a su paso le atravesarían como insignificantes corpúsculos, a modo de neutrinos, que atravesaban de parte a parte el globo terráqueo sin dejar rastro. Pero aunque se suponía que estos escollos cósmicos no perjudicarían a la vida orgánica, se adoptaron severas medidas de seguridad para preservar la vida de la tripulación.

Previamente al comienzo de aquel viaje, cuyo final nadie podía prever, todos los habitantes del planetillo fueron desmaterializados en las máquinas Karendón, reducidos a una fórmula escrita en código sobre una cinta metálica perforada. Los valeranos dejaron de existir en forma material. Excepto que el propio autoplaneta fuera destruido, si las Karendón y los tambores de cinta no sufrían daño, la máquina les restituiría al final del viaje al estado que tenían antes de comenzar la aventura.

Dirigido por medios puramente automáticos, el autoplaneta inició su viaje, y nadie después de esto supo lo que ocurrió.

Después de permanecer hibernado mil ochocientos ochenta y cinco años, un hombre llamado Edward Roerich volvió al estado consciente en la bóveda bajo los cimientos del Hospital General de la Armada, cerca de Nuevo Madrid. Si todo hubiese sucedido según estaba programado, al detenerse el autoplaneta debería haber funcionado una señal que pondría automáticamente en marcha todas las máquinas Karendón del planetillo.

Pero algo había ocurrido. Probablemente cuando el autoplaneta estaba frenando el tremendo impulso adquirido durante su larga

carrera, en el momento que su masa se comprimía recobrando su consistencia y volumen originales, chocó contra un cuerpo celeste. El impacto debió ser tan fuerte que provocó una sacudida parecida a un terremoto en todo el planetillo. Los edificios se derrumbaron y en la Sala de Control, donde todas las maniobras eran dirigidas por un gigantesco cerebro electrónico, alguna computadora resultó averiada. El autoplaneta se detuvo, pero la señal que debía poner en marcha las máquinas Karendón no funcionó.

El autoplaneta había ido a detenerse junto a un sistema de estrellas dobles, alrededor de las cuales gravitaba un planeta, Uhlan, habitado por seres inteligentes. La mayor potencia del planeta era Ankor, cuyo nivel tecnológico iba muy por delante del resto de las naciones. Los ankoranos llegaron hasta Valera, desembarcaron en él y lo exploraron minuciosamente.

El planetillo carecía de atmósfera. Su inhóspita superficie estaba salpicada de cráteres, sembrada de rocas grises y cubierta de una espesa capa de polvo. Pero aunque era evidente que la vida no pudo haberse desarrollado en condiciones tan adversas, los exploradores encontraron abundantes testimonios de la presencia de una inteligencia superior que aquí había desarrollado una obra gigantesca.

Toda la superficie del planetillo estaba literalmente cubierta de observatorios astronómicos, rampas lanzamisiles, antenas de radar, radio y televisión, baterías de proyectores de rayos y grandes pozos, cada uno correspondiente a un propulsor de iones; es decir, un motor de reacción de enorme potencia. Además, los exploradores contaron quinientas descomunales obras de ingeniería, todas ellas cerradas por gigantescas piezas metálicas que formaban un sistema de diafragma imposible de abrir incluso utilizando contra ellas explosivos nucleares.

Los exploradores penetraron finalmente hasta el interior del planetillo, y allí presenciaron asombrados un mundo totalmente distinto; un mundo-concha calentado y alumbrado por un sol artificial, grandes extensiones azules de agua, extensos bosques y praderas... y ruinas. ¡Pero ni un solo ser viviente!

Los ankoranos llevaban siete años saqueando el planetillo cuando en la cripta de hibernación del Hospital General de la Armada, el hombre que se había negado a ser desmaterializado

volvió a la vida. Edward Roerich, éste era el hombre, puso en marcha manualmente la máquina Karendón en la cual había sido desmaterializado todo el personal médico y auxiliar del Hospital.

Después de comprobar que el planetillo había sido invadido por gentes extrañas, los del Hospital General hicieron una salida para llegar hasta el próximo campamento de la Segunda División de Fuerzas Especiales, donde después de abrirse paso hasta el subterráneo pusieron en marcha la máquina Karendón. En el campamento se hallaban desmaterializados 12.000 hombres con sus cuadros de mandos incluidos. El comandante jefe de la División era el general Arrondo, quien a su vez envió un grupo para que intentara llegar hasta la base militar de Santa Bárbara y poner en marcha la Karendón de aquel acantonamiento.

El objetivo de estos primeros grupos era llegar hasta la Sala de Control del autoplaneta, situada a varios metros de profundidad bajo las ruinas del antiguo Palacio Residencial, con una rampa de acceso a la Plaza de España, en el centro de Nuevo Madrid. Pero la ciudad estaba ocupada por los invasores, que tenían allí un gran contingente de hombres y máquinas dedicados a remover las ruinas, probablemente buscando también la Sala de Control.

Los acontecimientos se precipitaron cuando los invasores ankoranos sospecharon que algunos valeranos estaban actuando secretamente a su alrededor. Al dirigirse directamente a la Plaza de España con sus máquinas excavadoras, los ankoranos obligaron a los valeranos a atacar en aquel punto cuando sus efectivos humanos eran todavía escasos. Las dificultades eran todavía mayores si se consideraba que, en los siete años que los ankoranos llevaban en el autoplaneta, se habían apoderado de los cien mil cruceros de combate de la Armada Sideral alojados en el interior del planetillo.

Pese a todo, los soldados valeranos consiguieron llegar a la Sala de Control, y al sótano del Departamento de Defensa, poniendo en marcha las Karendón que restituyeron al Almirante Mayor y el cuadro de técnicos y especialistas de la Sala de Control, así como a los mandos del Ejército y la Armada.

Los ankoranos reaccionaron mientras en la Sala de Control los técnicos trataban de reparar apresuradamente las averías causadas por el mismo terremoto que echó abajo todas las ciudades del planetillo. Cuando desde la Sala de Control fue posible poner en

marcha los motores del planetillo, la sangrienta batalla por la posesión de este centro neurálgico había consumido la vida de veinte mil hombres, entre ellos un elevado número de almirantes, generales y altos mandos del Ejército y la Armada.

A estas víctimas se refería el Almirante Aznar cuando, desde lo alto del montículo que formaban las ruinas del antiguo Palacio Residencial, contemplaba los restos humeantes de la que había sido una de las ciudades más hermosas del Universo conocido.

* * *

Los hombres que escalaban el montículo llegaron junto a los Aznar. Eran el Almirante José M.^a Valenciano, jefe del Servicio de Información de la Armada, y el General Baronet.

Baronet había asumido el mando de las operaciones contra las fuerzas ankoranas que todavía permanecían en el interior del planetillo. Abandonados por su Flota Sideral y sin esperanzas de recibir refuerzos, los ankoranos oponían sin embargo una tenaz resistencia a unas fuerzas cada día más numerosas.

—Desolador espectáculo —dijo el Almirante Aznar a los recién llegados abarcando el panorama con un amplio ademán—. Si nuestros ciudadanos regresaran hoy mismo, no encontrarían siquiera un techo bajo el que guarecerse de la lluvia.

Miguel Ángel Aznar contestó diciendo:

—Podemos evitar que llueva controlando la evaporación mediante una reducción de las radiaciones infrarrojas del sol.

—Para los madrileños puede que no exista problema de alojamiento —dijo el Vicealmirante Valenciano—. Probablemente no van a regresar.

El Almirante Aznar se quedó mirando con expresión interrogante a Valenciano, el cual añadió:

—Lo siento, debo comunicarle una mala noticia. Acabamos de descubrir que los ankoranos saquearon los subterráneos de Sierra Corona, llevándose todos los rollos de cinta metálica que había depositados allí.

El Almirante Aznar palideció.

—¿Quiere decir que tal vez?...

—Como usted sabe, estamos registrando bastantes fallos en las

Karendón de las Fuerzas Armadas, que son las únicas que de momento hemos puesto en marcha. De cada diez soldados restituidos, uno al menos suele aparecer sin vida. No existe una motivación de orden técnico para justificar estos fallos. Pero si nos fijamos, observamos que todos tienen algo en común. No habían sido movilizados en la época que el autoplaneta llegó a la Tierra... y todos habían hecho ese viaje desmaterializados en las Karendón municipales del Ayuntamiento de Nuevo Madrid. Ahora podemos asegurar, casi con absoluta certeza, que si esos soldados han aparecido muertos en nuestras Karendón, es porque fueron restituidos antes y están vivos en alguna parte.

—¿Quiere decir que están vivos... en el planeta Uhlan?

—¿En qué otra parte si no?

—Y no solamente los soldados, sino todas las personas comprendidas en los tambores de cinta almacenados en Sierra Corona. ¿Cuántas personas? —preguntó el Almirante Mayor con voz enronquecida por la emoción.

—No conoceremos el número exacto hasta que lleguemos a los archivos del Ayuntamiento, pero es seguro que todo Nuevo Madrid estaba en esos rollos —repuso el Vicealmirante con expresión vacilante.

—¡Toda la ciudad! ¡Cinco millones de habitantes... incluida mi esposa! —exclamó el Almirante Mayor. Y a continuación estalló en un arrebató de cólera—: ¿Cómo pudimos ser tan estúpidos? ¿Por qué no se destruyeron aquellos rollos? ¿De quién fue la desdichada idea de almacenarlos?

Miguel Ángel Aznar, el Vicealmirante Valenciano y el General Baronet guardaban silencio rehuyendo encontrarse con la mirada furiosa del Almirante Mayor. Ellos conocían el carácter del “superalmirante” y sabían que era inútil tratar de calmarle en estas condiciones. ¿Quién el culpable de aquel desastre?

No existía un culpable, sino un imprevisible azar.

Si el choque que destruyó la ciudad hubiese derrumbado la bóveda del Ayuntamiento de Nuevo Madrid y destruido la mitad de los rollos allí guardados, no habría habido palabras para ensalzar el genio previsor de quien ordenó almacenar los viejos rollos ya usados en un viejo polvorín de Sierra Corona, pues gracias a ellos se habría podido recuperar a varios millones de ciudadanos dados por

mueritos.

Nadie, ni el Almirante Mayor, previó que una avería en la Sala de Control bloquearía las máquinas Karendón en todo el planetillo, ni que esto ocurriría precisamente en un momento crítico, porque nadie pudo prever que Valera iría a detenerse junto a un planeta habitado por seres que podían llegar hasta el planetillo con sus propias cosmonaves.

Después de desahogarse maldiciendo de todos, incluso de sí mismo, el Almirante Mayor dijo dirigiéndose a Valenciano:

—¿Quién sabe? Tal vez esos malditos ankoranos no hayan tenido tiempo de restituir a toda la gente contenida en esos tambores. Para ellos, el hallazgo del escondite de Sierra Corona sería el descubrimiento de un fabuloso tesoro. Apuesto a que ni siquiera sabían lo que tenían entre manos cuando cargaron con todo ese oro. ¿Cuántas toneladas habría más o menos?

—Calculo que unas treinta mil.

—¡Treinta mil toneladas de oro puro! Por lo que sabemos, en el planeta Uhlan todavía sobreviven las viejas estructuras económicas, basadas en atribuir un valor arbitrario al oro. A lo mejor tenemos suerte. Tal vez hayan fundido la mayor parte de esas láminas para acuñar moneda, en cuyo caso restituiremos con vida a la mayoría de los habitantes de la ciudad.

—Es posible, ¡ojalá! —dijo Valenciano, aunque su acento no era demasiado convincente.

—Después de todo, ¿para qué iban a querer los ankoranos cinco millones de individuos? Cinco millones es mucha gente y sólo iban a servirles para crearles problemas; vigilarlos, alimentarlos... Con toda seguridad prefieren tener treinta mil toneladas de oro que cinco millones de individuos poco manejables. Claro que de todos modos vamos a cambiar de planes y restituir antes que nada a la gente de esta ciudad. ¡Y eso lo haremos lo más rápidamente posible! Vamos, no perdamos tiempo.

El Almirante Mayor echó a andar por entre los escombros calcinados en dirección a la Plaza de España, donde las máquinas excavadoras trataban de abrirse paso hasta los sótanos del Ayuntamiento. El General Baronet le siguió, quedándose rezagados Miguel Ángel y el Vicealmirante Valenciano.

—Usted que está mejor informado sobre el carácter y

costumbres de los ankoranos —preguntó Miguel Ángel Aznar—. ¿Cree que ellos preferirán el oro a tener cinco millones de prisioneros?

—Con todos los respetos, su padre ha dicho una tontería. Restituir a cinco millones de valeranos no significa cambiarlos por treinta mil toneladas de oro. Los ankoranos pueden restituir a los valeranos y seguir teniendo la misma cantidad de oro. Las láminas no pierden la condición de metal precioso aunque pasen mil veces por el lector de una máquina Karendón.

Ésta era una verdad tan simple, que a Miguel Ángel le sorprendió que nadie hubiese caído en ello.

Cuando la máquina Karendón desmaterializaba a un hombre, podía decirse que lo desmenuzaba de afuera adentro, analizando la composición de cada molécula y escribiendo simultáneamente su estructura atómica y el lugar exacto donde cada una de ellas se encontraba sobre unas coordenadas tridimensionales. Todos los datos quedaban expresados mediante un código de perforaciones sobre una tira de oro laminado de aproximadamente dos metros de longitud por quince centímetros de ancho y un milímetro de espesor.

La lámina perforada en la que estaban formulados los componentes físicos de cada individuo desmaterializado podían pasarse cuantas veces se quisiera por el lector electrónico de la Karendón, que entonces realizaba todo el proceso a la inversa. La memoria de la Karendón almacenaba todos los datos que figuraban en la cinta perforada, concernientes a estructura molecular y lugar exacto en que cada una debía ser integrada. Luego, en un segundo, la máquina disparaba todas las moléculas restituyendo al individuo original.

La Karendón recibía energía y transformaba ésta en materia. Creaba el cuerpo, una vez y tantas veces como se le suministraran los mismos datos. Pero tenía una seria limitación; no creaba la vida.

La vida, según había demostrado la máquina Karendón, era un don singular vinculado a la existencia del alma. El alma no tenía existencia física. No siendo material tampoco podía crearse, ni destruirse, ni dividirse.

De poco habría servido la Karendón respecto a los seres humanos, de no darse en ella una circunstancia extraordinaria. Al

desmaterializar a un ser vivo la máquina lo destruía. Sin embargo, al restituirlo de nuevo, le daba la vida. Los teóricos explicaban este fenómeno asegurando que el alma, en cierto modo, era una forma de energía. La Karendón liberaba esta energía y el alma entonces quedaba en suspenso, en una titulada “dimensión temporal”, vinculada a la forma física del ser aniquilado. Pero al restituirse este ser a su apariencia original, el alma volvía con él.

De todo esto se deducía una utilidad asombrosa. Cualquiera que fuese el tiempo transcurrido entre la desmaterialización y la nueva restitución, el alma regresaba al hombre. No sólo no importaba el tiempo, sino tampoco la distancia. Para viajar de Atolón a la Tierra, todos los tripulantes del autoplaneta fueron desmaterializados. Aunque Valera invirtió trescientos años en el viaje, al ser restituidos los valeranos tenían la misma edad y apariencia que en el tiempo en que fueron desmaterializados al comenzar el viaje.

Esto era perfectamente lógico, ya que la Karendón restituía a cada individuo según la fórmula que de él conservaba.

Al terminar el viaje en la Tierra, todas las cintas ya utilizadas se guardaron en un lugar apartado y seguro. Para el siguiente viaje se utilizaron nuevas cintas perforadas y éstas aguardaban almacenadas en los subterráneos de las Karendón para restituir a los viajeros. ¿Pero qué había ocurrido respecto a los habitantes de Nuevo Madrid?

Sencillamente, si los ankoranos restituyeron a estos ciudadanos utilizando las cintas antiguas, los habitantes de Nuevo Madrid vivirían actualmente en el planeta Uhlan. Las Karendón del Ayuntamiento sólo restituirían cuerpos sin vida, ya que por aquella misteriosa e implacable ley de las Karendón, una persona que existía en un lugar cualquier del Universo, no podía vivir simultáneamente en otra parte; el alma era indivisible y sólo animaba una vida cada vez.

Naturalmente, los madrileños restituidos en Uhlan sobre las fórmulas grabadas en las antiguas cintas, volverían a la vida con el mismo aspecto que tenían cuando terminaron su primer viaje desde Atolón a la Tierra. No serían los mismos que pocos años después se desmaterializaron para emprender aquel arriesgado viaje al hiperespacio, y por supuesto, no conservarían recuerdo de nada de lo ocurrido desde el momento que se desmaterializaron al partir de

Atolón hasta ser restituidos en un planeta extraño llamado Uhlan.

CAPÍTULO II

HASTA que se supiera que los mayas del Mandaban considerado que fuera urgente restituir a los habitantes de Nuevo Madrid. Estos iban a encontrarse con muchas dificultades en una ciudad totalmente destruida; sin casas, sin medios de transporte ni comunicación, con todos los servicios en colapso y el enemigo luchando todavía en los bosques de los alrededores.

Al declararse de máxima urgencia el rescate de los ciudadanos, todos los esfuerzos se aplicaron en esta sola dirección. Se despejó rápidamente el acceso a los sótanos del Ayuntamiento, los técnicos llegaron hasta las máquinas Karendón y las hicieron funcionar.

Había diez Karendón en los sótanos del Ayuntamiento de Nuevo Madrid, y la máxima cadencia a que podía trabajar cada máquina era de dos restituciones por minuto. O sea que en el más favorable de los casos, suponiendo que se sostuviera este ritmo y sin contar los tiempos perdidos en los cambios de tambores, las diez máquinas sólo podían restituir a mil doscientas personas por hora, que equivalía a un número de 28.800 restituciones por día. Pero pronto se tuvo la evidencia de que tan optimistas previsiones iban a distar mucho de realizarse.

Las Karendón empezaron a funcionar, y en las cámaras de restitución las primeras personas que aparecieron estaban muertas. Las máquinas eran del tipo vertical; la persona había sido desmaterializada de pie, y en esta posición aparecía al ser restituida. Pero si aparecía muerta, el cadáver se derrumbaba como si le hubieran pegado un tiro en la sien.

Una de las primeras personas restituidas de esta forma resultó ser Yawna, la esposa bartpurana del Almirante Aznar. El Almirante quedó profundamente impresionado de ver a su esposa caída medio de rodillas contra uno de los laterales de la caja de restitución.

Inmediatamente la señora Aznar fue desintegrada en la misma posición que estaba.

El Almirante Mayor estaba blanco como el papel y le temblaban las manos.

—Bueno, tranquilízate —le dijo su hijo, el Vicealmirante Miguel Ángel Aznar—. Si Yawna ha aparecido muerta aquí, es porque está viva en alguna otra parte.

De veinte restituciones fallidas, sólo una persona apareció con vida. Esto al menos indicaba algo que ya se había dado por supuesto. Los ankoranos, en su planeta, todavía estaban dedicados a la tarea de restituir valeranos. Aunque empezaron mucho antes, seguramente no disponían de gran número de máquinas Karendón, por lo que avanzaban despacio.

El Almirante Mayor abandonó con su hijo el sótano y dos horas más tarde se reunía con su Estado Mayor en la habitación contigua a la Sala de Control.

En aquel momento, cuando se estaban recibiendo noticias del bajo porcentaje de personas aparecidas vivas en las Karendón del Ayuntamiento de Nuevo Madrid, la atmósfera era de una ostensible depresión.

El general Ovando, que acababa de llegar del Ayuntamiento, informó con expresión sombría:

—Si se sostiene el mismo porcentaje tal vez lleguemos a recuperar un millón de individuos.

—¡Un millón de cinco! —exclamó el Vicealmirante Azpeitia.

—Y habremos perdido cuatro —añadió el Almirante Aznar con lúgubre acento—. ¡Es una auténtica catástrofe!

—Mientras sepamos que están vivos nos queda la esperanza de rescatarlos —dijo Miguel Ángel Aznar—. Después de todo, ¿qué utilidad puede tener para los ankoranos retener a cuatro millones de prisioneros? Por lo que sabemos, Uhlan no es un planeta donde sobren los alimentos.

—Eso sería antes —repuso el Almirante Valenciano—. Ahora tienen nuestras máquinas Karendón. Para un planeta que agotó hace tiempo sus recursos naturales, las Karendón serán como un regalo de Dios. Los ankoranos ya no tendrán que explotar a sus vecinos, arrebatándoles sus escasas reservas de productos minerales y las cosechas de sus depauperados campos de cultivo. En cuanto a esos

cuatro millones de prisioneros, los utilizarán como rehenes. Para los ankoranos serán una garantía en el supuesto de que quisiéramos intervenir en sus asuntos domésticos.

—¿Y por qué demonios habríamos de querer intervenir? —protestó el Almirante Mayor.

—Siempre hemos intervenido frente a situaciones de flagrante injusticia. Va con nuestro carácter. Históricamente está demostrado que fuimos unos Quijotes en todas partes, lo cual nos acarreó más de una complicación en el pasado. Los ankoranos no pueden esperar que nos crucemos de brazos a la vista de lo que está ocurriendo en su planeta.

—¿Qué es lo que ocurre allí exactamente? —preguntó el Almirante Mayor—. ¿Lo sabemos?

—He dedicado una semana a interrogar a los prisioneros de las distintas nacionalidades que forman Uhlan. Con esta información, unida a la que el Doctor Fidel Aznar y Edward Roerich obtuvieron del Coronel Orith y una profesora ankorana llamada Lauda Conak, he redactado un informe que creo nos puede dar una idea bastante aproximada de lo que actualmente ocurre en aquel planeta —dijo el Almirante José María Valenciano.

—¿Lo tiene ahí?

—Sí, señor.

—Bien, léalo. Ya va siendo hora de que conozcamos a esa gente —dijo el Almirante Mayor.

El Almirante Mayor Valenciano abrió una cartera de cuero y sacó unos folios mecanografiados que puso sobre la mesa. A continuación leyó:

“El planeta forma parte de un sistema de estrellas dobles. Un sol amarillo y otro verde giran uno frente al otro. El único planeta del sistema, Uhlan, describe su órbita a unos seiscientos millones de kilómetros de distancia de los soles. Su eje de rotación sobre sí mismo es sensiblemente perpendicular al plano de la órbita en que se mueve. Esto determina que el clima de Uhlan mantenga sus constantes; allí no se conocen el verano ni el invierno, reinando una estación única. El planeta es algo mayor que la Tierra, pero como su fuerza de gravedad parece ser equivalente, debemos deducir que su densidad es algo inferior. Las diferencias climáticas son importantes. Mientras en el Ecuador reina un calor tórrido, los

hemisferios norte y sur pasan rápidamente desde la zona templada a la fría.

“Esta diferencia de clima ha sido factor determinante del carácter de los uhlanitas. En la zona tropical las aguas del océano están muy calientes, el suelo es fértil y las lluvias abundantes. Sus habitantes son de carácter alegre e indolente. Los pueblos más desarrollados han sido tradicionalmente aquellos asentados en la zona templada, con clima uniforme y lluvias de régimen regular.

“La nación ankorana no ha sido afortunada a este respecto. Su clima es bastante frío en la parte meridional y se extiende hasta el polo sobre una enorme extensión cubierta de hielos perpetuos. Prácticamente Ankor carece de agricultura. Durante milenios han luchado contra la dureza de su clima, que una vez y otra les impulsaba hacia el sur en busca de las tierras más templadas. Grandes marinos y guerreros, sobrios e inteligentes, fueron la constante pesadilla de sus vecinos sureños, a quienes poco a poco fueron arrebatando sus territorios. Las pretensiones expansionistas de los ankoranos fueron causa de repetidas guerras, cuatro de ellas de carácter mundial, que acabaron con la derrota de los ankoranos y su confinación en las frías tierras del norte.

“Rechazados una y otra vez, los ankoranos tuvieron que recurrir a otros medios de conquista. Aunque carecían de agricultura, su vasto y yermo territorio era rico en bosques, petróleo y yacimientos de carbón y hierro. Decidieron declarar la guerra industrial. Utilizando sus recursos naturales elevaron su país a la condición de primera nación industrializada. Vendían al resto del mundo barcos, automóviles, aeroplanos, locomotoras, maquinaria y productos manufacturados.

“Inventores de la sociedad de consumo, aunque su tecnología ayudaba al desarrollo de las naciones, también creaba en éstas nuevas necesidades, la mayoría de las veces superfluas.

“Aunque en este momento los ankoranos habrían podido realizar sus viejos planes de conquista, pues tenían el ejército más poderoso del mundo, prefirieron dejar que la fruta madurara por sí sola en el árbol. El capital ankorano extendía sus tentáculos sobre el resto del mundo. Suyas eran las industrias establecidas en las demás naciones. Controlaban los medios de propaganda: la radio, la prensa y la televisión. Compraban a los políticos, pagaban asesinos para

eliminar a los recalcitrantes enemigos y derribaban y ponían gobiernos de acuerdo con las conveniencias de la economía ancorana. Además, vendían armas a todo el mundo, y gastaban parte de los beneficios estimulando nuevos conflictos que creaban mayores demandas de material bélico...

“El fin estaba cerca y todo sucedió como habían previsto los ancoranos. En todo el planeta, a una era de irreflexivo despilfarro, sucedió una escasez de materias primas. Se agotaron los pozos de petróleo, el carbón, el hierro, los fosfatos... Mucho antes se habían agotado los metales raros, como el oro, la plata, el uranio, el wolframio, el mercurio... La tierra había sido esquilhada, desaparecido los bosques, la pesca...

“En todo el planeta la situación económica se iba deteriorando gradual y rápidamente. Se produjo un fenómeno llamado inflación, en razón del cual los artículos subían continuamente de precio, mientras los salarios iban quedando cada vez más rezagados. Se acabaron los tiempos fáciles, los tiempos del alegre e irreflexivo despilfarro. Sencillamente, los uhlanitas habían agotado las riquezas con las que la Creación dotó a su planeta. En todos los países el capital ancorano inició un movimiento de retirada. Cerraron las fábricas dejando en paro a millones de trabajadores. Éstos se dirigieron coléricos a sus gobiernos... pero los gobernantes nada podían hacer. Habían permitido al capital jugar el libre juego que a aquél le convenía, y ahora el capitalismo les abandonaba a su propia suerte frente a las masas sin trabajo, sin dinero y sin futuro...

“El planeta entero cayó en una larga época de revueltas sociales, y la miseria se apoderó de aquellas masas engañadas. La cruda realidad se impuso; era el retorno al cultivo de la tierra, a las cosechas mezquinas, a los jornales de hambre, al trabajo duro, de sol a sol, para extraer unos alimentos insuficientes de la tierra, del mar y de los trabajos artesanos.

“Solamente un pueblo se salvó del desastre económico, la precursora de aquel diabólico invento llamado “sociedad de consumo”; Ankor. La situación actual en el planeta es la siguiente: Ankor detenta el suministro en exclusiva de los bienes de consumo para el resto del mundo y administra la economía y la política en todo el planeta. En todos los países la educación se imparte por el

sistema de inducción directa al cerebro, sobre temas seleccionados y preparados por el Ministerio de Educación de Ankor. Por este medio, y gracias al reparto de prebendas entre los políticos, los tecnócratas y los intelectuales, Ankor ha formado una sociedad disciplinada, de hombres y mujeres sumisos, sin ideales y sin otra aspiración que disfrutar en paz de una ración de alimentos suficientes para mantenerles vivos y de los espectáculos deportivos y los telefilmes de producción ankorana que incesantemente da la televisión. Los ankoranos han conseguido calar en la conciencia de Uhlan que todos los males pasados fueron ocasionados por un exceso de población. En consecuencia, actualmente existe un rígido control de la natalidad, gracias al cual la población del planeta está en franco regreso mientras, paradójicamente, el número de ankoranos aumenta en progresión constante. La maniobra es clara, dentro de un siglo el planeta Uhlan estará habitado solamente por la raza ankorana. Todos los demás pueblos habrán sido exterminados”.

El Almirante Valenciano levantó el rostro y miró a su alrededor a los rostros sorprendidos de sus colegas.

—Cuesta creer que tamaña monstruosidad haya sido elaborada por una mente humana —dijo el Almirante Mayor—. ¿No estarán equivocados sus informes, Valenciano?

—Este informe ha sido compilado sobre los relatos fragmentarios de distintos individuos. Si de algo peca, quizá sea de moderado. En general las personas interrogadas no parecían descontentas de su suerte.

—Supongamos que los ankoranos alcanzaran al fin su propósito de exterminar a todos los pueblos del planeta. ¿Sobre quién ejercerían su poder? ¿Quién trabajaría para ellos?

—Le responderé a eso con otra pregunta. ¿Quién trabaja para nosotros? Incluso antes de descubrir las máquinas Karendón, nuestra sociedad disfrutaba de un alto nivel de vida con los medios tecnológicos de que entonces disponíamos. El nivel técnico de Ankor es muy elevado. Podrían, si quisieran, aliviar la miseria del resto del planeta estableciendo un plan económico apoyado en sus grandes medios científicos: energía nuclear, producción de proteínas por medios industriales, explotación racional de los recursos del mar y un reparto equitativo de la riqueza en el marco

de una prudente austeridad. La pregunta es, ¿por qué habrían de hacerlo? No están demasiado lejos los tiempos en que los ankoranos emigraban de sus frías tierras del norte para emplearse de braceros, por un jornal de miseria, en los ricos y soleados países del sur, donde eran discriminados y tratados poco menos que como esclavos. Los ankoranos son una raza orgullosa de guerreros. Se sienten superiores a todas las demás razas, y en cierto modo han demostrado esa superioridad. Nadie les ayudó a salir de su pobreza, ellos solos lo hicieron todo. ¿Por qué iban a ayudar a sus ancestrales enemigos? Su tenacidad y su ingenio les ha colocado a la cabeza del mundo. Son dueños de ese mundo, y algún día lo ocuparán. Entonces sólo habrá una sola raza sobre Uhlan, la ankorana. Las máquinas Karendón probablemente precipitarán este proceso.

—¿Por qué? —preguntó el Almirante Mayor.

A lo que el Almirante Valenciano contestó:

—Muy sencillo. Hasta que llegaron las Karendón los ankoranos todavía necesitaban de los esclavos. Ni la agricultura ni la explotación de los yacimientos son económicamente rentables en su actual estado de agotamiento, excepto que se cuente con una mano de obra abundante y barata. Pero supongamos que los ankoranos han descubierto todas las ventajas de las máquinas Karendón. En adelante podrán obtener todo a través de un sencillo intercambio de energía-materia; metales, alimentos y productos terminados. Ya no necesitan esclavos, pueden prescindir de ellos.

—¿Cree usted capaces a los ankoranos de exterminar al resto de los habitantes del planeta, de un modo frío y deliberado, ahora que pueden valerse por sí solos? —protestó el Almirante Mayor—. No puedo creerlo. Si tamaña monstruosidad fuera cierta, ésta sería una de esas ocasiones en que estaría justificada nuestra intervención.

—¿Intervenir? —dijo el Vicealmirante Azpeitia—. ¿De qué modo? No tenemos Ejército ni Armada Sideral. En quince años, dedicando todos nuestros esfuerzos a la producción de guerra, no estaremos en condiciones de igualar la potencia de los ankoranos. Aunque quisiéramos no podríamos hacer nada para ayudar a esas pobres naciones sojuzgadas. ¡Ni siquiera podemos obligarles a que nos devuelvan nuestros cuatro millones de prisioneros!

—Eso está por ver —repuso el Almirante Mayor—. Los ankoranos no son más fuertes que lo eran los nahumitas en su

tiempo. Y a pesar de todo les hundimos. ¿Por qué? Porque su poder estaba cimentado sobre la crueldad, la esclavitud y la injusticia. Hay otras formas de luchar, aparte de oponer una escuadra de millones de aeronaves a otra escuadra igualmente numerosa. Les aconsejo que echen un vistazo a la Historia, aprenderán lecciones muy provechosas acerca de cómo los pueblos valerosos acabaron con el poder de los tiranos. Alguien debería sostener una charla amistosa con los jerarcas ankoranos y hacerles comprender el error que supondría para ellos enfrentarse con Valera.

—Una entrevista con los ankoranos podría resultar conveniente —admitió el General Ovando—. Al menos serviría para conocer sus intenciones.

—Esa es la clave; conocer sus intenciones —aprobó el Almirante Mayor—. Quiero un informe exhaustivo acerca de la situación política actual de Uhlan con todas sus ramificaciones, tanto bajo el punto de vista de los ankoranos, como contemplada desde las perspectivas de las naciones sojuzgadas. Usted se encargará de ello, Valenciano. Si necesita ayuda, eche mano de la persona o personas que juzgue idóneas para ese trabajo. Mi hijo podría ser uno de ellos, no tiene mucho trabajo actualmente.

—Aceptaré su ayuda con mucho gusto —dijo Valenciano cambiando una mirada con Miguel Ángel Aznar.

La reunión pasó a continuación a elaborar un plan de trabajo conjunto, encaminado a restablecer la normalidad en el planetillo en la mayor brevedad posible.

CAPÍTULO III

Unidad, las unidades del Ejército iban saliendo de las ciudades contra las fuerzas ankoranas que todavía resistían en el interior del planetillo.

En una semana se habían tomado más de 80.000 prisioneros ankoranos y más de 100.000 trabajadores de treinta nacionalidades distintas, que los ankoranos habían reunido en el planetillo durante los siete años de ocupación.

Mientras el Ejército se dedicaba a una sistemática labor de limpieza de los aislados focos de resistencia, la actividad se reanudaba en todas partes a un ritmo creciente.

Los daños sufridos por Valera eran considerables, pero los medios técnicos y la preparación profesional de los valeranos eran formidables.

Los valeranos, al volver a la vida en las cámaras de restitución y mirar a su alrededor, quedaban sorprendidos y confundidos ante el espectáculo de sus ciudades destruidas.

A los pocos días, sin embargo, los valeranos se habían adaptado a la nueva situación y estaban colaborando en el esfuerzo común para reorganizar su trastocado mundo.

Si una catástrofe de esta magnitud hubiese tenido lugar en los tiempos que Valera viajaba desde Redención al circumplaneta Atolón, doscientos millones de valeranos habrían necesitado un siglo para restaurar su industria, rehacer su Armada Sideral y levantar de nuevo sus destruidas ciudades.

Con la incorporación de las Karendón todo sufrió una profunda revolución. Desaparecieron las gigantescas fundiciones de acero, los enormes astilleros donde se construían los buques de guerra, las fábricas de armas, de automóviles, la industria textil, del calzado y de la alimentación...

Toda la industria del planetillo había quedado reducida a unos pocos talleres donde se construían los modelos que luego reproducían las Karendón... y un gran número de estas máquinas que transformaban directamente la energía eléctrica en buques de guerra, en misiles, en blindados, en automóviles, en televisores y lavadoras, en muebles, en vestidos, en zapatos y en un variado surtido de productos alimenticios.

Salvo la lamentable pérdida de cuatro millones de ciudadanos, y los cien mil cruceros siderales de costosa construcción, los valeranos no se sentían demasiado entristecidos.

La desaparición de cuatro millones de ciudadanos quedó desgraciadamente confirmada al pasar por las Karendón todos los rollos de cinta perforada. Las cifras incluso superaron lo previsto: 4.300.000 en números redondos. En todo el planetillo surgió un sentimiento de irritación contra los ankoranos. Pero de momento todavía alentaba la esperanza de obtener la devolución de los secuestrados.

No participaban de esta esperanza los miembros del Servicio de información. Del interrogatorio de los altos jefes ankoranos prisioneros, se deducía una clara intencionalidad de la política de Ankor, encaminada a suprimir las diferentes etnias del planeta. Los ankoranos, desde el soldado raso al general de más alta graduación, estaban imbuidos de un espíritu de superioridad en el que no quedaba lugar para la duda ni el examen de conciencia.

Los ankoranos, como los propios valeranos, recibían su educación y formación profesional a través del sistema de introducción de información y conocimientos por inducción directa al cerebro.

Las materias objeto de estudio, la moral y el ideario político, estaban contenidos en rollos de cinta magnética, grabados según un código de impulsos eléctricos. Estos impulsos, introducidos en los canales de recepción de la memoria por medio de electrodos, estimulaban una reacción químico-eléctrica de las células cerebrales, ordenándolas y enlazándolas en grupos y racimos según un orden muy complicado, cada uno de los cuales representaba una idea.

La máquina que hacía esto, la máquina “psí”, resultaba un instrumento efficacísimo para la educación, pero como tal se

presentaba como un arma de doble filo. El alumno quedaba privado de la libertad del propio discernimiento, recibía las materias de una andanada, sin oportunidad de compararlas con otras soluciones alternativas, formando en él un estado de opinión o prejuicio.

En el capítulo de las ciencias exactas el sistema daba excelentes resultados. Los problemas surgían en filosofía, sociología y política, y de forma especial en la moral del individuo. La Historia podía contarse de muy distintas maneras, y dar por hecho que sólo existía una escuela filosófica o una forma de gobierno correctos.

En manos de un Estado totalitario, como era el caso de Ankor, la máquina “psi” se convertía en un instrumento eficaz para formar un estado de opinión adecuado a sus fines. El pueblo era educado, formado en un ideología concreta, sin libertad para comparar y escoger entre otras tendencias. Si en el transcurso de su vida el individuo era bombardeado constantemente por una serie de consignas políticas y preceptos morales repetidos, había pocas probabilidades de que el ciudadano ankorano se desviara del camino “legal”.

Pero todavía quedaba un aspecto más siniestro. La máquina “psi” no sólo era capaz de grabar la mente del hombre. Podía igualmente extraer sus ideas, desnudarle de sus pensamientos más íntimos, denunciar sus pecados y sus flaquezas. Y llegando todavía más lejos, era capaz de borrar totalmente sus recuerdos y sus experiencias, aniquilar su personalidad, dejar su cerebro totalmente en blanco, como el de un recién nacido, para que de nuevo pudiera reescribirse en él formando un individuo distinto, incluso con otros gustos y otras aficiones...

¿Cuál era el resultado? Después de varias generaciones de ankoranos educados en este sistema, el resultado era una pérdida total del sentido de la realidad.

El ankorano vivía en un mundo de tópicos, encaramado a una pirámide de falsas verdades, rindiendo culto a una tradición gloriosa, de la cual se habían arrancado las páginas que alguna vez contuvieron aspectos negativos de su Historia.

La Historia que fue, la verdadera, no podían conocerla porque nadie se la explicaría jamás. El ankorano sólo tenía noción de “su” verdad. La otra había dejado de existir, murió con los últimos historiadores, los últimos filósofos y los últimos políticos que no

habían sido educados por una máquina, sobre una letanía de falsedades y omisiones siempre repetida. Después de la máquina “psí”, la única verdad, la única moral respetable, el único código de justicia, el único credo eran los que enseñaba la máquina “psí”...

Si esto ocurría con los ankoranos, ¿qué ocurría con el resto del planeta?

Los ankoranos, que antes habían exportado armas altamente sofisticadas (como los rayos desintegradores de metales), vendían máquinas “psí” a los empobrecidos países. Éstos ya no podían permitirse el lujo de emprender guerras ruinosas con sus vecinos, y las “psí” resultaban muy útiles para “educar” al pueblo, imbuyéndoles ideas conformistas que le mantuvieran en sosiego mientras se le suministraban, como píldoras hipnóticas, espectáculos deportivos y filmes por televisión.

Para alcanzar estas desoladoras conclusiones, el Servicio de Información desplegó grandes medios técnicos. Se reclutó un equipo de calificados psicólogos, sociólogos, neurocirujanos, incluso un parapsicólogo de excepcional valía, el doctor Fidel Aznar, que era hermano de Miguel Ángel Aznar.

Este contingente de especialistas fue auxiliado por gran número de máquinas “psí”, traductoras de idiomas y ordenadores. Máquinas y hombres fueron concentrados en las ruinas del Hospital General de la Armada, donde funcionaba todavía un reactor nuclear y se disponía de un amplio sótano de dos plantas. El antiguo parque fue limpiado de malezas, levantándose unos pabellones provisionales y un comedor.

Cerca del Hospital, junto al lago, se talaron cierto número de árboles para clarear el espeso bosque e instalar un campamento de tiendas de campaña, donde fueron llevados los prisioneros previamente seleccionados. A este campamento se le llamó “Babel II”, por la variedad de lenguas que se hablaban en él.

Los investigadores dispusieron de un variopinto mosaico de nacionalidades, que iba a permitirles comparar entre sí las más diversas declaraciones y opiniones. Cada hombre y mujer del equipo de investigación aprendió por lo menos otro idioma además del ankorano.

Frente a todo este despliegue de medios, causaba sorpresa la persona de Fidel Aznar, un gigante rubio de ojos azules y dos

metros de estatura, con una cabeza grande que encerraba un cerebro dotado de facultades extraordinarias.

Hijo del Almirante Aznar y de una dama bartpurana, la procreación de Fidel había sido dirigida científicamente, de modo que recibiera los genes seleccionados para crear un superhombre. Los genetistas bartpuranos hicieron bien su trabajo y el resultado fue Fidel Aznar.

Este joven fuerte, serio e imperturbable, se reía de las “psí”, de las máquinas traductoras y de los computadores. Era el único hombre del campamento que podía conversar con cualquiera de los 15.000 prisioneros de “Babel II” y hacerse comprender. Para Fidel Aznar esto era muy sencillo. Mientras hablaba en castellano o bartpurano a un uhlanita, lo que hacía en realidad era transmitir su pensamiento directamente a la mente del que le escuchaba. El uhlanita solía quedar sorprendido de lo fácil que resultaba para él comprender un idioma desconocido. Pero más sorprendente era todavía la facilidad de Fidel Aznar para entender cualquier cosa que se le dijera en cualquiera de los sesenta y siete idiomas y dialectos distintos que se hablaban en Uhlan. ¡Fidel Aznar leía el pensamiento haciendo caso omiso de las palabras!

Nadie podía engañar a Fidel Aznar en el curso de un interrogatorio, puesto que el bartpurano no escuchaba las palabras, sino que estaba leyendo en la mente del sujeto. Pero esto mismo ocurría también con las máquinas “psí”, que desnudaban la mente del individuo y extraían de ella las ideas y los sentimientos más ocultos.

Después de un mes de preparativos, en los tres meses siguientes el equipo de investigadores interrogó a más de cinco mil prisioneros de todas las nacionalidades, cuyas respuestas, analizadas por las computadoras, dieron como resultado la existencia de un estado de latente inconformismo entre las naciones.

Esto constituyó una sorpresa, pues vino a demostrar que, oculto en lo más profundo de cada ser, pervivía un deseo de libertad y justicia, que sólo esperaba una oportunidad para manifestarse de forma abierta y espontánea. Sobre estas bases, el joven Vicealmirante Miguel Ángel Aznar estudió un proyecto de guerra subversiva, destinado a cubrir la contingencia de un posible enfrentamiento con Ankor.

Pero no era solamente Miguel Ángel Aznar quien por aquellos días dedicaba una parte de su tiempo a hacer proyectos.

En todos los tiempos, siempre que la nación valerana se había enfrentado a una situación de peligro, el ingenio parecía ser estimulado en busca de soluciones de emergencia. Proyectos de nuevas ciudades, de nuevas aeronaves, de nuevas armas, llovían materialmente sobre la mesa del profesor Ferrer, director del Instituto Tecnológico de Ciberburgo, la ciudad de la ciencia y la investigación.

Lo más divertido del caso era que, mientras se veía obligado a examinar y rechazar un enorme número de proyectos inútiles o descabellados, el propio Ferrer andaba buscando la forma de interesar a alguien en un invento propio.

Una tarde Miguel Ángel Aznar recibió la visita inesperada del profesor Ferrer, quien como por casualidad se dejó caer por el Hospital camino de Ciberburgo.

Como solía ocurrir entre los valeranos, el profesor Ferrer no representaba sus casi ochenta años, manteniéndose delgado y ágil como un muchacho. No se habían visto desde que se despidieron antes de comenzar el viaje de Valera, que era como decir desde que uno y otro fueron restituidos por la Karendón en distintos lugares. En estos tiempos, cuando todo el mundo en el planetillo andaba atareado, los encuentros entre amigos solían producirse de tarde en tarde y en los lugares más inesperados.

José Ferrer venía de Nuevo Madrid, donde había sido llamado para dar solución a un problema surgido con motivo de las reparaciones y reformas que se llevaban a cabo en la Sala de Control.

—Supe por tu padre que estabas aquí y me dije: “voy a detenerme en el Hospital a saludar a Miguelito”.

—Pues le agradezco la visita muy de veras. Hace dos semanas que no me acerco por Nuevo Madrid —dijo Miguel Ángel—. No me gusta ver cada vez aquellas montañas de ruinas y pensar que allí hubo en otro tiempo una espléndida ciudad.

—¿Dices que no has estado en Madrid en dos semanas?

—Exactamente. ¿Sabe lo que dijo el viejo la última vez que fui a verle? Dijo, “¿a qué has venido?”.

—¿Tampoco os habláis por teléfono? Entonces no has oído de la

nueva arma que estamos preparando.

—¿Una nueva arma? —saltó Miguel Ángel mostrando repentino interés—. ¿De qué se trata?

—Bueno, no es nada revolucionario, no vayas a creer. Pero puede servir.

—¿Servir, para qué?

—¿No es irónico? Construimos nuestros nuevos cruceros Stelar tan fuertes para que nada pudiera destruirlos. Y ahora tenemos que inventar algo nuevo para vencerles.

—¿Cómo es ese arma?

—Ven a Ciberburgo, la verás allí.

Miguel Ángel Aznar sólo perdió un minuto para volver al pabellón y dar cuenta de dónde podrían llamarle en caso necesario. Poco después estaba pilotando el aerobote, volando raudamente bajo el tibio sol artificial de Valera sobre la masa oscura de los bosques, que durante los dos milenios de duración del viaje del planetillo se habían extendido por todas partes en salvaje libertad.

La notable extensión e impenetrabilidad de los bosques había ocultado muchos de los secretos de los valeranos. Tal era el caso de Ciberburgo. Aquí los edificios eran de poca altura y estaban muy diseminados. El terremoto echó abajo los edificios, y posteriormente el bosque y las malezas lo cubrieron todo bajo un manto de verdor. Otro tanto había ocurrido con los astilleros donde se construían los buques de guerra y las bases de arsenales.

Casi lo único visible que los ankoranos encontraban al entrar en el planetillo, fueron las ruinas de las grandes ciudades que ocupaban áreas muy extensas y poco apropiadas para que sobre ellas crecieran los árboles. Los trabajos de investigación de los ankoranos se habían dirigido principalmente sobre las ruinas de las ciudades. De los escombros de las ciudades de Valera los ankoranos extraían grandes cantidades de materiales que escaseaban en su propio planeta, especialmente acero, plomo, cobre, latón, plata y oro.

Sin embargo, el más valioso botín fueron los cien mil cruceros de combate de la Armada Sideral Valerana, que los ankoranos encontrarían intactos y sin necesidad de realizar excavaciones. Estos buques medían trescientos metros de eslora y tenían un casco de “dedona” de tres metros de espesor. Eran tan pesados que tenían

que mantenerse constantemente en el aire, bien fuera levitando por sus propios medios, o “anclados” en una zona neutra donde no actuaran las fuerzas de gravedad.

Por sus particulares características, al tratarse de una esfera hueca, en el interior de Valera no existía fuerza de gravedad. Ésta se obtenía haciendo girar incesantemente al planetillo sobre su eje. La fuerza centrífuga resultante era la que mantenía a sus habitantes con los pies pegados al suelo e impedía que los edificios flotaran en el aire.

Esta fuerza centrífuga tenía sus valores máximos en la línea del Ecuador, donde era mayor la velocidad lineal del giro del planetillo, y disminuía progresivamente al alejarse de este punto para ser prácticamente nula en los polos.

Aprovechando esta circunstancia, las bases de la Armada Sideral estaban localizadas en el interior del planetillo y alrededor de los polos, donde los superpesados buques se sostenían en el aire con los reactores nucleares parados.

Para secuestrar los cien mil buques de la Armada Valerana los ankoranos tuvieron que realizar un costoso trabajo de readaptación, pues estas aeronaves obedecían a la voz de mando en castellano, y los ankoranos no conocían este idioma ni llegaron a conocerlo hasta muchos años después, cuando el primer valerano fue restituido en la primera Karendón que los técnicos ankoranos consiguieron poner en marcha.

Los técnicos valeranos, con una larga experiencia en la construcción de cosmonaves, habían construido sus últimos buques de guerra a conciencia. En palabras del profesor Ferrer “los hicimos tan buenos, se estudiaron tan a fondo todas las posibles contraarmas, que ahora que están en manos del enemigo nos las vemos y deseamos para encontrar un medio de combatirlos”.

Casi la primera persona con la que Miguel Ángel Aznar se encontró al abandonar el “aerobote” ante el nuevo pabellón de la administración del Instituto Tecnológico de Ciberburgo, fue una vieja conocida. Terry Ferrer, hija de don José Ferrer.

Rodeando el nuevo edificio, donde todavía se estaban realizando obras, el profesor Ferrer llevó a Miguel Ángel hasta un amplio patio posterior. Allí estaba la nueva arma, suspendida en el aire a tres metros del suelo.

El “platillo volante” que estaba viendo Miguel Ángel Aznar medía 36 metros de ancho por catorce metros de espesor o altura, y tenía una apariencia maciza, a pesar de que flotaba en el aire como un globo.

—¿Es ese mazacote la nueva arma? —preguntó Miguel Ángel decepcionado.

—¿No es muy elegante, verdad? Pero esperamos que sea efectiva —dijo el profesor Ferrer.

—¿Dedona?

—De superior calidad. Excepto un hueco de cuatro metros de altura y doce metros diámetro, para dar cabida al reactor nuclear y el resto de la maquinaria, todo él es una mole de dedona. En la parte superior y en la parte inferior el espesor es de cinco metros. Entre los bordes y el hueco interior hay nada menos que doce metros de dedona compacta.

—¿Cómo funciona? —preguntó Miguel Ángel acercándose a la máquina y empezando a andar lentamente a su alrededor.

—La idea es muy simple. Se trataba de hacer algo tan sumamente compacto que los disparos de “luz sólida” de nuestros buques no pudieran atravesarlo, ni en la primera, ni en la segunda ni en la quinta andanada.

—¿Por qué no le han dado la forma de una esfera?

—Una bola que tuviera doce metros de espesor de “dedona” resultaría muy voluminosa y emplearía una gran cantidad de materia. No es necesario. El “platillo volante”, en su movimiento de aproximación a un buque, ofrece a éste su canto, donde el espesor es de doce metros de “dedona”. La máquina va impulsada y guiada por ondas gravitacionales, pero en su cara anterior y posterior lleva sendos proyectores de “luz sólida” de nuevo diseño. En lugar de proyectar una barra de luz, lanza un rayo en forma de cruz. Cada brazo de esta cruz mide dos metros de largo y cincuenta centímetros de grosor. Es el rayo de más potencia que hemos construido jamás.

—¿Cuál es la ventaja de la forma de cruz?

—Si alguna vez has intentado hacer un agujero en una pared de ladrillo lo comprenderás fácilmente. De eso se trata, de que el rayo de “luz sólida” abra un agujero en los tres metros de espesor de la coraza de “dedona” de nuestros cruceros.

—Si el “platillo volante” sólo lleva proyectores en la parte superior e inferior, para que éstos actúen tendrá que dar la cara, es decir, ofrecer su parte más ancha y también más vulnerable a los disparos del buque al que está atacando.

—Ciertamente. Pero la misión de esta nueva arma no es simplemente la de tratar de abrir agujeros en los costados de nuestros buques. El “platillo volante” se acerca al buque enemigo volando a plano. Luego, en las proximidades del blanco, voltea cuarenta y cinco grados para “dar la cara” al enemigo. En este momento pone en acción su potente rayo de “luz sólida” en forma de cruz y se abalanza sobre el buque para estrellarse contra él. El reactor nuclear alojado en el interior del “platillo volante” actúa como una bomba y proyecta su acción destructora como un proyectil de carga hueca, hundiendo la coraza del buque ya debilitada por el taladro de “luz sólida”.

—Pero si el buque da una guiñada en el último instante, el “platillo volante” no le alcanzará —objetó Miguel Ángel.

—Bueno, no pretendemos haber inventado un arma decisiva. Si nuestro “kamikaze” no alcanza a ése, tal vez vaya a estrellarse contra otro buque que se encuentra unos kilómetros más allá.

—¿La Armada ha dado el visto bueno a este arma?

—Sí.

—Sinceramente, esperaba ver algo más original.

—Ya es difícil a estas alturas crear ingenios totalmente originales. Generalmente realizamos versiones mejoradas de inventos ya experimentados. Éste es el caso de mi Karendón traslacional, que aunque parezca nuevo, sólo es una variante de la Karendón conocida.

—¿Qué es eso de la “Karendón traslacional”? ¿Por qué ese nombre tan raro? —preguntó Miguel Ángel.

—Es como quien dice el huevo de Colón. Una Karendón para viajar a grandes distancias. Se puede explicar en muy pocas palabras. Supongamos que nos encontramos en una órbita a veinte millones de kilómetros de la Tierra y el Almirante Mayor desea trasladarse allá para una vista de inspección. Tenemos aquí una “traslacional” y otra idéntica en algún lugar de la Tierra. El Almirante Mayor entra en la “traslacional” de aquí y es desmaterializado según la fórmula clásica. La Karendón ha escrito la

fórmula de los componentes físicos del Almirante sobre una cinta perforada. Esta cinta se pasa por un lector electrónico al que se ha acoplado un aparato de radio. Mediante señales de radio, la “traslacional” de aquí envía los datos a la Tierra. La Karendón de la Tierra se pone en marcha y restituye en su cámara a la persona del Almirante Mayor según la fórmula de aquí. El Almirante viajaría de Valera a la Tierra en un minuto y podría regresar a Valera por el mismo procedimiento.

—¡Caramba, profesor, esa idea es sensacional! ¿Cómo no lo había pensado antes nadie?

—Ya estaba pensada —dijo Ferrer enrojeciendo—. Sólo faltaba que alguien lo realizara.

—¿Y usted lo realizó?

—Sí.

—¿Expuso su idea al viejo? ¿Qué dijo?

—Dijo que bien, que era una bonita idea, pero que por el momento no iba a viajar a la Tierra y no estamos para perder el tiempo en tonterías.

—¿Eso dijo? Seguramente no le pilló usted en el momento apropiado.

—No esperaba que me ordenara empezar a construir máquinas “traslator” en serie, sólo que admitiera que sería una cosa útil en multitud de circunstancias. Por ejemplo para que las tripulaciones de nuestra Armada pudieran llegar rápidamente a sus buques... o para relevar a una tripulación que esté operando largo tiempo lejos de la base... o enviar allá un médico o evacuar un enfermo.

—No tiene que preocuparse por el futuro de su invento; es muy bueno y acabará imponiéndose —Miguel Ángel contempló largamente el “platillo volante” para concluir—: Mucho mejor que este artefacto, del cual dudo pueda servirnos para algo.

Poco después Miguel Ángel Aznar se despedía de los Ferrer y era acompañado por un piloto que le dejó en el Hospital de la Armada para emprender inmediatamente el regreso a Ciberburgo.

CAPÍTULO IV

Después de seis meses de navegación sideral, el autoplaneta Valera Estrela deuseis meses de navegación sideral, el autoplaneta sobre sus pasos de regreso al sistema de Uhlan. Para esta fecha, los destrozos causados por el choque en las defensas exteriores del planetillo, habían quedado totalmente reparadas.

Mientras en el exterior el planetillo estaba preparado para rechazar un ataque, en el interior los valeranos vivían en condiciones detestables en chabolas construidas con los materiales extraídos de las ruinas, en cabañas de troncos diseminadas por los bosques, en sótanos y subterráneos que antaño fueran arsenales.

Todo el esfuerzo de la nación estaba aplicado a la renovación de la Armada Sideral.

Cada día, un centenar de grandes cruceros Stelar, idénticos a los secuestrados por los ankoranos, salían de las gigantescas gradas de las Karendón, donde se construían por el sistema de integración molecular. En un año los valeranos esperaban tener listos unos 35.000 buques de combate, aproximadamente la tercera parte de los 100.000 que habían robado los ankoranos.

La víspera del cambio de rumbo del autoplaneta, el Almirante Aznar se reunía con su Estado Mayor para decidir un plan de acción sobre los informes obtenidos tan laboriosamente por el equipo del Servicio de Información de la Armada.

Desde dos semanas antes, cada miembro del Estado Mayor y otros almirantes y generales tenían en su poder un volumen de 500 páginas en el que se resumían la historia, la política, la economía, la técnica, la geografía, los recursos naturales y las peculiaridades de todas y cada una de las naciones de Uhlan, y particularmente Ankor.

La mayoría de los miembros del Estado Mayor traían consigo su correspondiente libro, con puntas dobladas y anotaciones

marginales. Se respiraba una atmósfera de pesimismo al comenzar la sesión, que el Almirante Mayor abrió con las siguientes palabras:

—Mi gratitud al Almirante Valenciano, al Vicealmirante Aznar y a ese excelente equipo de psicólogos, sociólogos, economistas y especialistas en política que colaboraron en la confección de tan prolijo informe. Gracias a ellos sabemos hoy de cada una de las naciones de Uhlan más de lo que nunca supimos de los planetas nahumitas. Las máquinas “psí” han realizado una buena labor. Lástima que no hayan podido decirnos cuáles son las intenciones del Gobierno ankorano respecto a los cuatro millones de valeranos que tienen en su poder.

El Almirante Valenciano tomó la palabra y dijo:

—Las máquinas “psí” no han podido revelarnos las intenciones del Gobierno de Ankor, por la sencilla razón de que no hemos hecho ningún nuevo prisionero después que los ankoranos perdieron el autoplaneta. Pero yo me arriesgaría a asegurar, y pondría las manos sobre el fuego, a que después de haber perdido el planetillo los ankoranos no van a devolvernos uno solo de los prisioneros. La razón es obvia; mientras tengan esos millones de valeranos en su poder, los utilizarán como rehenes para asegurarse de que no vamos a atacar su planeta ni intentar modificar la situación política de Uhlan.

—No podemos asegurar apriorísticamente lo que harán los ankoranos —repuso el General Baronet—. Las máquinas Karendón deberán modificar todos sus planes socioeconómicos. Uhlan, por lo que sabemos, es un planeta que ha agotado sus recursos naturales. La razón principal del malestar que reina allí está basada fundamentalmente en una crónica escasez de alimentos. Las Karendón van a aportar una solución radical a todos los problemas de los uhlanitas. A partir de la energía obtendrán alimentos y productos terminados, abundantemente y a bajo costo.

—En efecto —repuso el General Ovando—. Sólo que cabe preguntarse si los ankoranos, que son quienes poseen el secreto de nuestras máquinas, accederán a compartir los beneficios de las Karendón entre todos los habitantes del planeta.

—¿Y por qué no?

—Preguntémonos más bien, ¿por qué sí? Las aspiraciones de los ankoranos a un dominio universal han visto derribadas las últimas

barreras con las máquinas Karendón. Ayer los ankoranos necesitaban todavía, aunque en medida cada vez menor, a esa mano de obra abundante y barata que extraía los restos de las materias primas de un planeta agotado. Pero eso se terminó. Con las máquinas Karendón los ankoranos van a obtener todo lo que necesitan. El paso inmediato consiste en aniquilar al resto de los habitantes del planeta. Todo Uhlan hablará un sólo idioma y estará poblado por una sola raza, la ankorana.

Se suscitó a continuación una acalorada discusión, uno defendiendo la tesis más pesimista, otros fundando sus esperanzas en un sentimiento humanitario de los ankoranos. Finalmente, fue el Almirante Mayor quien impuso silencio para decir:

—Pienso que es una pérdida de tiempo el tratar de adivinar lo que harán los ankoranos en un momento determinado. En sus manos está la iniciativa, según ellos actúen responderemos nosotros. Nuestra tarea, según yo entiendo, es prever todas las alternativas posibles y estar preparados para responder con rapidez y decisión en cualquier contingencia que se presente. Por ejemplo, supongamos que el Gobierno de Ankor accede a devolvernos los prisioneros, pero exigiendo a cambio la promesa de no entrometernos en sus asuntos. ¿Cuál sería la actitud a adoptar por nosotros?

—Supongo que la actitud más sensata sería recuperar a nuestra gente y alejarnos de Uhlan —respondió un general.

—¿Aunque tuviéramos fundadas sospechas de que los ankoranos iban a poner en práctica un genocidio a escala mundial?

Los miembros del Estado Mayor se miraron unos a otros sin saber qué contestar. El Almirante Aznar continuó:

—¿No saben qué contestar, verdad? Ya ven que no es tan sencillo decidir sobre esta cuestión.

—Yo lo resolvería de un modo sencillo —dijo el General Pitarch, uno de los últimos agregados al Estado Mayor—. Prometería cualquier cosa con tal de que nos devolvieran los prisioneros, y luego me reservaría la opción de actuar según mi conciencia.

Miguel Ángel Aznar contestó rápidamente:

—El Gobierno de Ankor ya habrá previsto esa posibilidad. Por lo tanto, lo último que hará será devolvernos nuestros prisioneros. Es más, en mi opinión nunca nos los devolverá. Esos cuatro millones

de internados son como una póliza de seguro. En tanto los tengan en su poder no nos atreveremos a atacar Ankor.

Esta afirmación causó sorpresa y confusión. Ovando preguntó, mirando a Miguel Ángel Aznar como si éste fuera ankorano:

—¿Qué esperan entonces que hagamos? ¿Abandonar a cuatro millones trescientos mil de los nuestros y marcharnos?

—Me resisto a creer tan estúpidos a los ankoranos —dijo el Almirante Mayor—. Si han interrogado a los prisioneros, como de seguro habrán hecho, sabrán que no va a nuestro carácter resignarnos a perder a nuestra gente.

—No son estúpidos —replicó Miguel Ángel—. Simplemente no participan de nuestros sentimientos de fraternidad, no saben lo que es eso. Las hembras ankoranas ponen huevos. El Estado toma a su cargo la incubación de los huevos y la posterior educación de los niños. Salvo cuando se trata de familias distinguidas, los ankoranos no conocen a sus padres. El Estado es su padre y su madre, su protector y su preceptor. Esa es la gran diferencia que les hace distintos a nosotros.

—Pongamos en claro esto desde el primer momento —dijo el General Ovando—. Cualquier solución que se arbitre, deberá llevar implícita la firme e irrevocable decisión de no abandonar a uno sólo de nuestros hermanos cautivos. Ese al menos es mi pensamiento, pero si de lo que se trata es de conocer la opinión de la mayoría, propongo que se someta a votación.

—¿Para qué votar? —protestó el General Pitarch—. ¿Es posible que alguien ponga en duda nuestro sentimiento de solidaridad con esos cuatro millones de prisioneros?

—No tiene por qué ofenderse, mi querido Pitarch —dijo el Almirante Mayor con aplomo—. Nada mejor para conocer la verdadera opinión de la gente, que someter un asunto a votación secreta, es la única forma de que uno pueda manifestarse sin ceder a presiones de ninguna clase. Me adhiero a la propuesta del General Ovando, pero antes quiero hacer una aclaración. Y es que tengan en cuenta que no se trata solamente de afirmar un sentimiento de solidaridad con nuestros hermanos prisioneros en Uhlan. Si decidimos rescatar a los prisioneros, deberemos entender nuestro “sí” con todas sus consecuencias, incluida la posibilidad de entrar en guerra con Ankor.

Las palabras del Almirante Aznar causaron profunda impresión en los reunidos. La mayoría eran nuevos en el Estado Mayor, y para muchos fue una sorpresa descubrir que se estaba hablando de algo de gran trascendencia.

Mientras alguien iba a buscar la urna y se repartían los papeles, Pitarch preguntó preocupado:

—¿Considera el Almirante Mayor que una guerra es inevitable?

—Si puede evitarse, se evitará —respondió el Almirante Aznar—. Lo que no se puede hacer, es irles con exigencias a los ankoranos sin saber hasta dónde estamos dispuestos a llegar.

Se llevó a cabo la votación. El Estado Mayor lo formaban ocho generales, ocho almirantes y el Almirante Mayor. El escrutinio dio doce “sí”, dos “no” y tres papeletas en blanco.

—¿Ve usted, Pitarch? —dijo el Almirante Mayor con acento sin rastro de ironía—. Ésta es la ventaja del voto secreto. Si hubiéramos dicho, “que levanten la mano los que estén a favor” se hubiesen levantado diecisiete manos. Porque nadie habría querido parecer cobarde o egoísta. No recrimino a los que han votado “no” o se han abstenido. Una guerra es algo muy serio. Acabamos de salir de una y todos sabemos lo que significa. Incluso podría darse el caso irónico de que, tratando de rescatar a cuatro millones de valeranos, perdiéramos muchos más en la contienda. El final de una guerra es imprevisible.

Se rompieron las papeletas y se retiró la urna. El Almirante Mayor tomó de nuevo la palabra y dijo:

—Vamos a partir del supuesto más desfavorable. Los ankoranos conocen nuestra forma de pensar, saben que nunca consentiremos un genocidio, y que incluso devolviéndonos nuestros prisioneros no nos marcharemos antes de dejar un planeta en paz. Si no han cambiado su ideología e insisten en la pretensión de conseguir un planeta para una sola raza, obrarán en consecuencia y retendrán a los cautivos. Eso ocurrirá dentro de seis meses aproximadamente. Para esa fecha nuestra Armada sumará entre treinta y tres mil y treinta y cinco mil buques; es decir, la Armada de Ankor nos triplicará en número. Tendremos que esperar dos años más para sumar cien mil cruceros, pero en ese tiempo los ankoranos también habrán construido más buques si aplican el sistema de integración molecular por medio de las Karendón gigantes. En una guerra

clásica, para atacar a Ankor con probabilidades de éxito, deberíamos tener el doble de buques de combate que el enemigo...

El Almirante Mayor se interrumpió para suspirar, ocasión que aprovechó Miguel Ángel Aznar para decir:

—Una guerra clásica no es aplicable en el caso de Uhlan. Creo que estamos partiendo de un supuesto totalmente equivocado.

El Almirante Mayor se volvió a mirar a su hijo con el ceño fruncido. Lanzó un gruñido y dijo:

—Muy bien, escuchemos a los estrategas de la nueva generación, tal vez tengamos que aprender algo de ellos.

El joven Vicealmirante se puso colorado mientras algunos de los almirantes más antiguos dejaban oír su risa. Sin embargo Miguel Ángel no se amilanó.

—Planteada la guerra con arreglo a la forma clásica no sólo deberíamos reunir una Armada el doble de numerosa que la de nuestro enemigo. Las fuerzas aéreas nunca han conquistado un planeta; la ocupación del territorio enemigo tiene que hacerse por medio del Ejército. Pero no tenemos Ejército. Somos dieciocho millones de valeranos, contando ancianos, mujeres y niños, contra quinientos millones de ankoranos...

—¿Contando ancianos, mujeres y niños? —preguntó el Almirante Mayor, aparentemente grave, pero con evidente intención de burlarse de su hijo.

—Los ankoranos son un pueblo aguerrido —continuó Miguel Ángel haciendo caso omiso de la observación—. Están imbuidos de su superioridad, son soberbios y creen servir a una causa justa. Llegado el caso podrían reunir un Ejército casi el doble de numeroso echando mano de las otras naciones uhlanitas, formados a través de las máquinas “psí” y convertidos en autómatas humanos; es decir, soldados de un valor suicida que no retrocederían ante nada, ni siquiera ante la muerte. Nosotros no tenemos nada de eso, y todavía tardaremos años en formar un Ejército Autómata como el que teníamos al invadir los planetas terrícolas...

—Resumiendo —dijo el Almirante Mayor aprovechando una pausa de su hijo, como éste había hecho antes con él.

—Aunque algún día estuviéramos en condiciones de atacar e invadir Uhlan, no tendría sentido haber emprendido una guerra para salvar a cuatro millones de cautivos valeranos y tres mil

millones de uhlanitas sometidos a la tiranía ankorana... y arrastrar a todo Uhlan a la ruina, incluidos nuestros cuatro millones de valeranos, que el enemigo pondría ante sí como escudo.

—¿Qué clase de guerra propone entonces el Vicealmirante Aznar, suponiendo que no sea partidario de dar media vuelta y marcharnos, dejando abandonados a nuestros hermanos prisioneros? —preguntó el General Pitarch.

Miguel Ángel Aznar sacó de bajo de la mesa, donde había tenido oculto sobre las rodillas, un grueso mazo de folios mecanografiados cosidos con grapas, el cual puso sobre la mesa diciendo:

—Si alguna vez hubiese dudado de que la guerra con Ankor era inevitable, no me hubiese molestado trabajando durante dos meses en un proyecto de guerra subversiva.

El Almirante Aznar tiró del libro, miró la cubierta y leyó en voz alta:

—“Operación Erinias. Proyecto de guerra subversiva y psicológica en Uhlan. Por el Vicealmirante de la Armada Miguel Ángel Aznar Bogani”. —El Almirante Mayor levantó los ojos, miró a su hijo y preguntó—: ¿Por qué Erinias? ¿Qué significa?

—Eran seres mitológicos, divinidades infernales, hijas de la Tierra y diosas de la venganza, llamadas Furias por los romanos. Eran tres: Megera, Alecto y Tisífone. Vivían en el Tártaro y estaban encargadas de castigar los crímenes de los hombres. Pensé que el nombre nos iba, pues también nosotros somos hijos de la Tierra y queremos castigar los crímenes de los ankoranos —respondió Miguel Ángel.

—Muy bonito —asintió el Almirante Aznar—. ¿Y en qué consiste el plan? ¿O hay que leerse todo el libro para enterarse?

—Mi plan se basa en la fuerza potencial de dos mil quinientos millones de uhlanitas que, aunque sometidos, alientan en lo más oculto de su alma un lógico deseo de libertad y prosperidad. Nuestra misión consiste en despertar ese deseo aletargado, estimularlo y dirigirlo como un ariete contra Ankor.

Miguel Ángel Aznar se interrumpió, quedando todos expectantes, como esperando algo más. Pero el joven Vicealmirante no siguió y el General Pitarch preguntó:

—¿Eso es todo, señor Aznar?

El Almirante Mayor puso su mano sobre el mazo de folios

mecanografiados y sus azules ojos brillaban al decir:

—¿Qué más se puede decir? Somos hombres libres, y como tales nadie tiene que convencernos de lo que todos sabemos. Un millón de bombas atómicas no poseen la fuerza explosiva de un deseo de libertad y de justicia. El hombre nace libre. Y en todos los hombres, incluso en las criaturas más ignorantes, existe la facultad de discernir entre lo justo y lo injusto. Nadie tiene que enseñármelo, y nadie le puede arrebatarse esa facultad porque nace con el hombre y forma parte de su propia naturaleza. Valera ha practicado en ocasiones anteriores la guerra subversiva. Pero la idea, por vieja, no ha perdido su interés y su vigencia. Dondequiera que haya un pueblo sojuzgado, encontraremos el fermento de la rebeldía. Es lícito, puesto que aspiramos a redimir a Uhlan de la tiranía de los ankoranos, estimular y dirigir ese deseo de libertad para que estalle en la misma cara de los tiranos. Voy a leer este libro, y voy a leerlo con mucho interés, porque la idea básicamente es buena. Ha servido otras veces, ¿por qué no también ahora?

—A mí también me gustaría conocer ese proyecto —dijo el General Baronet—. ¿Que no se han hecho más copias?

Miguel Ángel Aznar dijo que sí, que tenía copias del trabajo para todos.

Poco después se levantaba la sesión y al salir, cada miembro del Estado Mayor llevaba bajo el brazo un ejemplar de la “Operación Erinias”.

En el vestíbulo de la Sala de Control esperaba al Almirante Mayor una noticia. Alberto Gomar, Contralmirante del servicio de comunicaciones de la Sala de Control, se le acercó y dijo sonriente:

—Enhorabuena, señor. Acaban de comunicar del Hospital de la Armada que es usted abuelo. Su nuera acaba de tener un niño.

CAPÍTULO V

Regún el informe que el Estado Mayor de semana más tarde, tras algunos días de estudio que aportadas por los señores generales y almirantes, la “Operación Erinias” recibía luz verde; es decir, el consentimiento formal para ponerse en marcha.

El joven Aznar había redactado un proyecto que, si bien no podía decirse que fuera genial, era coherente y estaba perfectamente coordinado en todos sus variados aspectos.

Ya en ocasiones anteriores el planetillo Valera había llevado la guerra subversiva contra el enemigo; en la reconquista de los planetas terrícolas bajo el dominio de los Hombres Grises (thorbod), y más tarde en los planetas sojuzgados por el Imperio de Nahum.

Ahora corrían otros tiempos y se disponía de otros medios más técnicos. Entre éstos, la máquina “psi” estaba llamada a desempeñar un papel de primera importancia.

Al terminar las operaciones de limpieza, los valeranos habían capturado en su planetillo 110.000 ankoranos y algo más de 230.000 uhlanitas que comprendían más de treinta nacionalidades distintas.

Mientras los ankoranos permanecían confinados en campos de concentración, rodeados de cercas electrificadas y vigilados por guardias armados femeninos, una inmensa mayoría del resto de los uhlanitas estaban trabajando para los valeranos en la extracción de “dedona” y la construcción, recibiendo un trato al que no estaban acostumbrados.

Excelentes trabajadores, estos uhlanitas procedían en un 80 por ciento de las zonas rurales más apartadas, donde no solían llegar los programas de educación de los gobiernos sumisos a las consignas de Ankor. El resto eran deportados, delincuentes comunes o rebeldes recalcitrantes. Estos 230.000 uhlanitas estaban llamados a

desempeñar un papel importante en los planes de Miguel Ángel Aznar.

Antes incluso que la “Operación Erinias” recibiera el visto bueno del Estado Mayor General, los psicólogos valeranos ya estaban preparando los textos para una amplia campaña de mentalización. Dos semanas más tarde los uhlanitas fueron llevados en grupos a los centros de “rehabilitación mental” para ser sometidos a las máquinas “psí”. Los analfabetos aprendieron a leer y escribir y todos recibieron dos idiomas además del propio; castellano y ankorano.

Aunque hubiera sido más sencillo destruir la personalidad de cada individuo, los valeranos no se proponían crear autómatas, sino hombres libres, conscientes y responsables de la trascendencia de la misión que se les iba a confiar.

Cada hombre cobró conciencia de su propio ser, como individuo y como elemento integrado en una sociedad. Se le persuadió de que, en tal que hombre, era libre de crear sus propias ideas y expresarlas con libertad, en tal que como ciudadano debía respeto y consideración a las libres ideas de los demás. Los valeranos eran los amigos y libertadores del pueblo uhlanita. No sólo iban a destruir a los opresores ankoranos, sino que iban a regalar a Uhlan un invento maravilloso, la máquina Karendón, la solución a todos los problemas derivados del agotamiento de los recursos del planeta. Las Karendón proporcionarían riquezas incalculables, mayores que el oro y la plata que los ankoranos almacenaban en sus arcas. El oro no iba a tener ningún valor en adelante, porque las Karendón podrían fabricarlo con igual facilidad que el plomo y el hierro. Cada uhlanita tendría su propia casa, en la que no faltaría ninguna de las comodidades, y la despensa sería como un saco inagotable del cual los uhlanitas extraerían todos los alimentos, incluso aquellos tan exquisitos que sólo los ricos podían alcanzar. Liberado de la esclavitud del trabajo, el uhlanita del futuro dedicaría la mayor parte de su tiempo a solazar su espíritu, a cultivar el afecto de sus semejantes, a practicar las artes y los deportes favoritos. La familia volvería a recobrar su antigua importancia, porque los padres conocerían a sus hijos, y los hijos gozarían del amor y el cuidado de los padres...

Cuando concluía la “rehabilitación mental” el uhlanita se

recobraba del sueño hipnótico, era un hombre totalmente nuevo; casi no podía creer que se pudiera ser tan ignorante como había sido.

Casi el primer sentimiento consciente era de una honda gratitud hacia la nación valerana. ¿Por qué? Pues porque los valeranos no sólo habían alumbrado en él la luz de la cultura, sino que le habían permitido ser el mismo hombre, con sus recuerdos y sus vivencias, atado por los lazos del afecto al mundo físico y espiritual al que pertenecía. Le habían mostrado sus derechos a ser libre. Libre incluso de dudar de los propios valeranos y todos los conceptos que éstos acababan de verter en su mente a través de una máquina “psi”. No se les había ocultado nada, ni se les había cerrado ningún camino hacia la correcta interpretación de los hechos.

El nuevo hombre se daba cuenta de todo esto. Y miraba a su alrededor y se sumía en profundas reflexiones. Sobrevenía entonces un estado de aturdimiento, el uhlanita se volvía desconfiado y taciturno. Luego, poco a poco, se iba afirmando en sus convicciones. Escuchaba a los valeranos, les veía trabajar y sentía de nuevo resurgir aquel primer espontáneo sentimiento de gratitud. Al poco tiempo el uhlanita era un entusiasta amigo de los valeranos. Creía en ellos, confiaba y se entregaba a ellos, deseaba participar en la lucha por la libertad de Uhlan...

En ningún momento había sido propósito de Miguel Ángel Aznar forzar a los uhlanitas a participar en la lucha por la libertad del planeta. Pero tampoco se ocultó a éstos lo que se esperaba de ellos. Aunque la medida había sido muy discutida por algunos miembros del Estado Mayor General, el tiempo demostró lo acertado de la posición del joven Vicealmirante. Los uhlanitas acudieron masivamente a inscribirse en las oficinas de enganche.

Inmediatamente se dio comienzo al adiestramiento de estos voluntarios en la lucha de guerrillas y la guerra psicológica.

Cada uhlanita, al regresar a su país, trataría de ganar prosélitos para la causa, convirtiéndose a su vez en instructor de los nuevos reclutas.

Se adiestró a los uhlanitas en el vuelo individual mediante el “back”, en el manejo de las armas de “luz sólida”, y el control remoto de las armas miniatura. Éstas se ajustaban a dos modelos básicos; escarabajos y abejorros.

Los “abejorros” —lo mismo que los “escarabajos”— estaban hechos de “dedona”. El “abejorro” llevaba consigo un diminuto convertidor de ondas energéticas, que al inducir eléctricamente a la “dedona” cambiaba la polaridad de ésta y la hacía contrarrestar la fuerza de la gravedad. El “abejorro” se mantenía en el aire gracias a esta propiedad de la “dedona”, y utilizaba sus cortas alas para avanzar y dirigirse.

Los ojos del “abejorro” eran dos cámaras de televisión en miniatura, que enviaban imágenes en color y relieve a la unidad de control. El resto del “abejorro” estaba ocupado por un aparato detonador que, mediante una señal de radio, provocaba la escisión nuclear de todo el “insecto”.

Dirigido por control remoto el “abejorro” volaba a gran distancia y altura, enviando imágenes de todo lo que veían sus diminutos ojos. Por su pequeño tamaño era difícilmente detectable por el “radar”, y constituía un blanco demasiado insignificante para las armas de “luz sólida”. Siempre dirigido por radio iba a posarse sobre el blanco escogido, y el controlador a distancia lo hacía estallar en el momento oportuno.

El “escarabajo” actuaba de forma parecida, aunque sobre objetivos más limitados, como la demolición de fortines y refugios subterráneos, en los que se introducía por las más pequeñas fisuras.

Miguel Ángel Aznar estaba seguro que si conseguía llevar este ejército y estas armas a Uhlan, les iba a crear graves problemas a los ankoranos. En realidad la dificultad estaba en el transporte más que en ninguna otra cosa.

El desembarco de un ejército de invasión era siempre una operación complicada y estaba demostrado que no podía realizarse sin el dominio del espacio por la Armada.

El Ejército valerano solía utilizar para estas operaciones los “discos volantes”, gigantescos transportes de tropas de 12 kilómetros de diámetro y un kilómetro de altura, que por su tamaño eran muy vulnerables a los ataques del enemigo con torpedos y armas de “luz sólida”.

En vísperas de emprender su viaje, los valeranos dejaron en la base de Ganímedes su Ejército Autómata y la mayor parte de los “discos volantes”, conservando únicamente cincuenta de estos transportes, posados en el fondo de los cráteres de la superficie del

planetillo.

Al desembarcar en el planetillo, casi lo primero que se encontraron los astronautas ankoranos fueron estos gigantescos transportes, los cuales consiguieron poner en el espacio para llevarlos a su planeta.

Actualmente los valeranos no tenían Ejército Autómata, ni transportes, ni dominaban el espacio, donde los buques ankoranos les doblaban en número. ¿Cómo podrían pues desembarcar en Uhlan? Sencillamente, a través de las máquinas Karendón “traslator”.

Mientras el Almirante Mayor no prestó atención al invento del profesor Ferrer, su hijo, el Vicealmirante Aznar, había intuido en seguida las enormes posibilidades de la máquina.

De hecho la “Traslator K”, que era como se había dado en llamar a esta variante de la Karendón, había inspirado el plan de Miguel Ángel Aznar. El éxito de la “Operación Erinias” dependía de esta máquina.

Tanto la “Traslator K” como los “platillos volantes” kamikaze, a los que solían llamar simplemente “trompos”, eran realizaciones de la técnica posteriores a la arribada de Valera al sistema de Uhlan. Por lo tanto, los valeranos prisioneros de los ankoranos no podrían hablar al enemigo de estos inventos. Los cuatro millones trescientos mil valeranos no sólo no conocían la “Traslator K” ni los “trompos”. ¡Ignoraban también las armas miniatura!

En efecto, los rollos de cinta perforada que se llevaron los ankoranos correspondían a las fórmulas de los componentes de 4.300.000 valeranos que habían sido desmaterializados cuando el autoplaneta se disponía a emprender el viaje de Atolón a la Tierra.

Trescientos y pico años después estas cintas fueron utilizadas para restituir a los viajeros a la forma que tenían antes de comenzar el viaje, y luego se almacenaron en un subterráneo en las montañas de Sierra de la Corona. Éstos eran los valeranos que fueron restituidos en el planeta Uhlan por los ankoranos.

Para estos hombres y mujeres, sus últimos recuerdos se relacionaban con su vida anterior en el circumplaneta Atolón, y terminaban en el momento que entraron en una máquina Karendón antes de que Valera emprendiera su viaje. No podían saber lo que ocurrió después, ni siquiera si Valera estuvo en la Tierra, porque no

habían vivido ese episodio, que pertenecía a un tiempo posterior y estaba en la memoria de los dobles de sí mismos que esperaban a ser restituidos en otras cintas perforadas en los sótanos del Ayuntamiento de Nuevo Madrid.

¡Qué sorpresa para aquellos valeranos, volver al estado de conciencia y encontrarse rodeados de gente extraña, en un planeta desconocido, sin poder explicarse cómo habían llegado hasta allí!

* * *

A tres meses de viaje, un grave problema estuvo a punto de echar abajo toda la “Operación Erinias”. El profesor José Ferrer llamó a Miguel Ángel Aznar a Ciberburgo, donde se construían las Karendón “Traslator”.

El punto débil de todo el proyecto, lo que más preocupaba a Miguel Ángel Aznar, era la forma de transportar al planeta Uhlan las “Traslator K”. Se había pensado en principio reducir las “Traslator K” por el sistema de compresión de los espacios vacíos existentes en la estructura atómica. Esta técnica estaba largamente experimentada y se había utilizado con éxito desde tiempos muy lejanos, antes que las armas de “luz sólida” hicieran variar toda la estrategia de los combates siderales.

Incluso en tiempos modernos, la técnica de la reducción de los espacios vacíos se siguió utilizando para facilitar el transporte del Ejército Autómata, pues por este sistema era posible el almacenamiento de máquinas muy grandes en espacios pequeños.

Nunca se había intentado hacerlo con la Karendón, por la sencilla razón de no haberse presentado tal contingencia. Teóricamente no debería haber dificultades. Pero las había y el profesor Ferrer las expuso a Miguel Ángel Aznar tan pronto éste llegó a Ciberburgo.

—El problema consiste en que para la compresión de los espacios vacíos utilizamos una técnica bastante grosera, en tanto que las Karendón son máquinas muy delicadas. Sus ejes de restitución trabajan sobre distancias microscópicas. Una variación de una décima de micra puede dar como resultado la malformación de la persona restituida, que afecte a su memoria, o a su sistema vegetativo. Hemos probado a comprimir las “Traslator” y las hemos

sometido a prueba después de volverlas a su tamaño natural. Se ha comprobado que siete de cada diez funcionan con anormalidades después de pasar por el fenómeno de compresión. Un treinta de éxitos sobre cien es una cifra muy baja.

—Demasiado baja —dijo Miguel Ángel decepcionado—. No podemos arriesgarnos a enviar a nuestros hombres a través de las “Traslator” y que lleguen a Uhlan paralíticos o locos. Profesor, acaba de asestarme usted un golpe mortal.

—¿Por qué empeñarse en enviar las “Traslator” en forma reducida? ¿No puede hacerse de otra forma? —preguntó Ferrer.

—Claro que sí. Existe un medio ideal, que consistiría en colocar una “Traslator” a bordo de cada uno de nuestros cruceros siderales y lanzar nuestra Escuadra en tromba sobre Uhlan. Tal vez la mitad consiguieran llegar hasta el planeta, ¿pero cómo ocultar unos buques tan grandes una vez allí? Los ankoranos nos perseguirían y nos atacarían, incluso en el fondo de los mares, y más pronto o más tarde nos darían caza a todos.

—Bueno, ¿y por qué no utilizamos los “trompos”? Son mucho más pequeños que nuestros cruceros, y por lo tanto más fáciles de ocultar en cualquier parte. Además, los “trompos” llevan una coraza mucho más gruesa que nuestros cruceros y tendrían más probabilidades de llegar hasta Uhlan.

—¿Podría meterse un “Traslator” dentro de un “trompo”?

—Sería fácil, sólo con algunas pequeñas reformas, que consistiría en eliminar los proyectores de “luz sólida”. El mismo reactor nuclear del “trompo” serviría para alimentar la “Traslator”.

—¿Ha confeccionado los planos relativos a estas reformas?

—Sí.

—Bien, vamos a verlos.

Poco después Miguel Ángel Aznar estaba examinando los planos sobre el tablero de dibujo. Vio que la idea de Ferrer era perfectamente realizable. Al eliminar los proyectores de “luz sólida” quedaba espacio más que suficiente para instalar la Karendón “Traslator”. Ferrer había proyectado abrir una angosta escalera a través de cinco metros de espesor de “dedona” de la parte superior del aparato, de modo que la robustez de la coraza no resultara afectada.

Miguel Ángel Aznar poseía esa humildad de los espíritus

generosos que son capaces de reconocer sus propios errores y aplaudir los éxitos de los demás.

—He sido un tonto, Ferrer. Nunca me cayeron bien esos planetillos volantes o “trompos”, como los quiera llamar. Si no hubiese estado lleno de prejuicios contra ellos, tal vez me habría dado cuenta de sus posibilidades, al menos en lo que concierne a sus ventajas para llevar las Karendón hasta Uhlan. No sólo tendrán muchas probabilidades de llegar, sino que una vez en Uhlan disfrutarán de la ventaja de poderse mover de un lado a otro. Sinceramente le felicito. ¡Los “trompos” van a ser la solución al problema que más nos preocupaba!

—Bueno, no tienes que felicitarme —dijo Ferrer—. El mérito no es mío, todo vino de mano de la casualidad.

Miguel Ángel regresó a Nuevo Madrid para hablar con su padre y darle cuenta del cambio que iba a llevarse en los planes.

El Almirante Mayor reconoció que sería mucho más fácil para los “platillos volantes” llegar hasta Uhlan. Sobre todo le alegró porque no tendría que arriesgar a los cruceros, que eran quienes deberían penetrar en la atmósfera de Uhlan y tratar de lanzar las “Traslator K” sobre una serie de objetivos determinados.

Todo el esfuerzo de los valeranos estaba dedicado entonces a construir cruceros y “platillos volantes” y el Almirante Mayor habitaba en los sótanos del antiguo Palacio Residencial. Sólo habían transcurrido nueve meses desde que el Almirante Aznar fue restituido en la Sala de Control del autoplaneta y se enfrentó con el desastre, y de repente parecía haber envejecido nueve años.

Era tal la cantidad de problemas que pesaba sobre el Almirante Aznar, que éste raramente estaba solo. Incluso cuando almorzaba o comía despachaba asuntos que siempre resultaban ser urgentes. Pero este día Miguel Ángel pudo comer a solas con su padre.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Miguel Ángel advirtiéndole su distracción y falta de apetito.

—¿Quieres saberlo de verdad? —respondió el Almirante.

—Por supuesto que sí.

—Me siento viejo. ¿Sabes en qué lo noto? He perdido interés por cosas que antes me entusiasmaban. Como tus proyectos de guerra subversiva, por poner un ejemplo.

—Vamos. A ti lo que te pasa es que estás cansado.

—También me siento cansado, lo que no es propio de mí.

—Echas de menos a tu esposa.

—Sí, mucho —suspiró el Almirante—. Ahora que no la tengo conmigo me doy cuenta del gran espacio que ocupaba en mi vida. Nadie ha tenido nunca una mujer como Yawna. Ella tenía la facultad de penetrar hasta lo más profundo de mi mente. Sabía qué cosas me preocupaban y ejercía sobre mí una acción sedante o estimulante, según me hiciera falta serenarme o levantarme la moral.

—Es claro, mujeres como Yawna solamente existen en Bartpur.

—Hazme caso, hijo. Si puedes resistir hasta que el autoplaneta regrese a Atolón, espera a casarte con una mujer bartpurana.

—Y tendré hijos como mi hermano —dijo Miguel Ángel intentando levantar los ánimos de su padre con una broma.

—¿Qué tiene de malo Fidel? —saltó el viejo Almirante.

—¡Pues ése es el asunto, que no tiene defectos! Fidel es un tipo perfecto... excepto por su enorme cabeza. Y porque nunca llegará a ser un Almirante de nuestra Armada. El detesta la guerra.

—Tal vez él esté más cerca de la verdad que nosotros. Las guerras deberían ser desterradas.

—Tú sabes que eso nunca será posible. No mientras existan regímenes como el ankorano. A menos que hagamos como los bartpuranos, y nos encerremos en Atolón renunciando a explorar el Universo, allá donde vayamos encontraremos siempre la injusticia y la maldad. Ahora bien, si Dios nos ha dado este autoplaneta para viajar hasta los rincones más remotos del Cosmos, y nos ha concedido bienes como la máquina Karendón, estimo como un deber de conciencia seguir luchando por todas las causas nobles que en mil lugares distintos esperan ser redimidas.

El Almirante Aznar contemplaba a su hijo admirado.

—¿Quién ha imbuido en ti todas esas ideas? —preguntó.

A lo que Miguel Ángel contestó sonriendo:

—Tú.

Después de comer con su padre, Miguel Ángel Aznar voló en su “aerobote” hasta el Hospital General de la Armada.

CAPÍTULO VI

E desde el momento en que Valera se dio a la fuga, los ankoranos habían calculado, según la cuenta del tiempo de los valeranos, que era distinta del tiempo de los uhlanitas, cuyo año resultaba bastante más largo.

Frenando todavía el impulso de su larga carrera, Valera se aproximaba cada vez más a Uhlan, siguiéndole en la órbita que éste recorría alrededor de las estrellas dobles de su sistema. Un mes más tarde, Valera era perfectamente visible en el cielo nocturno de Uhlan, como una nueva estrella agregada a la suma de las que formaban el firmamento.

Para que no hubiera lugar a dudas respecto a sus intenciones, el planetillo hacía destellar sus proyectores de “luz sólida” de manera que formaban a modo de los puntos y rayas de una lámpara de señales transmitiendo en Morse. Estas señales correspondían a un mensaje telegráfico:

“Éste es el planetillo Valera. A los valeranos cautivos de Ankor. Sabed que hemos vuelto a rescataros, y que estamos decididos a obtener vuestra libertad cueste lo que cueste. Tened ánimo y confiad en vuestros hermanos.”

Si los valeranos prisioneros de los ankoranos vivían todavía, por fuerza habrían de ver estas señales que rasgaban las oscuras noches de Uhlan como el parpadeo ininterrumpido de los relámpagos. La “luz sólida” era tan potente, que incluso a aquella distancia iluminaba todo el hemisferio en sombras de Uhlan, penetrando hasta el interior de las viviendas de los ankoranos a través de las ventanas.

Si para los prisioneros valeranos estos continuos relámpagos eran anuncio de redención y luz de esperanza, para los ankoranos era una amenaza que perturbaba su sueño y daba a sus noches un nuevo aspecto tenebroso, como el anuncio de una tormenta cada

vez más próxima.

Los psicólogos valeranos calculaban que después de ver noche tras noche aquellos relámpagos iluminando la obscuridad, los ankoranos iban a ponerse cada vez más nerviosos e irritables. El planetillo transmitía ininterrumpidamente, y esto formaba parte de la campaña psicológica montada sin olvidar detalle.

En efecto, al acortar la distancia, en Valera podían recibirse las emisiones de radio y las señales de televisión de los programas emitidos por las emisoras de todo el planeta. Mientras que la radio y la televisión del resto de las naciones parecían ignorar la presencia de Valera, las emisiones de Ankor iban claramente dirigidas al planetillo.

Los ankoranos también conocían la guerra psicológica, que habían practicado durante siglos, y por lo tanto sus emisiones tendían a exagerar la formidable potencia de las Fuerzas Armadas ankoranas, especialmente su Armada Sidérea, ahora reforzada con los cien mil buques robados a Valera. Los ankoranos aseguraban estar aumentando continuamente el número de sus efectivos, fabricando buques de combate por el mismo sistema que los valeranos, de modo que éstos jamás lograrían superar la ventaja que llevaba la Armada Sidérea. En consecuencia, cualquier intento de los valeranos por invadir Uhlan, terminaría en el más calamitoso de los desastres.

Para demostrar a los valeranos la potencia y preparación de su Ejército, la televisión ankorana transmitía continuamente imágenes de desfiles militares que duraban horas, paradas en las que intervenían millones de soldados marchando marcialmente con sus nuevas armas de “luz sólida”.

—¡Necios fanfarrones! —rugía el Almirante Mayor sentado ante la pantalla de televisión—. No eran nadie hasta que nosotros llegamos y nos robaron nuestra Escuadra, nuestras armas de “luz sólida” y las Karendón. Nuestros “Rayos Zeta” hubieran bastado para convertir en humo su Armada de hojalata. Ahora ya pueden construir corazas de “dedona”, gracias a nosotros, claro.

—Como quiera que sea, hoy se han elevado al rango de primera potencia —dijo Miguel Ángel Aznar.

—¡Nunca ha habido otra potencia más fuerte que Valera ni la habrá! —barbotó el Almirante Mayor furioso—. En cuanto al poder

de Ankor, tenemos que destruirlo antes que pueda causar mayores daños. Creo que ha llegado la hora de que nos veamos cara a cara con el Lassyn.

El “Lassyn”, que en ankorano equivalía a “Jefe”, era una figura comparable al Gran Thas Emperador de Nahum. Aunque Ankor era una república parlamentaria, de hecho el Lassyn ejercía una dictadura autoritaria, con fines anexionistas y profundamente antirracista.

El Almirante Aznar se había preparado largamente para la entrevista que inevitablemente había de enfrentarle al Lassyn. Incluso se había sometido a la máquina “psi” para aprender el idioma ankorano. La radio valerana, que hasta entonces había permanecido en hermético silencio, empezó a transmitir en lengua ankorana proponiendo una entrevista entre el Lassyn y el Almirante Mayor del autoplaneta.

Los valeranos no se hacían ilusiones vanas respecto al resultado de esta entrevista, y estaba previsto que con anterioridad a ésta, ya que probablemente se realizaría a través de la televisión, estuvieran listos y en el espacio los “trompos” del ejército de invasión.

Las tripulaciones estaban listas; dos hombres en cada aparato, de los que uno sería un piloto valerano, y el segundo un guía uhlanita, generalmente un nativo de la región donde el trompo debía aterrizar.

Miguel Ángel Aznar, excepcionalmente, acompañaría a una de las tripulaciones como pasajero.

En vísperas de la entrevista entre el Almirante Mayor y el Lassyn, que efectivamente tendría lugar mediante intercambio de imágenes de televisión, 15.000 “trompos” salieron al espacio por los cien túneles o “esclusas” que comunicaban el mundo interior del planetillo con la inhóspita superficie exterior. De estos 15.000 aparatos, solamente 1.300 estaban destinados a alcanzar la atmósfera de Uhlan e iban tripulados.

El autoplaneta Valera se había aproximado hasta 12 millones de kilómetros de Uhlan, y desde esta distancia hacía sentir su presencia provocando altas mareas en todos los mares del planeta.

Girando lentamente sobre sí mismo, el “platillo volante” (trompo) M-701, totalmente pintado de blanco, flotaba en el espacio a menos de 500 metros de la abrupta ladera de un “circo”.

Otros “platillos volantes” próximos aparecían pintados de rojo mate y amarillo. En Uhlan la clorofila era roja en lugar de verde, y la pintura de los “trompos” estaba destinada a enmascarar las máquinas según el lugar al que iban destinadas.

El M-701, destinado a Gurmah, era blanco porque éste era el color del hielo que cubría la mayor parte del país. Gurmah de hecho había dejado de existir hacía más de un siglo, al ser anexionado por Ankor. Gurmah era también un país frío, una península de extensión igual a la península Ibérica, escasamente poblado por un millón de habitantes dedicados casi exclusivamente a la pesca, y actualmente empleados en los pozos de petróleo que habían suscitado las ambiciones de Ankor y la ocupación militar del país.

En la cabina del M-701, la televisión estaba funcionando a la espera de la anunciada entrevista entre el Lassyn y el Almirante Mayor. Los tres tripulantes vestían el equipo de vuelo obligatorio de los astronautas de la Armada Sideral Valerana, que consistía en escafandra y armadura completa de “diamantina”. Pero de momento las escafandras estaban en el suelo, junto a los pies de los expectantes astronautas.

Mientras en la pantalla seguía la carta de ajuste de Valera la voz de una locutora anunció:

“Atención, el Almirante Mayor don Miguel Ángel Aznar, Comandante Jefe del Autoplaneta Valera y de las Fuerzas Armadas Expedicionarias de la República de Nueva Hispania, se entrevista con el Presidente de la República de Ankor, el Lassyn Grume Bludel.”

En la pantalla apareció en color y relieve el busto de don Miguel Ángel Aznar. La imagen del Almirante Mayor se corrió a un lado, y en la otra mitad de la pantalla apareció el busto de un hombre de facciones delgadas, frente ancha y ojos penetrantes profundamente hundidos en las cuencas. No era un rostro que inspirara confianza, y desde el primer momento Miguel Ángel Aznar experimentó instintiva repulsión hacia el Lassyn.

Toda la conversación se hizo en lengua ankorana.

—Agradezco a Vuestra Excelencia que haya accedido a esta conversación, de la cual espero obtengamos beneficio mutuo para nuestras naciones —empezó diciendo el Almirante Mayor—. En nombre de la gran nación hispana, a la cual represento, y en el mío

propio, elevo a su Excelencia un ruego para que nos sean devueltos los valeranos que actualmente viven en cautividad en Ankor, procediendo por nuestra parte a la devolución de soldados ankoranos que hicimos prisioneros.

Miguel Ángel Aznar, que escuchaba atentamente a su padre, creyó advertir en éste cierta vacilación e inseguridad en el acento.

Mucho más segura era la voz del Lassyn al contestar:

—Los cuatro millones trescientos mil valeranos gozan de buena salud, y no hay razón para que os sintáis preocupados por su suerte. Todos están bien y disfrutan de un trato humanitario, incluida vuestra esposa. Como es natural, dadas las circunstancias, no es posible por mi parte acceder a vuestro ruego. Vuestros prisioneros constituyen hoy por hoy la única garantía de que no atacaréis Ankor, puesto que os supongo advertidos de que en caso de guerra, estos prisioneros serían los primeros en sufrir las consecuencias de tan irreflexiva y temeraria resolución.

El Almirante Aznar repuso con acento irritado:

—Decidme, si sois tan amable, por qué inexcusable razón debemos ir a la guerra.

—La razón es muy sencilla, y vos la conocéis tan bien como yo. Supongamos que os devolviéramos vuestros prisioneros, y que a cambio os exigimos comprometer vuestra palabra de que no atentaréis contra los intereses de Ankor ni os entrometeréis en los asuntos internos de nuestro planeta. ¿Comprometeríais vuestra palabra y os alejaríais definitivamente con vuestra astronave para no regresar jamás?

—Os voy a contestar con sinceridad —respondió el Almirante Aznar—. Aunque sería fácil para mí comprometer mi palabra, es obvio que Vuestra Excelencia tampoco confiaría en ella. Suponiendo que nos conocéis, como de seguro habréis llegado a conocernos a través del interrogatorio de nuestros prisioneros, sabéis de sobra que nunca, ni siquiera al precio de perder a nuestros cuatro millones trescientos mil hermanos, admitiríamos una retirada, que supondría abandonar a su suerte a dos mil quinientos millones de uhlánitas que sufren vuestra tiranía y vuestra discriminación racial.

—Vos me dais la razón, entonces. No es posible llegar a un acuerdo, supuesto que de antemano admitís vuestro propósito de intervenir en los asuntos que sólo a los ankoranos conciernen.

—Uhlan no es Ankor. Admitimos que hagáis lo que os plazca en vuestro propio país, pero el resto del planeta no os pertenece. No tenéis derecho a imponer en él vuestra ley, máxime cuando vuestra ley atenta contra la libertad y el derecho de vivir de todos los demás pueblos. No existe razón alguna que justifique vuestras aspiraciones a dominar el planeta entero. Incluso ha caído por su propio peso la absurda alegación de que vuestro exhausto planeta es insuficiente para alimentar tantos habitantes como tiene en la actualidad. Las Karendón que nos habéis robado, y que generosamente os cedemos, son suficientes por sí solas para alimentar a una población cien mil veces superior a la que actualmente tiene vuestro planeta. Ankor podría renunciar desde ahora mismo a sus aspiraciones expansionistas, y limitarse a disfrutar del bienestar que os proporcionan nuestras máquinas. Cada nación tendrá sus propias Karendón, y con las Karendón los recursos necesarios para sobrevivir. El pueblo valerano sólo os pide que accedáis a repartir con el resto del planeta la enorme riqueza que habéis adquirido, que renunciéis a vuestra pretendida superioridad racial, y cambiéis vuestra política de agresión y dominio universal por otra política de paz y convivencia con vuestros vecinos. Decidme, ¿por qué no podéis hacerlo?

A medida que avanzaba en su parlamento, el acento del Almirante se volvía enérgico. Era natural, puesto que expresaba unas convicciones firmes, en las cuales creía y por las cuales estaba dispuesto a llegar tan lejos como fuera necesario.

—Es evidente que, como extranjeros, nunca alcanzaréis a comprender nuestra ideología —repuso el Lassyn de mal talante haciendo una mueca—. Los valeranos no tenéis problemas raciales, puesto que todos pertenecéis a una sola nacionalidad. No obstante tengo entendido que en algún tiempo muy remoto, cuando en vuestro planeta de origen existían diversidad de razas y nacionalidades, las guerras eran continuas entre los distintos pueblos de la Tierra. Tal es nuestro problema, para el cual no existe otra solución que unificar la raza del planeta. La raza superior es la ancorana, y todo Uhlan debe ser Ankor a largo o corto plazo.

—Toda la humanidad de Uhlan llegaría a constituir una sola raza, si derribáis las fronteras y todos los pueblos se mezclaran entre sí.

—Ankor nunca aceptará un mestizaje. ¡Tal mestizaje destruiría las esencias de nuestra raza! —protestó el Lassyn indignado.

—¿Queréis decir que el único camino es el genocidio, la liquidación por medio del asesinato en masa de todas las nacionalidades diferentes de la raza ankorana?

—Insisto, Excelencia, en que no tenéis derecho a intervenir en los asuntos internos de Uhlán —respondió secamente el obstinado Lassyn—. Vosotros tampoco permitiríais que los ankoranos fuéramos a Valera a deciros cómo debíais gobernaros.

—¿Aceptaréis siquiera un canje de prisioneros?

—No. Podéis conservar a los ankoranos que tenéis en vuestro poder, que nosotros conservaremos a los valeranos.

—Debo advertiros, Lassyn, que no conocéis todo el poder de nuestro autoplaneta ni la obstinación de nuestro pueblo.

—No nos espanta vuestro poder. Pero recordad que tenemos cuatro millones trescientos mil valeranos en Ankor, y que entre ellos se cuenta vuestra distinguida esposa —respondió desdeñosamente el Lassyn.

El Almirante mayor abrió la boca para replicar cuando se desvaneció la imagen del Lassyn.

En la cabina del “platillo volante”, Miguel Ángel Aznar dejó escapar un suspiro.

—Está bien, muchachos. Ha llegado la hora de actuar. Vamos.

Mientras los tripulantes del M-701 se calaban las escafandras y se ajustaban los cinturones, se recibía a través de la radio la señal de marcha desde la Sala de Control del autoplaneta.

Como una bandada de tordos los “platillos volantes” se elevaron de la superficie del planetillo y, girando sobre sí mismos como trompos, aceleraban y adoptaban la formación de columna.

Mientras los 1.300 “trompos” tripulados se ponían en fila uno detrás de otro, a su derecha se formaban dos columnas de mil quinientos aparatos, y otras dos de igual número a la izquierda. Abriendo la marcha y formando una punta de lanza, volaban 7.700 “trompos”.

Desde que las máquinas voladoras adoptaron las ondas gravitacionales, éstas permitían aceleraciones y cambios de rumbo y retenciones que de otro modo habrían hecho pedazos a la tripulación humana.

Los 13.700 “trompos” de acompañamiento y escolta iban dirigidos con control remoto desde el autoplaneta, pero cada una de estas máquinas tenía una “inteligencia” propia que las dirigía al blanco y les permitía adoptar decisiones en la culminación de un ataque contra fuerzas enemigas.

Obedeciendo dócilmente a las órdenes impartidas desde la sofisticada Sala de Control del autoplaneta, las cuatro columnas ya estaban alineadas cuando llegaron los “trompos” tripulados y se situaron en el centro. En este momento la formación empezó a acelerar de firme, y las naves tripuladas se esforzaron por mantener la terrible velocidad de la fuerza de escolta. Aunque los “trompos” giraban sobre sí mismos, en el interior de las naves las cabinas permanecían inmóviles.

Los ankoranos tenían su flamante Flota vigilante en torno a Uhlan. Se trataba de los mismos cruceros de la serie Stelar robados a la Armada Sideral Valerana, pero los ankoranos habían efectuado en ellos las modificaciones indispensables para que obedecieran a las órdenes impartidas en lengua ankorana. Como era natural también habían efectuado cambios en el sistema de identificación electrónica, ya que no siendo así los cruceros no habrían atacado a los “trompos”.

Los valeranos también habían cambiado el código secreto de identificación por idénticas razones. La fuerza de cruceros era ahora la enemiga de los “trompos”. Tal vez por esta causa, de un modo inconcreto, Miguel Ángel Aznar había sentido antipatía contra estas toscas y macizas máquinas, inventadas para desmentir la supuesta invencibilidad de los cruceros.

La fuerza de ataque, aunque débil, por comparación con los efectivos de la Armada Sidérea de Ankor, tenía de su parte el factor sorpresa.

En efecto, los almirantes ankoranos dieron muestras de indecisión al ver venir sobre Uhlan aquella nube de meteoros. Tal vez dudaban entre salir masivamente a hacer frente al atacante, o reservarse en previsión a una sorpresa que pudiera llegar de otro lado. Sencillamente, no sabían qué era “aquello”. Finalmente decidieron salir al encuentro de los meteoros concentrando 25.000 cruceros Stelar y dejando una reserva de 50.000 para proteger el planeta.

Los ankoranos no habían conocido las armas de “luz sólida” hasta que copiaron las de los valeranos, y sus ciudades no contaban probablemente con el suficiente número de proyectores que garantizaran su defensa en caso de ataque aéreo con misiles de “dedona”, contra los que nada podían sus anticuados “Rayos Z” desintegradores de metales. Por lo tanto la Armada Sidérea tenía que cubrir el espacio exterior y tratar de destruir estos proyectiles en plena trayectoria, cosa que habrían conseguido fácilmente de tratarse realmente de misiles nucleares.

Mientras los “platillos volantes” caían en tromba sobre Uhlan, los ankoranos inmovilizaron sus cruceros y los situaron de lado, de modo que el mayor número de proyectores incidiera sobre los objetos atacantes. Aunque, efectivamente, con esta maniobra ponían en juego todas sus baterías de estribor, cometieron un error de cálculo.

Volando a tremenda velocidad, los “platillos” solamente iban a emplear una hora en recorrer los 12 millones de kilómetros entre Valera y Uhlan. Esto obligó a los ankoranos a maniobrar con precipitación y poco tino. A media hora de vuelo desde que los “platillos volantes” o “trompos” despegaron de Valera, los rayos de los cruceros ya estaban tendiendo una barrera de brillantes y delgados haces de luz, pero a esta distancia la “luz sólida” llegaba en un haz demasiado disperso y sólo conseguía golpear a los “trompos”. Éstos, apartados de su ruta, volvían a la formación, de tal modo que su marcha era un continuo zigzaguar.

Quince minutos más tarde los “trompos” estaban a tiro de los cruceros. Los delgados rayos de “luz sólida” pegaban en los “trompos”, en posición de ataque, daban a los cruceros su redondeado borde, donde la masa de “dedona” alcanzaba doce metros de espesor. Como además giraban continuamente sobre sí mismos, tampoco ofrecían siempre el mismo borde a la mordedura de los rayos. El resultado de todo esto era que los “trompos” iban perdiendo su forma primitiva para adquirir un perfil más bien esférico.

Pero de poco tiempo disponían los cruceros para destruirlos. Después de aguantar durante cinco minutos la aterradora lluvia de rayos, los “trompos” de vanguardia pasaron de la pasividad al ataque. Volteando sobre sí mismos, dieron la cara y enseñaron sus

dientes. Toda la potencia de cien rayos de luz iba concentrada en el único proyector gigante de un solo “platillo volante”. A cada disparo de los “trompos” se veía salir humo del sólido casco de los cruceros. Aquel rayo en forma de cruz que giraba como un taladro era algo realmente demoledor. Varios cruceros fueron alcanzados en la larga protuberancia donde iban alojados los reactores nucleares y estallaron como bombas en medio de un globo de fuego.

Presenciando la batalla a través de su televisor, Miguel Ángel Aznar apenas podía creer lo que veía. ¡Los cruceros estaban siendo batidos por los rústicos “trompos”!

En buena lógica no debería haber ocurrido así. Los astronautas ankoranos, pillados por sorpresa, se quedaron quietos cuando la maniobra correcta era presentar la proa a los “trompos” y moverse continuamente para esquivar los disparos siempre que se pudiera. No se movieron y siguieron disparando, ignorando que la aviesa intención de los “trompos” no era esquivarlos.

¡Los “trompos” llegaron sobre los cruceros y se arrojaron sobre ellos!

A la tremenda colisión seguía la detonación del reactor nuclear del “trompo”, que actuaba como un proyectil de carga hueca proyectando toda la potencia de la explosión sobre los debilitados costados de la aeronave. A menudo el buque quedaba partido en dos, y algunas veces a la explosión intencionada del “trompo” seguía la explosión de los reactores del propio buque.

Volando en vanguardia detrás de la fuerza de choque, Miguel Ángel y el Teniente Echeveste veían a través de su televisor el espacio lleno de monstruosos globos de fuego.

Aunque localmente no podía apreciarse lo que ocurría, desde la Sala de Control del autoplaneta la visión de conjunto demostraba que los ankoranos habían sido sorprendidos. La fuerza de ataque pasó a través de la barrera de cruceros como un cuchillo atravesando una barra de mantequilla. El camino hasta Uhlan estaba libre.

A bordo del M-701, el Vicealmirante Aznar vio que todo el espacio por delante había quedado súbitamente despejado. Hasta sus auriculares llegó la voz ligeramente excitada del Almirante MacLane, que era quien dirigía la operación desde la Sala de Control:

—¡Han pasado! ¡Atención, Furias! ¡Furias, dispérsense!

Tal era el plan. Si los “trompos” lograban pasar la barrera debían romper la formación y dirigirse cada uno por sus propios medios al lugar designado de antemano para el aterrizaje.

No sólo habían pasado “las Furias”. Las cuatro columnas de escolta habían pasado también y se dispersaron abriéndose como la piel de una banana. Mientras los 1.300 aparatos tripulados frenaban su velocidad y se zambullían en la atmósfera de Uhlan, los restantes 6.000 “trompos”, dirigidos por control remoto, volaban orbitando el planeta, sembrando la confusión entre los buques ankoranos que intentaban darles caza.

Girando sobre sí mismos, los “trompos” adquirían unas condiciones aerodinámicas excepcionales. De siempre se había sabido que una piedra redonda y plana, lanzada de forma que girara, alcanzaba más lejos que otro objeto. Este fenómeno permitió a los “platillos volantes” penetrar en la atmósfera a una velocidad todavía considerable.

Al entrar en la atmósfera los “trompos” alcanzaban tan elevada temperatura que los cascos de “dedona” se ponían incandescentes. Cada “trompo” era como un meteorito cruzando el cielo de Uhlan como una bola de fuego.

La confusión era enorme. Los “trompos” volaban por todas partes dando la impresión de ser tres veces más numerosos de la cifra real. Mientras unos se dirigían a tierra, el resto atacaba a los cruceros ankoranos con furia. Los cruceros, a su vez perseguían a los “trompos” tratando de destruirlos en vuelo, temerosos de que fueran a estallar sobre sus ciudades.

Las tripulaciones habían recibido órdenes muy concretas para que no intentaran aterrizar cuando estaban siendo perseguidos por el enemigo. En caso de verse obligados a aterrizar debían destruir la máquina por un sistema detonador de tiempo que les daría ocasión de abandonar el aparato.

En realidad muy pocos de los “trompos” consiguieron aterrizar en los lugares previstos de antemano. Unos se dejaron caer en las montañas, otros se ocultaron en los bosques y la mayoría fueron a sumergirse en el Océano. Algunos fueron destruidos y otros regresaron a Valera.

Respecto al “trompo” M-701, tripulado por el Vicealmirante

Aznar, llevaba tenazmente pegado tras él un crucero que le asaeteaba a disparos. A cada impacto la máquina saltaba y trepidaba como si fuera a dispersarse en pedazos.

Siguiendo las indicaciones del guía nativo, el Teniente Echeveste llevó la máquina en dirección a Gurmah. En este hemisferio reinaba la noche, pero los destellos luminosos de Valera, transmitiendo su mensaje telegráfico, alumbraban intermitentemente la extensa llanura de hielo. El “trompo” sobrevoló la fría península sin poder aterrizar y se internó en Ankor en dirección al Polo.

—Vamos a intentarlo, Teniente —dijo el Vicealmirante al piloto—. Nos dejaremos caer sobre hielo y trataremos de sepultarnos en él.

El lugar era apropiado para el intento. El “trompo” se deslizó sobre el hielo y se hundió en éste por su propio y considerable peso. De pronto experimentaron la sensación de estar moviéndose en un medio fluido, hasta que poco después sintieron un golpe blando bajo los pies.

—¿Qué ocurre? —preguntó Miguel Ángel Aznar.

—No lo sé, parece como si hubiéramos tocado fondo.

—¡Agua! —exclamó Miguel Ángel—. ¡Estamos en el fondo del mar, bajo los hielos! ¡Pare el reactor!

—¿Quiere que nos quedemos, aguantando las bombas que sin duda van a llover sobre nosotros?

—La capa de hielo y el agua que tenemos por encima actuarán de amortiguadores. Es inútil tratar de movernos, puesto que nos seguirán donde vayamos gracias a su detector de neutrinos. No nos queda otra salida que aguantar el chaparrón y esperar que crean que el “trompo” ha quedado inutilizado.

—Entonces es mejor esperar a que nos larguen la primera bomba y parar el reactor, como si éste hubiese sufrido una avería.

—Bien, me parece una buena idea. Después de todo ellos no saben si la máquina está tripulada —admitió Miguel Ángel.

Esperaron en silencio, asidos a los brazos de sus respectivos sillones. Transcurrió un minuto, y de pronto toda la máquina saltó como si un gigante le hubiese aplicado un violento puntapié. El Teniente Echeveste alargó su mano y manipuló el interruptor del reactor nuclear. El reactor quedó parado, pero las luces siguieron encendidas gracias a los acumuladores auxiliares.

El “trompo” crujió al hundirse profundamente en el lecho del océano, donde quedó sepultado en la arena. Echeveste levantó los ojos al techo murmurando:

—Esperemos que esto no se hunda sobre nuestras cabezas.

—No se hundirá —aseguró Miguel Ángel—. Este hueco es muy pequeño con relación al espesor de las paredes.

Guardaron silencio mientras esperaban alguna bomba más. Pero en la pantalla el detector de neutrinos del crucero sideral había cesado el flujo de partículas que solían denunciar la presencia de un reactor nuclear en funcionamiento.

El Vicealmirante Aznar decidió esperar unas horas más para asegurarse de que el crucero se había marchado.

CAPÍTULO VII

Mientras los días hacían frías, el papá del hombre finalmente alcanzó el límite sur de los campos de hielo. En este punto, parando el reactor nuclear y sirviéndose de los acumuladores auxiliares, el “trompo” M-701 emergió a flor de agua.

El Vicealmirante Aznar y el gurmano subieron por la angosta escalera a través de los cinco metros de espesor del casco y accionaron el mecanismo hidráulico que abrió la sólida escotilla.

El sol estaba muy bajo sobre el horizonte y alrededor del “trompo” derivaban lentamente los icebergs. El mismo “trompo”, pintado de blanco, parecía un témpano más de los que cubrían el mar.

Utilizando el sextante determinaron su posición. Estaban a ochocientos kilómetros del punto donde deberían haber aterrizado, y a la altura de Iquan, segunda ciudad en importancia de la República de Ankor, importante centro fabril con puerto de mar, situada al fondo de un fiordo, rodeada de montañas y bosques.

Iquan no figuraba en los planes de las “Furias”, al menos no de forma inmediata, por haberse considerado que sería muy difícil que ningún “platillo volante” llegara hasta sus proximidades sin ser descubierto. Pero he aquí que, por una serie de circunstancias imprevisibles, un “trompo” al menos había conseguido llegar a sólo trescientos kilómetros de Iquan. ¿Qué probabilidades tenían los del M-701 de recorrer sin ser descubiertos la distancia que todavía les separaba de la costa?

Estaba Miguel Ángel Aznar haciéndose esta pregunta, cuando Tuanko extendió su brazo y señaló al horizonte diciendo:

—¡Un barco!

El Vicealmirante pegó un respingo. Un barco para un valerano era siempre una aeronave. La Amada Sideral había incorporado a su

argot profesional muchos términos marineros derivados de las antiguas flotas navales y llamaban a sus astronaves “buques”, y a sus naves pequeñas “aerobotes” e incluso “aerofalúas”.

Miró en la dirección que señalaba el gurmano, esperando ver un crucero sideral que tal vez les había detectado por radar, pero lo que vio era un barco “de verdad”, de los que todavía navegaban por el océano.

Hasta que el planetillo Valera llegó al sistema de Uhlan y los técnicos ankoranos fueron a explotar aquel raro hallazgo, las ondas gravitacionales habían sido ignoradas por éstos, como lo fueron para los valeranos hasta que descubrieron el circumplaneta Bartpur, que rebautizaron con el nombre de Atolón. Gracias a las ondas gravitacionales los ankoranos dispondrían muy pronto de grandes aeronaves que, sin necesidad de estar construidas de la costosa y carísima “dedona”, se elevarían en el aire transportando grandes cargas.

Pero los ankoranos todavía no habían tenido tiempo de incorporar plenamente esta revolucionaria técnica a sus sistemas de transporte. Hasta hacía poco, sus aeronaves volaban por el costoso sistema de fuerza magnética, donde el elevado peso de los reactores nucleares, que tenían que ser llevados con la máquina, dejaba poco margen para la carga.

Sin embargo los ankoranos habían aplicado desde hacía más de un siglo la energía nuclear a la propulsión de sus barcos, y todavía realizaban por mar el transporte de las materias primas que importaban del resto del planeta.

Sencillamente, lo que Miguel Ángel Aznar veía era un gran buque de carga, probablemente uno de los que traían carbón y mineral de hierro a las acerías de Iquan. En otro hombre la vista de aquel barco habría evocado quizás escenas de un tiempo remoto, pero el joven Vicealmirante lo vio de otro modo.

—Vamos abajo —dijo de pronto.

Tuanko se precipitó por el hueco de la escotilla, siguiéndole el Vicealmirante sin tanta prisa y accionando el botón que hidráulicamente cerró la trapilla.

En la cabina, el “teleprint” tecleaba furiosamente. Ésta era una máquina parecida a un teletipo, pero transmitiendo y recibiendo mensajes a través de señales de radio que movían las teclas.

—Vamos a sumergirnos, Teniente —dijo Miguel Ángel al piloto.

—Acabo de poner en marcha el “teleprint”.

—¿Transmitió usted nuestra señal?

—Sí, naturalmente. Ahora están contestando desde Valera.

—Eso no importa ahora. Ya tendremos ocasiones de recibir sus informes más tarde. Ahí enfrente hay Un barco. Un barco de los de verdad, de aquellos que navegaban por el mar.

—¿Cree que nos habrá descubierto? —respingó Echeveste.

—Con tanto hielo a nuestro alrededor no es probable. De todos modos vamos a sumergirnos y a seguirle. Nos situaremos bajo su misma quilla.

—¿Y eso para qué?

—Vamos a entrar con el barco en el fiordo de Iquan. Es una ocasión magnífica y no podemos desaprovecharla.

—Pero nuestro objetivo no es Iquan, señor.

—Haga lo que le digo —atajó el Vicealmirante impacientándose—. Y ponga en marcha el reactor. Los ankoranos propulsan sus barcos utilizando energía nuclear. Los neutrinos del barco enmascararán los nuestros.

El Teniente Echeveste obedeció la orden. Poco después el “platillo volante” daba alcance al barco y se situaba bajo la quilla de éste. El barco andaba muy despacio y Miguel Ángel pudo distraer su atención ocupándose de las pocas líneas que el teletipo había escrito hasta que el “trompo” se sumergió y quedó interrumpida la recepción.

“RECIBIDA CONTRASEÑA. COMUNIQUEN SU POSICIÓN: ÉXITO INICIAL OPERACIÓN ERINIAS SATISFACTORIO. ESPERAMOS CONFIRMACIÓN DE ATERRIZAJE RESTO DE APARATOS CONFIANDO...”

El mensaje había quedado interrumpido aquí.

* * *

El fiordo de Iquan tenía cuatro kilómetros de ancho en la embocadura y se metía 23 kilómetros tierra adentro ceñido de altas montañas, en cuyas cumbres se veían todavía restos de antiguas fortalezas artilladas.

La ciudad, Iqua, ocupaba esta especie de fondo de saco, mientras

que sus industrias químicas y manufactureras se habían extendido por ambas orillas del fiordo, aprovechando algunas estrechas fajas de terreno, la mayoría ganadas al mar, especialmente en las caletas y bahías, entre las depresiones de las montañas. El terreno era tan quebrado que los trenes que circulaban por ambas orillas tenían que atravesar gran número de túneles y pasar sobre muchos puentes.

El fiordo debió ser un lugar bello en su estado natural, si bien actualmente ofrecía un aspecto feo por el gran número de chimeneas, el humo, el polvo de las fábricas de cemento y la contaminación de las aguas. Las canteras mostraban la desnudez de la piedra, y se veía por todas partes grandes torres de estructura metálica para la conducción de energía eléctrica.

Los reactores nucleares eran abundantes en este lugar, de modo que difícilmente podría ser descubierta la presencia del “platillo volante”.

Después de entrar en el fiordo siguiendo de cerca el barco, el “trompo” lo abandonó cuatro kilómetros más adelante para fondear en una amplia bahía a la derecha. Las montañas que protegían la ensenada eran de laderas empinadas. Una fábrica de pasta de papel funcionaba en este lugar. Se había construido un muelle para los barcos, y todo el terreno alrededor de la fábrica estaba cubierto de enormes pilas de troncos.

—Es un buen lugar —dijo el Vicealmirante Aznar después de espiar los alrededores a través de la pantalla de televisión conectada al objetivo del periscopio.

—Pues a mí me parece un lugar muy peligroso —dijo el Teniente Echeveste—. Aunque las aguas están sucias, cualquiera puede descubrirnos desde la cumbre de esas montañas.

—Bueno, no vamos a permanecer mucho tiempo aquí. Recoja el periscopio, aguardaremos a la noche para soltar la boya de la antena y comunicar con Valera.

Dos horas más tarde el extremo de un periscopio asomaba cautelosamente emergiendo de las aceitosas aguas de la ensenada.

Desde el interior del “trompo”, a través de la pantalla de televisión, Miguel Ángel Aznar inspeccionó visualmente los alrededores.

Las noches eran muy oscuras en Uhlán. Todos los detalles de la “Operación Erinias” se habían cuidado al máximo, y entre estas

previsiones figuraba la retirada de Valera a una distancia de 20 millones de kilómetros, después de lanzar los “trompos”. La mayoría de éstos habían tenido que dejarse caer en el mar, donde estarían esperando sumergidos una oportunidad para dirigirse a las posiciones previstas. Por esta razón y por espacio de unos días, Valera tampoco emitiría su mensaje luminoso.

Excepto las luces de la fábrica de celulosa y los focos eléctricos que se prolongaban hasta el extremo del muelle, la noche era completamente oscura. El resplandor de Valera era comparable al del planeta Venus en las noches sin luna de la Tierra.

—Todo está tranquilo allí afuera. Podemos soltar la boya —dijo Miguel Ángel.

Instantes después una boya negra emergía de las aguas y desplegaba una antena parecida al varillaje metálico de un paraguas.

Sentado ante el “teleprint” Miguel Ángel escribió:

“Furia M-701 a Erinias. Nos encontramos fondeados en el fiordo de Iqua. Envíen a alguien que conozca la ciudad y sus alrededores. Espero sus noticias.”

El Vicealmirante permaneció sentado ante la máquina, hasta que al cabo de unos minutos las teclas empezaron a aporrear el papel escribiendo el siguiente mensaje:

“Erinias a Furia M-701. Confirmamos recibo mensaje. ¿Cómo demonios logró llegar hasta ahí? El Coronel Roerich irá a hablar con usted. Dispongan la T-K para recibirle. Alecto.”

Alecto era el nombre clave del Almirante José María Valenciano, Jefe del Servicio de Inteligencia de la Armada. “T-K” era la abreviatura de la “Traslator Karendón”.

—Vamos a recibir una visita —informó Miguel Ángel a sus compañeros—. Me parece que no les ha caído muy bien que viniéramos a Iqua.

En efecto, al dirigirse a Iqua por propia iniciativa, el Vicealmirante Aznar había contravenido la orden de ir a Gurmah. De momento al menos las ciudades ankoranas no figuraban en los planes de la “Operación Erinias”, y por supuesto, tampoco Iqua. Aunque Iqua era un importante centro industrial y se sabía que aquí trabajaban casi medio millón de inmigrantes de todas las nacionalidades, no se la consideraba un lugar apropiado para hacer

proselitismo. Los ankoranos eran muy desconfiados y solían tener estrechamente vigilados a los trabajadores extranjeros. Un levantamiento en el propio Ankor no tendría resultado y equivaldría a empujar a los trabajadores extranjeros al suicidio, pues el régimen de Ankor no toleraba huelgas, ni sabotajes ni tonterías por el estilo. Su sistema de represión era terriblemente efectivo por su dureza.

El Teniente Echeveste se dirigió a la “Traslator K” y la puso en disposición de funcionar. Pasaron los minutos y al cabo de media hora se escuchó un zumbido de aviso. Echeveste oprimió un botón en el cuadro de mandos y el lector electrónico de la Karendón se puso en marcha con el repiqueteo característico de las perforadoras.

De la ranura del lector empezó a salir la ancha lámina de oro con su código de perforaciones. El “viajero” acababa de ser desmaterializado en una Karendón situada en Valera y los datos registrados en la lámina de allá eran transmitidos por radio a la máquina “Traslator” de aquí.

La máquina se detuvo por sí misma después de haber escupido algo más de dos metros de cinta perforada. En el cuadro de mandos se encendió una pequeña luz destellante color verde. La información estaba completa y la “Traslator” lista para recibir.

El Teniente se volvió a mirar a Miguel Ángel y éste hizo una seña diciendo.

—Adelante, no hagamos esperar al Coronel.

Echeveste apretó un botón. La Karendón dejó oír un poderoso zumbido y empezó a tragarse la cinta perforada en sentido inverso a como había salido. Toda la cinta desapareció en la ranura del lector fotoeléctrico.

La cámara de restitución era llamada irónicamente por la gente “el urinario”, pues era a lo que más se parecía visto de fuera; una caja interiormente revestida de cristal, con algo más de dos metros de altura libre por un metro de ancho, a la que se entraba deslizándose por detrás de una pantalla.

La Karendón cambió de sonido y casi inmediatamente después brilló un fogonazo deslumbrador.

Miguel Ángel Aznar miró por el espacio que quedaba entre la pantalla y los bordes de la cámara y vio una figura enfundada en armadura y escafandra de “diamantina”. El viajero se movió y salió deslizándose por detrás de la pantalla. Adosado a la espalda llevaba

un “back” (equipo de vuelo individual). En una mano traía un subfusil de “luz sólida”, y algo parecido a un rollo de papel grueso en la otra mano.

—¿Qué tal el viaje, Coronel? —le preguntó Miguel Ángel.

El viajero, que acababa de salvar una distancia de 20 millones de kilómetros en unos minutos, tendió a Echeveste el arma y el rollo que traía en las manos. Se arrancó la escafandra y sonrió diciendo:

—¡Fantástico! Fue como parpadear, y ya estaba aquí.

Era un hombre alto, de facciones delgadas y frente inteligente.

—Ayúdenme a quitarme esto, por favor —dijo señalando aquella especie de caja metálica que llevaba en la espalda.

Tuanko, el nativo gurmano, ayudó al Coronel a descargarse del peso del “back”. Luego, mientras se despojaba de las piezas de la armadura, Roerich siguió hablando:

—Estábamos intranquilos por ustedes. La mayoría de las tripulaciones ya habían comunicado que habían llegado bien, pero de ustedes nada se sabía.

—Tuvimos algunas dificultades para aterrizar. Uno de esos malditos cruceros nos persiguió todo el tiempo y no se marchó hasta que le hicimos creer que estábamos muertos.

—¿Cómo se les ocurrió venir a Iqua? Ninguna ciudad figuraba en nuestros planes, lo cual sabe usted mejor que yo. ¿Y por qué Iqua?

—El azar nos trajo aquí —contestó Miguel Ángel. Y relató cómo siguieron un barco que les introdujo en el fiordo, para terminar preguntando—: ¿Qué dijo Valenciano? ¿Se enfadó?

—Bueno, no mucho. Dijo que, ya que estábamos aquí, podíamos intentar sacarle provecho al asunto. Siempre creímos que los ankoranos distribuirían a nuestros prisioneros en grupos y los confinarían en campos de concentración próximos a sus ciudades, utilizándolos como elemento disuasorio en el supuesto de que nos propusiéramos atacarles con bombas nucleares.

—¿Quiere decir que deberíamos aprovechar que estamos aquí para comprobar si nuestras suposiciones son ciertas?

—Ya lo sabemos. Bueno, eso es lo que creemos —dijo el Coronel desenrollando el grueso papel que había traído consigo—. La incursión de los “trompos” fue aprovechada para fotografiar de cerca las ciudades principales y las bases en territorio de Ankor. Eso

usted ya lo sabe. Algunos de los “trompos” que regresaron consiguieron fotografías muy buenas. ¿Dónde podemos poner esto?

El único espacio libre en la estrecha cabina era el suelo. El Coronel Roerich desplegó sobre el piso un ortoplano que comprendía el fiordo de Iqua, incluida la ciudad al fondo.

Junto con el plano venía una fotografía aérea ampliada.

—Vea esta fotografía —dijo el Coronel—. Está referida a la fortaleza de Ingar, que es uno de esos antiguos castillos que coronan las montañas alrededor de Iqua.

La fotografía, tomada en color, mostraba un gran patio de forma pentagonal, y en éste una muchedumbre de abigarrados colores que parecía formada en círculo y tenía los rostros levantados. La ampliación era tan buena que incluso podía verse a los centinelas sobre el murallón que rodeaba al patio, mirando hacia arriba con cara sorprendida. Alguien había rodeado con un círculo de lápiz rojo algunas de las caras entre la gente del patio.

—¿Son nuestros prisioneros? —preguntó Miguel Ángel con gran interés.

—Sí, seguro. Sólo los valeranos visten con tan variados colores. Pero además hemos podido identificar algunas de las personas; las que están señaladas con un círculo. Ahí están el doctor Ross y su esposa, y la esposa del Almirante MacLane... y el señor Benet, Alcalde de Nuevo Madrid.

—¡Buen trabajo, Coronel, ya lo creo! ¿Puede señalarme esa fortaleza sobre el plano?

De cuclillas uno junto al otro, Roerich señaló con el dedo un punto del plano extendido en el piso. Se trataba de una vieja fortificación sobre una de las montañas que impedían la expansión de Iqua por el lado de occidente. Miguel Ángel Aznar levantó sus ojos relampagueantes.

—Sería un golpe de gran efecto psicológico para los ankoranos, si pudiéramos rescatar esos prisioneros en sus mismas barbas. ¿Usted qué opina?

—Por supuesto, sería de un efecto teatral —admitió el Coronel Roerich—. Mientras no lleguen a descubrir cómo funcionan las “Traslator Karendón”, los ankoranos no comprenderían jamás cómo pudieron esfumarse unos cuantos miles de prisioneros.

—¿Cuántos prisioneros calculan que haya en esa fortaleza?

—Imposible saberlo. Hemos contado dos mil doscientos y pico en esa fotografía, pero puede haber más en otro lugar, incluso en otra parte de la misma fortaleza.

—La presencia de nuestros prisioneros ha debido ser conocida y comentada en la ciudad. Alguien debe saberlo. Necesitamos aquí una persona que haya estado en Iqua y sea capaz de desenvolverse, escuchar y hacer preguntas sin llamar la atención..., alguien que conozca paso a paso la ciudad y sus alrededores.

—Es decir, un ankorano.

—¡Ojalá tuviéramos un ankorano de quien poder fiarnos! Pero eso es imposible —se lamentó Miguel Ángel.

—Tenemos la persona indicada, Vicealmirante. Lauda Conak.

—¿Un ankorano?

—Ankorana, es mujer. Usted la conoce, fue el primer prisionero que hicimos a los ankoranos en Valera, y también la primera a quien se le hizo un estudio profundo de la personalidad. Fidel Aznar y mi propia esposa han estado trabajando mucho tiempo sobre Lauda. Vive con nosotros, en mi casa. La conozco bien y sé que se puede confiar en ella.

—Creo saber a quién se refiere. Es una mujer alta, bastante guapa, con grandes ojos negros... La he visto alguna vez en el Hospital General, cuando desarrollábamos el programa de interrogatorios. ¿Esa mujer está enterada de nuestros proyectos?

—¿Cómo podría ignorarlos? Habla castellano, nos escucha cuando comentamos y ve nuestros programas de televisión.

—¿Y lo aprueba todo? ¿Qué es entonces, una traidora a su patria?

—No, Vicealmirante, no es así. Su hermano se lo explicaría mejor que yo. Fidel ha demostrado en Lauda que también los ankoranos son seres humanos; han hecho de esta mujer el modelo que deberemos seguir para hacerles comprender que están equivocados, que su planeta ha iniciado una nueva era de prosperidad en la que caben todos, dentro del amor fraternal y la convivencia pacífica. ¿Recuerda usted la Alemania de mil novecientos cuarenta y cinco? Yo era entonces un nazi convencido. Amaba a mi patria y creía que era un deber demostrar este amor imponiendo al resto del mundo nuestra cultura, nuestro pensamiento y la superioridad de nuestra raza. Pero estaba

equivocado. Otros alemanes, que no eran nazis y fueron perseguidos por no serlo, amaban a Alemania tanto o más que nosotros. Sólo cuando pude ver el desastre al que nos había conducido nuestra forma de interpretar la grandeza de Alemania, comprendí lo erróneo de nuestra forma de pensar. En ese mismo estado se encuentra más o menos Lauda Conak. Por supuesto que ama a Ankor. Pero sabe que tiene que luchar contra los falsos mitos de sus falsos dioses para que Ankor encuentre el verdadero camino.

—¿Usted confía en esa mujer? ¿Hasta el extremo de confiarle su propia vida? —preguntó Miguel Ángel.

—Sí. Rotundamente, sí.

—Muy bien. Llámela para que venga... y ojalá no tengamos que arrepentimos.

Una hora más tarde Lauda Conak era restituida en la “Traslator K”, a cinco metros de profundidad bajo las aguas del fiordo, en el interior del “planetillo volante” M-701.

CAPÍTULO VIII

PARA el gusto de los terrícolas, a las algunas hembras de la raza terrícola podía decirse que tampoco las tenían, o las tenían muy poco desarrolladas, pero no era lo mismo. Grandes o pequeñas, las hembras de los mamíferos siempre tenían mamas; un relieve insinuante, por lo menos los pezones. Pero las hembras uhlanitas no eran mamíferos, así que no tenían nada.

El doctor Fidel Aznar y la doctora Devesa, que habían estudiado en profundidad la biología y peculiaridades de la raza uhlanita, aseguraban que, recíprocamente, a los varones uhlanitas les sorprendía y desagradaba aquellos abultamientos en la parte delantera de las hembras terrícolas; unos flácidos, otros monstruosamente desarrollados...

Lauda Conak era una mujer guapa; alta, de talle esbelto y curvadas caderas. El signo sexual más aparente en las hembras uhlanitas eran las caderas y las nalgas. En el rostro, la sensualidad de los labios. Solía asegurarse que, de una forma general, las hembras uhlanitas eran más guapas que las terrícolas. Pero esto no había podido demostrarse, porque la única mujer uhlanita en Valera era Lauda Conak, y las demás que se habían visto a través de las fotografías que llevaban muchos de los uhlanitas capturados en el planetillo.

Lauda Conak era además de bella una mujer culta; físico nuclear. Al ser restituida en la cámara de la “Traslator K” venía vestida con un abrigo de pieles y amplios pantalones de cuero metidos en altas botas de fieltro, cubierta la cabeza con un gorro peludo provisto de orejeras. Traía consigo un “back” del tipo de mochila.

Al salir de la cámara de restitución, los grandes ojos de Lauda Conak miraron con cierta sorpresa a su alrededor.

—¿Conoce usted al Vicealmirante Aznar? —presentó Roerich.

Lauda Conak tendió su mano a Miguel Ángel.

—Recuerdo haberle visto alguna vez, aunque nunca nos presentaron —dijo en perfecto castellano.

—Mucho gusto —saludó Miguel Ángel—. ¿Qué tal el viaje?

—Me dijeron que iban a enviarme a Iqua, pero casi no puedo creer que eso sea cierto. Sólo recuerdo que brilló un relámpago dentro de aquella caja... y de pronto me vi aquí.

—Estamos en algún lugar del fiordo de Iqua. ¿Conoce usted los alrededores de la ciudad? —preguntó Miguel Ángel.

—En Iqua está el principal Centro de Estudios Nucleares. Yo estudié aquí. Posteriormente volví un par de veces para montar un nuevo tipo de reactor nuclear.

—Eche un vistazo por esa pantalla y díganos si reconoce el lugar —señaló Miguel Ángel.

La cabina era tan pequeña que cinco personas de pie se estorbaban unas a otras. Tuanko se apartó gruñendo para cederle el paso a la mujer. Tuanko detestaba a los ankoranos y no parecía muy feliz de la presencia de uno de ellos.

Izado el periscopio, Lauda Conak miró atentamente a la pantalla.

—Hay mucha oscuridad allí afuera —comentó—. Y pocas luces. Sólo recuerdo de un lugar tan solitario, a la entrada del fiordo. Allí hay una amplia ensenada y una gran fábrica de pasta de papel.

—Es ahí donde estamos.

—¿Qué se proponen hacer? —preguntó la ankorana.

—Verá. Los ankoranos tienen algunos miles de prisioneros en una vieja fortaleza al occidente de Iqua. Nuestra misión consiste en intentar el rescate de los prisioneros, despachándolos a Valera por el mismo procedimiento que se utilizó para traerla a usted. Sólo disponemos de esta máquina, lo cual quiere decir que el proceso de desmaterialización tendría que ser forzosamente lento; no más de dos personas por minuto. Queremos saber el número aproximado de valeranos que hay allí, y si existe algún lugar próximo a la fortaleza donde podamos esconder este aparato por el tiempo que dure la misión.

Lauda Conak levantó los ojos al techo y miró luego alrededor.

—¿Qué clase de aparato es éste? No parece muy grande —dijo.

—Es mucho más grande de lo que aparenta por dentro —contestó el Coronel Roerich—. Se trata de un platillo volante que mide treinta y seis metros de diámetro por catorce de altura. Es decir, tan alto como una casa de cuatro pisos.

—Es muy grande —murmuró la ankorana meditando.

—Por si le sirve esta información, está totalmente pintado de blanco —dijo Miguel Ángel Aznar—. No se distinguiría entre la nieve. Y no abultaría mucho porque su peso es tan considerable que se hundiría profundamente en el suelo.

—¿Es de “dedona”? —preguntó la ankorana.

Miguel Ángel se quedó vacilando, miró a Roerich y dijo de mala gana:

—Sí.

—Si es blanco y puede hundirse hasta ras del suelo ya es una ventaja. Siempre hay nieve arriba en las montañas. ¿Tienen un mapa a mano?

De nuevo extendieron el ortoplano sobre el suelo, poniéndose todos de cuclillas alrededor.

—¿Lo ven? —señaló Lauda Conak—. Hay una quebrada al otro lado de las montañas que circundan el fiordo. Podríamos saltar estas montañas por esta depresión de aquí, y luego, si su aparato es capaz de hacerlo, volar despacio por el fondo de la quebrada hasta este barranco. Por aquí nos remontaríamos hasta estas otras montañas pobladas de bosque. Incluso podríamos llegar cerca de la fortaleza contorneando estas laderas.

Las curvas de nivel que venían en el ortoplano facilitaban mucho la labor. Miguel Ángel vio que, efectivamente, recorriendo el tortuoso camino señalado por la ankorana, podían llegar hasta la ladera norte de una montaña que solamente distaba tres kilómetros en línea recta de la fortaleza de Ingar. Entre la montaña y la fortaleza, a menor altura, había una represa, al parecer para embalsar las aguas de la larga quebrada que corría paralela y en sentido inverso al fiordo.

—Bien, vamos a intentar llegar hasta allí —dijo Miguel Ángel poniéndose en pie.

El Teniente Echeveste ocupó su puesto de piloto y el Vicealmirante el asiento de copiloto. Se recogió la boya antena y el periscopio volvió a asomar fuera del agua. El “platillo volante”,

impulsado por ondas gravitacionales, empezó a moverse lentamente.

Cruzando el fiordo a todo lo ancho el “platillo volante” alcanzó la orilla opuesta y emergió del agua. Pero había tanta oscuridad afuera, que ni apagando todas las luces del interior de la cabina se conseguía bastante contraste en la pantalla de televisión para distinguir el leve contorno de las crestas de las montañas recortándose contra el cielo.

—Tengo la impresión de que el cielo se está nublando —dijo Miguel Ángel Aznar—. No habrá más remedio que asomarse fuera de la escotilla y dirigir el rumbo desde allí.

Miguel Ángel Aznar y Tuanko se vistieron los abrigo de pieles y se pusieron los gruesos guantes y los gorros peludos con orejeras que habían traído en previsión a las bajas temperaturas usuales en las frías llanuras de Gurmah.

Subiendo por la angosta escalera a través de los cinco metros de espesor del casco de “dedona” del “platillo volante”, accionaron el mecanismo hidráulico de apertura y asomaron al exterior por el hueco de la escotilla. Hacía mucho frío afuera y el cielo estaba cubriéndose de nubes rápidamente. Mientras miraban desanimados a su alrededor, Valera asomó un instante entre un claro de las nubes.

La luz que el planetillo reflejaba desde veinte millones de kilómetros venía a ser como la del planeta Venus en las noches de la Tierra. Tanto Tuanko como el Vicealmirante vieron al mismo tiempo el perfil de las montañas que ceñían el fiordo, y entre dos de las más altas una depresión en forma de “V”, aquella por donde se proponían pasar.

Miguel Ángel Aznar cogió el teléfono que estaba inmediato a la escotilla y comunicó al Teniente Echeveste.

Dirigiendo por teléfono la maniobra, Miguel Ángel llevó el “platillo volante” remontando la ladera, tan ceñido a ésta que en ocasiones pasaban rozando algunos árboles. Desde aquella altura se divisaba al norte un resplandor amarillo. Eran las luces de la ciudad y de las industrias que se extendían por ambas orillas del fiordo, reflejándose en las nubes cargadas de nieve.

Cruzando al otro lado, el “platillo volante” descendió al fondo de la quebrada. Aquí abajo todo era oscuridad, pero por delante y a

la derecha podía distinguirse la cadena montañosa recortando sus cimas sobre el resplandor de las luces de Iqua. Este resplandor se hacía más intenso a medida que el “trompo” avanzaba por la quebrada. Poco después el agua salpicaba en el rostro de Miguel Ángel Aznar. Era que había alcanzado la cola de la represa. El “platillo volante” se deslizaba sobre el agua como una canoa levantando grandes olas a ambos lados.

El piloto recibió instrucciones por teléfono para elevarse unos metros, reducir la velocidad y dirigirse a la izquierda en busca del barranco que debían remontar.

El “trompo” avanzaba ahora muy despacio, mientras con la nariz helada Tuanko y el Vicealmirante trataban de descubrir el barranco. Hasta que pasada media hora Miguel Ángel Aznar comunicó por teléfono:

—Deténgase, Echeveste. Ya deberíamos haber encontrado ese barranco, lo cual quiere decir que lo hemos dejado atrás. Creo que lo mejor será que Tuanko se equipe con el “back” y salga a inspeccionar el terreno.

En efecto, Tuanko fue mandado abajo en busca del “back” y volvió a subir al cabo de un rato equipado con el aparato de vuelo individual. Mientras tanto el “platillo volante” había regresado atrás unos kilómetros y se detuvo a una orden del Vicealmirante.

Tuanko despegó desde el lomo del “platillo volante” y se perdió en la oscuridad. Tardó casi media hora en regresar, cuando ya Miguel Ángel Aznar empezaba a impacientarse.

El barranco está todavía dos kilómetros más arriba —informó Tuanko—. Lo recorrí en un gran trecho para asegurarme de que realmente era lo que buscamos.

—Bien hecho, Tuanko. ¿Podremos pasar?

—Sí, el barranco es bastante ancho.

El “platillo volante” se puso de nuevo en marcha y se internó en el barranco. Éste rodeaba toda la montaña por el sur y el oeste. Las primeras luces del alba mostraron a los ojos del Vicealmirante Aznar la masa oscura del bosque. En este momento se levantaba el viento y empezaba a nevar copiosamente. El frío era intenso y el Vicealmirante sentía las manos y la nariz heladas.

Deslizándose como un fantasma blanco entre la ventisca, el “platillo volante” descendió por detrás de la montaña rodeando ésta

hasta la vertiente norte. Desde esta posición, de no ser por la ventisca, deberían ver la fortaleza sobre la montaña contigua. Sobre la fortaleza se levantaba una antena de televisión que daba un eco en el radar de a bordo. El Teniente Echeveste anunció que estaban a tres kilómetros de esta antena.

—Descienda a tierra, vamos a probar a ocultarnos aquí —dijo el Vicealmirante.

El “platillo volante” descendió verticalmente, aplastó los árboles, los tumbó y los tronchó como delgados mondadientes. Siguió descendiendo y se posó en el suelo. Pero el peso de la “dedona” era enorme. Se hundió en la nieve, y luego crujiendo, siguió hundiéndose en la tierra.

—¡Alto! —ordenó Miguel Ángel Aznar.

El pesado “trompo” había abierto un agujero de 36 metros de diámetro, y los bordes de este agujero se derrumbaban. El nivel del terreno estaba a la altura de los ojos de Miguel Ángel.

—Ya no baja más, hemos tocado roca —informó Echeveste por el teléfono.

—Tanto mejor. Estamos a la profundidad adecuada y sigue nevando. De continuar así, en una hora la nieve nos habrá cubierto por completo. Vamos a bajar.

Cerraron la escotilla y bajaron hasta la cabina.

* * *

El espacio que quedaba en la cabina del “platillo volante” era demasiado reducido para cinco personas. Miguel Ángel Aznar decidió despachar al Coronel Roerich y a Tuanko de regreso al autoplaneta, puesto que no eran necesarios aquí de momento.

Al Coronel Roerich no pareció agradarle esta decisión, pero se resignó diciendo:

—Allá querrán saber lo que usted se propone hacer aquí. Dígame qué debo decirles cuando me pregunten.

Miguel Ángel Aznar miró pensativamente a Lauda Conak y le preguntó:

—¿Tiene usted parientes en Iqua? —Pero se corrigió a continuación diciendo—: Perdón, se me olvida que en Ankor el padre común a todos es el Estado.

—No siempre —contestó Lauda Conak—. Las altas clases sociales todavía conservan la tradición familiar. Tengo padres y hermanos, aunque no en Iqua.

—¿Quiere decir que pertenece usted a la clase distinguida? ¿A cuál de ellas? ¿Militares, millonarios, o tecnócratas?

—A la que usted no ha mencionado; la aristocracia.

—Vaya, esto tiene gracia —dijo Miguel Ángel—. Tenía entendido que se habían abolido los títulos nobiliarios en Ankor desde que dejó de ser Reino.

—Ya no se imparten títulos nobiliarios, pero se conservan los antiguos.

—Imagino que deben ser una clase venida a menos.

—Sí, eso es cierto —admitió Lauda Conak—. La nueva aristocracia la forman los millonarios. Pero nos esforzamos por conservar nuestras viejas tradiciones, entre ellas la unidad de la familia.

—Todo eso es muy interesante, deberá contármelo en mejor ocasión. De momento debo considerarla adicta a nuestras formas de pensamiento, y por lo tanto dispuesta a colaborar con nosotros en la implantación de un régimen más justo y humano que alcance por igual a todos los habitantes de su planeta. ¿Es así?

—Sí.

—Aunque contamos con otros medios para obtener información de los movimientos de los ankoranos, ninguna forma es más eficaz que la directa y personal. Sus amigos de Iqua, ¿están situados en puestos del gobierno, la administración o el ejército?

—En su mayoría son científicos, amigos de estudios. Pero tengo algún amigo político y otros en el Ejército y la Armada.

—¿Esos amigos suyos, se sorprenderían de verla?

—En cierto modo. Saben que Iqua no es mi lugar de residencia habitual. Hasta ahora vivía en Neke, ésa es mi ciudad.

Neke era la capital de Ankor.

—Supongamos que mañana se presenta usted en Iqua conmigo y vamos a ver a sus amigos. ¿Cómo justificaría usted su presencia en Iqua? —preguntó Miguel Ángel.

—No sería fácil explicarlo —murmuró Lauda Conak pensativamente.

—Sabemos que el matrimonio no se practica usualmente entre

los ankoranos, excepto a nivel de ciertas clases sociales privilegiadas, precisamente en aquellas donde todavía se conserva la tradición familiar, y donde los matrimonios equivalen a pactos y alianzas para mantener unidas las fortunas. ¿Qué ocurre con la rancia nobleza de Ankor? ¿Se casan ustedes entre sí?

—Cada uno hace lo que le parece... aunque en general está admitido que nos buscamos unos a otros por aquello de mantener la pureza de nuestra sangre.

—¡Estupendo! Sus costumbres, al fin y al cabo, no difieren mucho de las nuestras. ¿Qué hacen las parejas de recién casados? ¿También viajan como hacemos nosotros?

—No es preceptivo el viajar cuando nos casamos.

—¿Está usted casada?

—No.

—Entonces, ¿nadie se sorprendería si usted llegara mañana a Iqua conmigo y me presentara a sus amistades como su recién adquirido esposo?

Los bellos ojos de Lauda Conak se clavaron sorprendidos en el Vicealmirante.

—¿Cómo se le ha ocurrido? —exclamó—. Sí, ese pretexto sería válido. Supongamos que me he casado y viajo a Iqua para enseñarle la ciudad donde he vivido varios años estudiando y trabajando, de paso que le presento a mis amigos. Nadie se sentiría sorprendido.

—Bien, magnífico. Ese será nuestro pretexto —dijo Miguel Ángel, quien preguntó a continuación—: ¿Debo ostentar algún título nobiliario para merecer ser su marido, o da lo mismo que sea un pelagatos cualquiera?

—Los títulos nobiliarios sólo se transmiten por línea masculina. Aunque mi padre es Pretor yo no poseo título alguno, de modo que no hay necesidad de exagerar las cosas haciéndole pasar a usted por noble. Sería muy arriesgado, ya que todos los títulos se conocen entre sí.

—Dígame, ¿qué debo ser entonces? ¿Otro físico nuclear? ¿O bastaría con un militar?

—Un astronauta —decidió la ankorana sin vacilaciones.

—Eso es lo que soy.

—Precisamente por eso. En una conversación entre físicos nucleares podría llegar a verse en un aprieto. Pero si le obligan a

hablar de astronáutica estará usted en su terreno. Cuando Ankor apresó sus cien mil cruceros siderales, nuestra Armada tuvo que formar apresuradamente nuevas promociones de astronautas para tripular ese tipo desconocido de buques, hay tantos astronautas actualmente, que nadie extrañará que se encuentre con otros colegas a quienes no conoce siquiera de nombre.

—Perfectamente —dijo Miguel Ángel volviéndose hacia el Coronel Roerich—. Ya lo ha oído. Necesito una documentación que me acredite como astronauta de la Armada Sidérea de Ankor, y un uniforme que corresponda al grado. ¿Cuál será el grado conveniente, señorita Conak?

—Eso es cuenta suya —respondió la mujer encogiéndose de hombros.

—¿No le importa que su marido sea Alférez o un Capitán de Navío? —dijo Miguel Ángel Aznar en son de chanza. Y ya en serio, dirigiéndose a Roerich—: Un Comandante, con eso será suficiente. ¿La documentación de la señorita Conak está en regla?

—No hemos tenido que hacer modificaciones, es la suya verdadera.

—Bien. Envíen también acá un par de maletas y ropa de hombre y mujer. Asegúrese de que todo es de auténtica factura ankorana. Dígales a los del Servicio de Información que enviaré un detalle de mi plan cuando lo tenga decidido. El objetivo será liberar a nuestros prisioneros. La mejor forma de hacerlo ya se verá.

Unas horas más tarde el “trompo” sacaba el extremo de su antena a través de la capa de nieve que se había estado formando sobre la máquina. El Coronel Roerich entró en la cámara de restitución y era desmaterializado en medio de un relámpago. Mientras la “Traslator” taladraba dos metros de cinta de oro, Tuanko entraba a su vez en la cámara y era desmaterializado también.

La “Traslator” empezó a transmitir por radio la disposición de las perforaciones en cada una de las cintas. En un par de minutos, el Coronel y Tuanko serían restituidos en Valera.

CAPÍTULO IX

Después de la marcha del Coronel y de la Tolgoko, el Vicealmirante Akean desarrolló una hacha con la que los ganchos dispuestos al efecto y durmió hasta que Echeveste le despertó para almorzar.

La versátil Karendón fue utilizada esta vez para proporcionar a los tripulantes del “trompo” un almuerzo completo “a la carta”, incluidos platos, vasos, cubiertos, mantel y servilletas. Después de almorzar, los platos sucios, los vasos, cubiertos, servilletas y restos de comida, fueron introducidos en la cámara de la Karendón y hechos desaparecer con sólo apretar un botón.

—¡Fantástico! —exclamó Lauda Conak—. Nunca me cansaré de admirar esta maravilla de máquina. Sus posibilidades parecen infinitas; incluso se puede utilizar como incinerador de basuras.

—La Ciencia jamás hará a la Humanidad un regalo tan precioso como la máquina Karendón —aseguró el Vicealmirante.

—Sí. ¡Lástima que tardáramos tanto en llegar a esto! —dijo Lauda Conak.

—No se pueden cosechar peras antes de haber plantado el árbol, ¿verdad? La Ciencia la hacen los hombres y se desarrolla a la vez que la mente. Imagínesse que los ankoranos hubiesen tenido la bomba atómica cuando todavía navegaban en barcos de remo, mucho antes de la Era Industrial. ¿Qué uso habrían hecho de ella? Habrían aniquilado naciones enteras y hasta puede que acabaran destruyéndose ellos mismos.

—Pero si ustedes hubiesen llegado en aquellos tiempos con su Karendón todo habría sido distinto.

—En efecto, ¿pero qué se le va a hacer? También los terrícolas nos hubiésemos ahorrado muchas calamidades, si en nuestra primera exploración del Universo hubiéramos encontrado a la raza bartpurana y su máquina Karendón. Pero las cosas son como son y

hay que aceptar que existe una inteligencia suprema que ordena los acontecimientos disponiendo el momento más apropiado para que sucedan.

—Supongo que está hablando de Dios —dijo Lauda Conak haciendo un gesto desdeñoso—. Se lo oí decir muchas veces a su hermano Fidel, pero yo no estoy de acuerdo con su idea de la oportunidad de su Dios. Si Dios es justo y bueno, ¿por qué permite que ocurran cosas tan espantosas? Ustedes mismos, los terrícolas, ¿por qué tuvieron que vivir en las tinieblas de la Edad de Piedra y pasar por tan largo período de ignorancia, hambre, epidemias, esclavitud, invasiones extraterrestres y éxodos, teniendo incluso que abandonar sus planetas antes de encontrar la máquina Karendón en un remoto lugar del Universo? ¿A quién beneficiaron todas las catástrofes que tuvieron que sufrir?

—A nosotros mismos, sin duda. Ningún sufrimiento ha sido inútil. La existencia del hombre es una búsqueda constante de un estado de perfección, pero por lo que hemos llegado a conocer a través del estudio de la genética, las experiencias conseguidas por el hombre deben repetirse en un gran número de generaciones para llegar a formar un hábito capaz de transmitirse con las demás particularidades de la herencia genética. La mayoría de las especies animales han adquirido este hábito antes que el hombre, seguramente porque aparecieron en el mundo en una época muy anterior al hombre, y porque sus generaciones se repiten por miles en el espacio de tiempo que sólo transcurre una generación humana. ¿Qué quiere decir esto? Pues que algún día, en el futuro, los hombres nacerán llevando en sus genes la bondad, la tolerancia y el amor a su prójimo. Es decir, aunque no nos demos cuenta de ello, cada error, cada injusticia advertida, va conformando nuestro carácter, dando lugar a la creación de una conciencia que llegará a transmitirse a nuestros descendientes junto al resto de los rasgos que caracterizan nuestra especie. Es una forma dura de aprender, pero al parecer no hay otro camino. No puede decirse por lo tanto que nuestros sufrimientos no tengan ningún sentido ni estén dirigidos a un fin. El fin de todo es hacernos mejores. ¿No se lo ha explicado así mi hermano Fidel?

—Sí, su hermano me ha hablado más o menos en los mismos términos. Pero honestamente, si me fijo en mí misma, descubro

decepcionada que todavía estoy muy lejos de esa perfección.

—Bueno, no debe desanimarse —dijo Miguel Ángel Aznar—. A mí me ocurre lo mismo.

El joven Vicealmirante miró sonriendo a la ankorana y ésta se contagió de su sonrisa optimista.

—Con su permiso —dijo el Teniente Echeveste—. ¿Puedo dormir un rato? Estoy que me caigo de sueño.

—Claro que sí —dijo Miguel Ángel—. Acuéstese, yo quedo de guardia.

Echeveste desenrolló una de las hamacas, la colgó de los ganchos y se envolvió en una manta para dormir. Al poco rato se le oía respirar acompasadamente. Sentados en los cómodos sillones del piloto y el copiloto, el Vicealmirante y Lauda Conak parecían absortos en sus propios pensamientos.

El Vicealmirante encendió la televisión y echó un vistazo al exterior a través de la pantalla. La nevada había sido copiosa durante la mañana, cubriendo por encima al “trompo” con casi dos metros de nieve.

—Parece que ahora nieva menos —observó Miguel Ángel.

—Mucho menos —afirmó Lauda Conak.

—La tarde va a ser larga y aburrida. ¿Qué tal si diéramos un paseo para que yo fuera conociendo la ciudad?

—¿Salir ahora, a plena luz del día?

—No es necesario que vayamos a Iqua personalmente. Señorita Conak, ¿qué sabe usted acerca de nuestras armas miniatura?

—He oído hablar de ellas. Creo que son tan pequeñas que casi no se las puede ver, y que pueden enviarlas a gran distancia por control remoto.

El Vicealmirante asintió y dijo:

—Cuando nos encontremos en Iqua yo estaré prácticamente a merced de usted. Si nos traicionara no solamente peligrará mi vida, todo el éxito de la Operación Erinias podría verse comprometido. Supongo que será consciente de ello, así como del riesgo al que usted misma se expone si somos desenmascarados.

—Lo sé —dijo la bella ankorana con tristeza—. A decir verdad, no me gusta lo que estoy haciendo. Yo no solicité ser utilizada para esta misión. Se me expuso el asunto de forma que parezca que contribuyo a la salvación de mi propio pueblo, y así debo

considerarlo. De otro modo no podría hacerlo, me sentiría como una traidora a mi patria.

—Ankor no son los cuatro locos que gobiernan el país. La patria es algo más que una forma de gobierno; es la tierra y los hombres que la habitan, con sus peculiaridades y su carácter propio. Un país habitado por quinientos millones de autómatas mentalizados por una máquina “psí” no puede decirse que sea una patria. Los ankoranos no piensan ni sienten por sí mismos; viven en una especie de sueño hipnótico en el que se les dice cómo deben de pensar y sentir. Bien es cierto que los ankoranos disfrutaban de un alto nivel de vida, son felices bajo los efectos de la droga que les administraron. Pero los ankoranos deben recobrar la conciencia, comprender que su bienestar está cimentado sobre la esclavitud, el trabajo y las privaciones de otros dos mil quinientos millones de seres que no disfrutaban de sus ventajas. Nosotros no vamos a permitir la perpetuación ni consolidación de tan gran injusticia, especialmente cuando existe una máquina, la Karendón, que es capaz por sí sola de elevar a todo el planeta hacia un nivel de riqueza y bienestar como jamás se ha disfrutado en Uhlan. Ankor tendrá que modificar su política egocentrista o será destruido. Si lo contempla bajo esta perspectiva, verá que realmente sí está contribuyendo con su esfuerzo a salvar a su patria. Si derribamos la dictadura y evitamos una guerra, habremos salvado millones de vidas y la destrucción de Ankor.

Lauda Conak asintió moviendo la cabeza. Era muy hermosa y Miguel Ángel Aznar la contempló entre admirado y compasivo. Realmente le habían adjudicado una mala papeleta.

—De todos modos —dijo Miguel Ángel— hasta que abandonemos este “trompo” al amanecer tiene tiempo para pensarlo e incluso volverse atrás. Pero una vez en Iqua tendré que adoptar una actitud enérgica respecto a usted. Si me traiciona puedo verme obligado a matarla.

Los negros ojos de Lauda Conak sostuvieron con firmeza la mirada del Vicealmirante Aznar. Éste trató de suavizar la tensión de aquel diálogo diciendo:

—Bueno, ahora vamos a volar sobre Iqua.

Inclinándose hacia adelante el valerano apretó algunos botones sobre el tablero de mandos. Por la parte superior del “platillo

volante” se abrió paso a través de la nieve amontonada un tubo de doce centímetros de diámetro que asomó al exterior. Una tapa se abrió al extremo del tubo y de éste salió al aire un abejorro negro de tres centímetros de largo que en seguida empezó a mover velozmente las cortas alas.

En el interior del “platillo volante” la escena en la pantalla de televisión era distinta. La pantalla había sido conectada a las diminutas cámaras instaladas en los ojos del abejorro, y lo que veían el Vicealmirante y Lauda Conak era lo que “veía” el insecto artificial.

El Vicealmirante tenía a mano una pequeña caja negra con una palanquita móvil en todas direcciones. Moviendo esta palanquita el “abejorro” volaba hacia adelante o atrás, o se dirigía a la derecha o la izquierda. Un pequeño regulador hacía elevar o bajar el “abejorro”.

Moviendo hábilmente el mando, Miguel Ángel Aznar se orientó dirigiendo el “abejorro” en dirección a la alta torre de la televisión de Iqua que se levantaba sobre la fortaleza. La niebla se extendía sobre el fiordo y la ciudad aparecía velada por la cortina de revoloteantes copos de nieve. El Vicealmirante hizo volar el “abejorro” sobre los recios murallones, donde los centinelas se guarecían de la nevada en las garitas.

—Esa fortaleza es muy grande —observó Miguel Ángel—. ¿Cuántos prisioneros puede haber ahí?

—Nunca estuve en ese lugar —dijo Lauda Conak—. Tengo entendido que media montaña es hueca. De antiguo ha habido ahí un penal militar. Los que lo han visto dicen que toda la montaña está llena de pasadizos, de calabozos y subterráneos. En ese patio han tenido lugar muchas ejecuciones de personajes históricos.

—Vamos a la ciudad —dijo Miguel Ángel.

El “abejorro” se alejó de la fortaleza para sobrevolar la ciudad tendida a su falda. Iqua se extendía sobre un estrecho valle entre montañas, de lo que resultaba una ciudad pintoresca con numerosas calles en cuesta, escalinatas y viaductos. Aunque estaba marcada por los condicionamientos del terreno y su antigüedad, como base de los piratas que desde el fiordo emprendían incesantes correrías hasta las cosas de los países vecinos, se apreciaban los esfuerzos hechos en tiempo reciente para modernizarla.

Iqua era una ciudad de nieves y hielo, y estaba adecuada para las bajas temperaturas que allí reinaban la mayor parte del largo año Uhlanita. La mayor parte del tráfico se realizaba bajo tierra, a través de una completa red de “metro”. Los automóviles tenían enormes ruedas con tacos de caucho para circular sobre el hielo y la nieve, y su apariencia era la de pesados armatostes, por comparación con la línea aerodinámica de los automóviles de Valera, contruidos para alcanzar altas velocidades en las amplias y cuidadas autopistas del planetillo.

Haciendo volar el “abejorro” a la altura de los inclinados tejados de pizarra, Miguel Ángel Aznar paseó durante más de tres horas arriba y abajo de la ciudad. Mirando a través de la pantalla de televisión, era como si el mismo trompo estuviera efectuando aquel vuelo.

Lauda Conak iba señalando al Vicealmirante los edificios más notables y los parajes más pintorescos de Iqua.

El estado actual de la economía de Ankor era equiparable al de las grandes potencias industriales de la Tierra a finales del siglo xx, pudiendo compararse Iqua a un Londres o un Estocolmo de aquella remota edad. El dinero corría en abundancia en Iqua, dando vida a un comercio muy atractivo. Los lujosos escaparates ofrecían a la vista del posible comprador los artículos más variados, siendo igualmente numerosos los teatros, restaurantes y clubs.

—Hay que reconocer que la vida, tal como ustedes la tienen organizada, tiene sus encantos —admitió Miguel Ángel—. Especialmente para las clases adineradas. Para los ankoranos tal vez represente un duro golpe tener que cambiar sus costumbres. No van a acostumbrarse fácilmente a la idea de que el oro no posee ningún valor, y que por lo tanto no podrán comprar ni lujos ni servidumbres.

Por último, el Vicealmirante invitó a Lauda Conak a que le señalara el camino que deberían recorrer al día siguiente para llegar hasta el centro de la ciudad. Lauda Conak le guió hasta el aeropuerto, situado bastante lejos de la ciudad al otro lado de las montañas.

—Si llegamos antes del amanecer podremos deslizarnos hasta la sala de espera del aeropuerto. Cuando llegue la aeronave de Neke nos agregaremos a los viajeros y tomaremos un taxi hasta la ciudad.

El Vicealmirante hizo volar al “abejorro” sobre la autopista que unía el aeropuerto con Iqua. Una vez en la ciudad, mientras arreciaba de nuevo la nevada, recorrieron varias calles hasta el Hotel Rage.

—Aquí nos alojaremos —señaló Lauda Conak—. Iremos a almorzar al restaurante Electrón, donde es probable que me encuentre alguno de mis viejos amigos. De no ser así iremos después de almorzar a visitar a Diug Erla, mi profesor de Física. Es un hombre al que realmente aprecio.

El “abejorro” voló de regreso a su base, pasó por encima de la fortaleza-prisión y descendió buscando el escondrijo del “trompo”. Había caído tanta nieve sobre éste que incluso conociendo su emplazamiento resultó difícil encontrarle desde el aire. Finalmente, después de revolotear por aquí y por allá, el increíble “insecto” encontró el extremo del tubo que sobresalía de la nieve y se introdujo en él. Se cerró la tapa y el tubo se retrajo sobre sí mismo desapareciendo entre la nieve.

* * *

En el vestíbulo del Hotel Rage, un botones ayudó al Comandante Stoba de la Armada Sidérea de la República de Ankor a despojarse del grueso capote azul marino. El Comandante tenía cierto aire tímido, por contraste con la desenvoltura de su esposa.

Realmente fue la señora Lauda Conak quien se encaró con el empleado de recepción, exigiendo con aire autoritario las condiciones que debería reunir la habitación. Finalmente llamó al Comandante astronauta:

—Querido, ven a firmar en el registro.

Miguel Ángel Aznar tomó la pluma y escribió en el libro:

“Comandante Enel Stoba y esposa.”

Un lujoso ascensor les llevó hasta el tercer piso del Hotel y el mismo encargado les acompañó hasta la habitación. Mientras los botones depositaban las maletas en el suelo, el encargado tendía la mano para recibir la propina y espiaba al apuesto Comandante con el rabllo del ojo. El juicio que el hombre formó al retirarse con los botones, fue que el Comandante, aunque tenía una buena figura, era más joven que la señora y de una clase social inferior a ésta.

Tal se deducía por la forma que el Comandante miraba a su alrededor los ricos muebles y las costosas alfombras.

—Nunca había estado en un lugar tan lujoso —confesó el Vicealmirante al quedar solos.

—¡Pero si esto es una antigualla! —dijo Lauda Conak.

—¿Quiere decir que tienen habitaciones todavía más lujosas?

—Lo que quiero decir es que ustedes lo tienen todo más moderno, más funcional... y más limpio.

—Más aséptico querrá decir.

—Sí, esa es la palabra. Pero a mí me gusta lo moderno.

—¿Por qué no nos tuteamos? Quedamos en que teníamos que hacerlo todo a la costumbre ancorana. Somos un par de tórtolos.

—¿Qué es eso?

—Tórtolos, recién casados. ¿Cómo se comportan en Ankor los recién casados? Temo no haber representado muy bien mi papel, ese tipo de los galones no me quitaba ojo de encima.

—Es que no fuiste mentalizado para representar este papel.

—Es cierto. En nuestros planes no estaba el venir a Iqua.

—Muestras excesiva curiosidad por todo, como si nunca hubieses estado aquí.

—¡Toma, como que es así!

—Quiero decir en un Hotel de lujo.

—Tampoco había estado antes en un Hotel de lujo. ¿Una sola cama? —señaló el Vicealmirante la enorme cama donde Lauda Conak acababa de depositar una de las maletas.

—Bueno, es bastante ancha para los dos, ¿no es cierto?

El valerano miró sorprendido a la ancorana, pero ésta no le prestaba atención. Acababa de abrir la maleta, y antes de sacar la ropa empezó a quitarse el grueso abrigo de piel. Miguel Ángel le ayudó con el abrigo, que quedó en sus manos mientras Lauda Conak volvía a ocuparse de la maleta.

El Vicealmirante fue a colgar el abrigo en el armario. Al regresar vio que la ancorana se estaba quitando la chaqueta de grueso paño. Vestía pantalones largos. En Ankor las mujeres vestían casi igual que los hombres. Las bajas temperaturas del país condicionaban el tipo de indumentaria. La falda era una prenda desconocida en Ankor.

—Lauda, nunca te he visto vestida de mujer —dijo Miguel Ángel

de pronto.

Ella se volvió y le miró con extrañeza.

—Quiero decir que nunca te he visto con falda —aclaró el valerano—. ¿Cómo te sienta la falda?

—La Doctora Isabel Devesa me hizo poner una suya. Fue muy divertido —sonrió la ankorana—. A mí me gusta.

—¿Y al coronel Roerich, también le gustó?

—No lo sé. Me miró sorprendido y silbó. Luego le pregunté por qué silbaba y se puso colorado. No os acabo de comprender a los hombres terrícolas. Sois muy tímidos, vuestras mujeres son mucho más atrevidas.

Lauda Conak apartó unos pantalones del montón de ropa. Se sentó en el borde de la cama y empezó a quitarse las altas botas de fieltro con vuelta de piel.

—¿Cómo son las mujeres ankoranas? —preguntó Miguel Ángel.

—Normales, supongo. Se entiende que con arreglo a nuestra forma de ser.

—¿Y cómo sois?

Las dos botas estaban sobre la alfombra. Lauda se puso de pie y miró al valerano con sus grandes y misteriosos ojos.

—Eso debes juzgarlo tú mismo. En mi opinión somos más sinceras que vuestras mujeres, menos audaces quizás... o tal vez con más sentido común. No lo sé, es difícil establecer comparaciones entre dos razas tan distintas.

Tranquilamente la ankorana se llevó las manos a la cintura y aflojó la trabilla. Los pantalones se deslizaron piernas abajo por su propio peso y Lauda se deshizo de ellos de dos puntapiés. Quedó ante el sorprendido terrícola con las piernas desnudas, los faldones de la camisa a medio muslo. Era alta y tenía unas piernas esbeltas, derechas y esculturales.

—Mira, ahora es como si llevara falda. ¿Qué tal me sienta?

El Vicealmirante la miró a los ojos chispeantes de malicia, preguntándose si era malvada, coqueta o simplemente ingenua.

—Comprendo que el Coronel Roerich te silbara —murmuró para sí, aunque no tan bajo que ella no lo oyera—. Si andaras por ahí en minifalda se iba a armar el gran alboroto.

—¿Quieres decir que te gusto? —preguntó Lauda como sorprendida—. ¿Igual que si fuese terrícola?

—Claro, ¿por qué no? ¿O crees que soy de piedra?

—¡Pero no soy como vuestras mujeres!

—¿En qué eres distinta?

—No tengo senos. La Doctora Devesa dice que entre los signos o “señales” sexuales, los senos son muy importantes para despertar la sensualidad masculina entre los de tu especie.

—Hay más “señales” sexuales, como dice la doctora. Los labios, las caderas, las nalgas... Tengo entendido que, excepto los senos, en todo lo demás sois como nuestras hembras.

—Sí.

Quedaron en silencio mirándose a los ojos.

—Vístete, Lauda —dijo el valerano roncamente—. Me estás poniendo en un compromiso. No sé qué pensar de ti.

Lauda avanzó andando con sus pies descalzos sobre la alfombra y se detuvo ante él. Aunque era alta, el valerano todavía le sacaba la cabeza de ventaja.

—Yo tampoco sé qué pensar de mí misma —dijo Lauda alzando sus hermosos ojos, de mirada profunda, hacia los de él—. Somos distintos, y sin embargo no me siento diferente ante ti. El doctor Fidel asegura que, biológicamente, es imposible la descendencia entre ankoranos y terrícolas de sexo opuesto. Parece entonces que debería existir una barrera entre nosotros. ¿Por qué no la siento?

—No lo sé, Lauda. Tal vez mi hermano esté equivocado. Yo tampoco noto que exista una barrera insalvable entre tú y yo. Te miro y sólo veo en ti una mujer hermosa y deseable. ¡Lauda!

Miguel Ángel Aznar la tomó entre sus brazos. Lauda alzó su pálido rostro y él la besó en los labios. El beso no se conocía entre los ankoranos como expresión afectuosa, al menos en sus relaciones de cara al exterior. Pero posiblemente fuera distinto en la intimidad. De cualquier forma el beso no extrañó a la ankorana...

El terrícola iba a vivir en unos minutos la experiencia de unas relaciones íntimas con una mujer distinta en lo biológico, aunque nada diferente en lo demás.

CAPÍTULO X

Electrón” era un restaurante de lujo, servido diligentemente a una seña de la parroquia. Las grandes lámparas de cristal de cuarzo brillaban con luz eléctrica, la atmósfera estaba caldeada por los radiadores y el ambiente era sumamente agradable, con las mesas redondas, todas con su lamparilla y su teléfono, a medias encerradas en los palcos rodeados de un diván.

Con las manos enlazadas bajo el mantel, indolentemente recostados en el diván, Lauda Conak y Miguel Ángel Aznar se sentían medio adormecidos, mientras la nieve caía al otro lado de los empañados cristales.

Un hombre y una mujer entraron en el “Electrón” sacudiéndose los blancos copos de nieve pegados a sus gorros peludos y sus hombros. Él vestía el capote azul marino de la Armada Sidérea de la República de Ankor; la mujer un lujoso abrigo de pieles plateadas. El “maître” acudió a recibirles, y al punto acudieron también dos muchachas rubias para llevarse los gorros y los abrigos.

La cálida mano de Lauda oprimió la del Vicealmirante.

—¿Sí? —dijo Miguel Ángel Aznar sacudiéndose su torpor.

—Conozco a esos dos, los que acaban de entrar. Ella es Ale Badadoh, estudiaba física nuclear conmigo. Y él también. Es Rog Uben, otro físico nuclear, aunque ahora viste de astronauta...

La pareja avanzaba por el pasillo a lo largo de la fila de palcos, cuando Lauda se puso en pie y llamó:

—¡Ale! ¡Rog!

Se detuvieron, se reconocieron y todos lanzaron exclamaciones de sorpresa y alegría, cogiéndose ambas manos y apretándoselas en una piña, según la forma usual de saludo entre los ankoranos. Tal vez porque en una inmensa mayoría habían sido privados del afecto familiar, los ankoranos eran muy leales con los amigos; poseían un

verdadero sentido de la amistad.

La pareja miraba con curiosidad a Miguel Ángel Aznar, que se había puesto en pie en señal de cortesía, y Lauda lo presentó a sus amigos.

Aunque, como los valeranos, también los ankoranos habían descubierto el secreto de la dietética y tenían muy avanzada su Medicina, saltaba a la vista que Lauda era mucho mayor que su acompañante. Lauda Conak tenía 40 años, aunque sólo representaba unos veintisiete o veintiocho. Pero el aspecto del valerano era más juvenil, apenas representaba veinte, que era poco menos de los que realmente tenía.

—¿Astronauta también? —dijo el ankorano mirando los galones en el cuello del uniforme del valerano, que correspondían al grado de Comandante. Y luego señaló los suyos de Teniente excusándose—. Como ve soy de grado inferior al suyo, aunque tengo más años. ¿Cuál es su Flota?

—La Dieciséis de cruceros.

—Yo también estoy en cruceros —dijo Uben orgullosamente, y añadió—: En la Veintiuno. Magníficos aparatos, ¿no es cierto?

—Muy buenos —asintió el valerano sin tener que esforzarse en asegurarlo.

—¿Dónde vais? Quedaos con nosotros —suplicó Lauda—. Llegamos esta mañana... para recordar viejos tiempos. Esperaba encontrar más conocidos aquí, pero vosotros sois los únicos por ahora...

Lauda Conak mencionó una serie de nombres que los otros conocían sin duda. Ale, que era de mediana estatura y bonita, dio razón de algunos. Uben de otros. El Teniente explicó:

—La mayoría fuimos a parar a la Armada. Esos cruceros valeranos llevan reactores nucleares dobles de una gran complejidad. Se supone que los comandantes deberían poseer también conocimientos de Física nuclear, pero la tecnología de los valeranos es demasiado elevada para los conocimientos elementales de nuestros comandantes. ¿Está de acuerdo conmigo, Comandante?

El Teniente Uben quería arrimar el ascua a su sardina y demostrar la importancia de un físico nuclear como oficial de máquinas. El falso Comandante Stoba no tuvo inconveniente en admitirlo. Uben era un admirador sincero de la tecnología valerana,

de la que los ankoranos tenían mucho que aprender. El falso Stoba, en cambio, se mostró más desdeñoso.

—Bueno, ya hemos aprendido de ellos todo lo que teníamos que aprender —manifestó con acento despreciativo—. Tenemos sus cruceros de combate, sus armas de “luz sólida” y sus máquinas integradoras de materia, lo que ellos llaman la Karendón.

—¡Oh, no! —rechazó el Teniente Uben—. Se equivocaron quienes piensan que con copiarles a ellos lo tenemos todo. ¿Qué me dice de esa nueva arma que lanzaron sobre nuestros cruceros?

—¿Se refiere a los “trompos”? No los conozco.

—Yo me encontraba con las fuerzas que se opusieron a la penetración de los “trompos”. Uno de ellos nos dio una pasada a todo lo largo del casco. ¡Abrió una zanja de un metro de profundidad de punta a punta del casco! En mi opinión nunca les derrotaremos en su terreno. Ellos tienen su autoplaneta, al que no podemos soñar en conquistar. Creo que deberíamos devolverles sus prisioneros y dejar que se marcharan.

—Pero no podemos hacer eso —rechazó el falso Comandante Stoba—. No sin una garantía de que realmente van a marcharse sin intervenir en nuestros asuntos. Al menos mientras tengamos sus prisioneros no se atreverán a atacarnos. Por cierto, ¿tenemos valeranos en Iqua?

—Sí, en la fortaleza Ingar.

—¿Muchos?

—Unos seis mil, según creo, pero van a traer más. Las autoridades de Iqua consideran que el número actual de prisioneros es insuficiente como garantía de que los valeranos no van a bombardear esta ciudad. ¡Qué estupidez!

—¿Por qué lo cree así?

—Porque es una tontería pensar que los valeranos van a permanecer inactivos en tanto pongamos entre nuestras ciudades y sus bombas un número mayor o menor de sus prisioneros. Eso quizá les contenga de momento, la pregunta es, ¿hasta cuándo? Mientras no les devolvamos sus prisioneros no se marcharán. Pero el tiempo juega a su favor y en contra nuestra. Ellos tienen en su planetillo una fuente inagotable de “dedona”, los medios y los conocimientos para reconstruir su Armada Sideral, hasta superarnos en número. Tal vez esperen diez años, quince... Una vez se sientan fuertes

pueden impacientarse y decidir que, puesto de todas formas no vamos a devolverles sus prisioneros, no vale la pena seguir esperando. Y entonces atacarán. Y si atacan pueden derrotarnos.

—Cuidado, Rog —dijo la agraciada Ale dando a su compañero con el codo mientras miraba recelosamente alrededor—. Esas expresiones derrotistas pueden acarrearle un disgusto.

En efecto, la Policía secreta era muy activa en todo Ankor.

—¿Por qué no vamos a otro lugar donde podamos charlar a nuestras anchas? —propuso Lauda Conak—. ¿Todavía se reúne la tertulia del profesor Diug Erla?

Rog Uben no lo sabía. Faltaba hacía tiempo de Iqua y había perdido el contacto con los viejos compañeros de estudio. Ale dijo que tenía conocimiento de que el profesor seguía reuniendo a sus discípulos en su casa, aunque ella no había vuelto por allí desde sus tiempos de estudiante.

—Nosotros vamos a ver al Profesor. ¿Nos acompañáis? —invitó Lauda Conak.

La pareja dijo estar dispuesta a acompañarles. También les gustaría ver de nuevo al profesor Erla y recordar los viejos y felices tiempos de estudiantes. Ale tenía su propio automóvil en la calle.

Mientras recorrían las calles de Iqua, blanqueadas de nieve, los tres ankoranos charlaban animadamente resucitando recuerdos del pasado. Poco después llegaban a la casa del profesor Erla en la parte vieja de la ciudad. Un criado vino a abrirles y les anunció. El profesor salió a recibirles. Era un hombre anciano, de blancos y largos cabellos, ojos vivos e inteligentes, de aspecto agradable. El profesor Erla reconoció a sus antiguos alumnos y se expresó en términos especialmente cariñosos respecto a Lauda.

—Lauda fue una estudiante excepcional —aseguró al falso Comandante Stoba.

Después de abandonar los abrigo en manos del sirviente, entraron en un salón donde había otros tres hombres, dos de ellos estudiantes jóvenes, y el tercero un hombre maduro, otro físico nuclear llamado Yure. Tras las presentaciones y los saludos de rigor todos se sentaron en unos taburetes redondos alrededor de una mesita baja en la que humeaba una gran tetera. El criado vino con nuevas tazas y se sirvió el inevitable té.

Al estar presentes dos oficiales de la Armada, la conversación se

dirigió en torno al último combate aéreo entre los cruceros de Ankor y la fuerza de ataque valerana. Los medios de difusión de todo el planeta, bajo control del Estado, se habían apuntado la batalla como una resonante victoria ankorana. Por lo que el Vicealmirante Aznar iría descubriendo después, la nación ankorana no había sido informada siquiera de la entrevista que sostuvieron a través de la televisión entre el “Lassyn” y el Almirante Mayor de Valera. La política se dirigía en Ankor de un modo personal, sin contar con la opinión del pueblo, al que se suponía conforme en todo.

No ocurría esto con el Teniente Uben, quien rechazó indignado la versión triunfalista de la propaganda estatal.

—No hubo tal victoria.

—¿Pero no es cierto que el ataque fue rechazado, sufriendo el enemigo elevadas pérdidas? —preguntó uno de los estudiantes.

—Los valeranos atacaron con apenas quince mil trompos. Nosotros éramos el doble y no pudimos detenerlos. La realidad fue que entraron por donde quisieron, se pasearon por nuestra atmósfera y demostraron que, de habérselo propuesto, habrían podido alcanzar nuestras ciudades con sus bombas nucleares. Creo que era todo lo que se propusieron demostrar, y lo consiguieron.

—¿Quiere decir que estamos indefensos ante ellos? —preguntó alarmado el estudiante.

—Mire, esos extranjeros nos llevan milenios de delantera en tecnología. Es una presunción por nuestra parte pensar que porque estamos copiando su técnica ya estamos a su misma altura. No es cierto. Ellos poseen los conocimientos y la experiencia. Nos han sorprendido con sus “trompos”, de los que no teníamos noticia, y mañana pueden sorprendernos con otra nueva arma a la que no somos capaces de hacer frente. Pienso que deberíamos negociar una paz con ellos y tratar de salir honrosamente de esta situación en vez de arriesgarlo todo.

—La paz es imposible con los valeranos —aseguró el profesor Yure—. Al menos en los términos que ellos proponen.

—¿Y cuáles son esos términos? ¿Nos hemos molestado en preguntárselo siquiera?

—Conocemos sus puntos de vista, y éstos son irreconciliables con nuestra política de expansión. Los valeranos quieren que

repartamos los beneficios de la máquina Karendón entre todos los habitantes del planeta. Pero eso es imposible.

—¿Por qué es imposible? —preguntó el falso Comandante Enel Stoba sin poder reprimirse.

—¿No lo comprende usted? —protestó Yure—. Esa diabólica Karendón lo hace todo, basta entregarle un modelo básico y a partir de ahí puede sacar todas las copias idénticas que se quiera. De repartirse las Karendón por todo el planeta, nos igualaría a todos con el mismo rasero. La más ignorante de las tribus shirtecienses no tendría más que copiar los modelos que nosotros hemos creado con nuestro ingenio, y dedicarse a disfrutar de algo que a ellos no les ha costado nada de conseguir.

—¿Y eso es malo? —preguntó el falso Stoba.

—Júzguelo usted mismo. A partir de las Karendón todos los pueblos de Uhlan tendrían abundante comida y ningún trabajo. Entonces se dedicarían a la tarea de procrear. Se sucedería un incremento demográfico sin precedentes en la Historia, los uhlanitas llegaríamos a ser tan numerosos que tendríamos que sentarnos unos encima de otros. Es decir, sucedería todo al revés de como lo teníamos previsto. ¿Qué papel representaría Ankor en mitad de esta danza? Perderíamos nuestra hegemonía, nadie nos respetaría.

—Tal vez hemos recibido demasiado prematuramente los beneficios de las Karendón —dijo el falso Stoba pensativamente.

—¡Oh, nada de eso! —rechazó el profesor—. Al contrario, han llegado en el momento oportuno. Sólo Ankor posee esas máquinas maravillosas, y sólo nosotros las tendremos. Estamos sobre un planeta agotado y las Karendón han venido a solucionar nuestro problema de escasez de materias primas. En adelante ya no tendremos que importar alimentos, carbón, petróleo ni mineral de hierro o cobre. Somos autosuficientes en todo. Hoy se cerró para siempre la factoría ACADE. Hemos instalado una Karendón de grada que realizará ella sola el trabajo de seis mil obreros extranjeros empleados en la construcción de barcos. Pero antes de producir la primera aeronave de transporte la Karendón realizó otro trabajo. ¡Desmaterializó en grupos de quinientos los seis mil obreros desempleados!

Miguel Ángel Aznar quedó aterrado. Su expresión de asombro movió al profesor Yure a decir:

—¿Ve usted qué fácil? Ni siquiera tendremos que emplearnos como carniceros, ensuciando nuestras manos con la sangre de esa maldita chusma. ¡Las Karendón nos librarán de esa gente de una forma aséptica!

—¿De verdad lo han hecho como dice? —balbuceó Miguel Ángel Aznar.

—Como se lo digo. En días sucesivos vamos a seguir eliminando extranjeros a medida que reemplazamos nuestras viejas fábricas por máquinas Karendón.

—Por fin tendremos una ciudad limpia de polución —fue el divertido comentario de uno de los estudiantes—. Al desaparecer todas esas fábricas humeantes se acabará la contaminación.

Miguel Ángel Aznar se sintió repentinamente enfermo. En el automóvil, mientras venían hacia la casa del profesor Erla, escuchando a Lauda Conak y sus dos amigos, el valerano pensaba que al fin y al cabo los ankoranos eran tan humanos como cualquier otro pueblo. Ahora se daba cuenta de que no eran iguales. ¡Todo el comentario que había merecido aquel asesinato de seis mil obreros se refería a la rápida eliminación de la contaminación atmosférica!

Lauda pareció darse cuenta de lo que ocurría al valerano.

Disculpándose por tener que marcharse tan pronto, Lauda se despidió de sus amigos prometiendo volver otro día.

Al salir a la calle, después de aspirar el aire frío cargado de humo de hulla, el Vicealmirante Aznar exclamó:

—¡Salvajes estúpidos! ¡Asesinos! ¿Quiénes os creéis que sois? ¡Nadie puede decidir por sí mismo la vida y la suerte de toda la población de un planeta!

Lauda detuvo un taxi que pasaba en aquellos momentos.

—Al Hotel Rage —dijo la ankorana al conductor.

—Al aeropuerto —ordenó Miguel Ángel Aznar. Y en respuesta a la mirada de Lauda agregó secamente—: Regresamos.

—¿Por qué regresamos tan pronto? ¡Ni siquiera hemos recogido nuestro equipaje!

—No necesitamos el equipaje para nada, sólo es un estorbo. En cuanto a lo demás, ya sé todo lo que necesitaba saber. Cuanto más tiempo nos quedemos en la ciudad mayor será el riesgo de que nos delatemos. ¡No sé cómo me contuve y no estrangulé a ese estúpido Yure! ¿Todos vuestros científicos tienen la misma mentalidad de

mosquito?

—Es un problema de mentalización, tú lo sabes. Yo misma no era muy diferente de ellos antes de ser reeducada por vosotros.

—Tal vez al “reeducarte” lo que hemos hecho en realidad es cambiar tu verdadera personalidad. Te hemos mentalizado para ser buena, cuando en el fondo de tus instintos sobrevive toda la maldad de tu raza.

Lauda Conak le miró sorprendida.

—Estás enfadado, no piensas de verdad lo que estás diciendo.

—¿Y por qué no he de pensarlo? ¿Cómo puedo saber la clase de mujer que eres ni tus verdaderos sentimientos, después de haber pasado por esa diabólica máquina “psí”? Tal vez no obras en la forma que lo harías si fueras tú misma, la que fuiste antes, mentalizada o no.

—¿Por qué dices “tal vez”? ¿No lo sabes? ¿Qué fue lo que el Coronel Roerich te habló de mí? —exclamó Lauda indignada.

—¡Al diablo el Coronel! ¿Quién puede fiarse de quién? Tal vez no me dijo la verdad.

—¿Quieres decir que probablemente me “programaron” para que actuara en vuestro provecho traicionando a mi patria? ¡Si supiera que eso es cierto no regresaría contigo!

—No cometas tonterías, querida. No puedes abandonar ahora.

—Allí, junto a la puerta, hay una pareja de policías. ¿Qué ocurriría si me pusiera a gritar? —dijo Lauda desafiante.

Miguel Ángel Aznar le señaló en silencio a la vidriera próxima. Lauda Conak miró en aquella dirección y entonces vio pegado al cristal, del lado exterior de la cristalería, un insecto negro brillante. Era un abejorro. Pero en las frías tierras de Ankor no vivían esta clase de insectos.

—¡Un abejorro radiodirigido! —exclamó Lauda roncamente. Se volvió indignada hacia su compañero—. ¿Nos ha estado siguiendo todo el tiempo?

—Sí.

—¡No confiaste en mí!

—Había en juego muchas cosas importantes. Después de todo, yo no te conocía.

Lágrimas de rabia acudieron a los hermosos ojos de la ankorana. Bruscamente le volvió la espalda y fue a sentarse en uno de los

divanes de la sala de espera. El Vicealmirante sacó del bolsillo un pequeño bloc de notas y un lápiz. Escribió en la hoja, en mayúsculas: “Regresamos tan pronto oscurezca”. Luego se dirigió a la cristalería, y como si mirara distraídamente el movimiento del aeropuerto, ocultándolo con su cuerpo, mostró la hoja escrita al “abejorro”. El insecto batió sus cortas alas, aunque sin desprenderse del cristal.

En el “trompo”, el Teniente Echeveste acababa de ver el escrito ampliado a gran tamaño en su pantalla de televisión.

Miguel Ángel se guardó el bloc en el bolsillo y fue a reunirse con Lauda Conak en el diván. Poco después dejaban la sala de espera y entraban en el restaurante, donde mataron la tarde ante sendas tazas de té.

Los crepúsculos eran largos en aquellas latitudes. Todavía quedaba un poco de luz cuando Miguel Ángel Aznar y su compañera salieron del edificio del aeropuerto y se dirigieron a un Hotel contiguo a la autopista de Iqua. Antes de llegar al Hotel se apartaron de la carretera y se internaron por un caminito bordeado de un seto en dirección a un oscuro bosquecillo situado a medio kilómetro de la cerca del aeropuerto.

Avanzando con dificultad sobre la nieve caída recientemente alcanzaron el bosquecillo. Las luces del aeropuerto quedaban un poco lejos, pero algo de su resplandor llegaba a los alrededores.

Poco después Miguel Ángel Aznar desenterraba de la nieve dos equipos de vuelo individual (back) y ayudaba a Lauda a ponerse el arnés. Ya equipados, el Vicealmirante ató a su cintura una cuerda de diez metros de longitud, cuyo extremo pasó alrededor de la cintura de Lauda Conak. Esta cuerda tenía por objeto mantenerles unidos durante el vuelo en la oscuridad.

Se elevaron suavemente por encima de los árboles, el valerano soltó la cuerda y abrió el botón del acelerador. La cuerda se puso tensa y remolcó a Lauda Conak.

Volaron sin prisas rodeando la montaña, en cuya cima se levantaba la fortaleza, y sobre ésta la antena de la televisión con su baliza roja en el extremo. Luego sobrevolaron el bosque a la altura de los árboles, hasta que el Vicealmirante vio un difuso resplandor rojizo bajo sus pies. Este resplandor, invisible a gran distancia, salía de la escotilla abierta del “trompo”, donde eran esperados por el

Teniente Echeveste.

De nuevo en la cabina del “trompo” se despojaron del “back” y de los abrigos. La reacción, desde el frío del exterior a la caldeada cabina, hizo salir los colores a las mejillas de la ankorana y las orejas del Vicealmirante.

—¿Todo bien? —preguntó Echeveste ofreciendo una taza de café.

—¡Ya lo creo! —repuso el Vicealmirante irónicamente—. Desde ahora ya sabemos que es imposible rescatar a los de la fortaleza.

—¡Imposible! ¿Por qué?

—Porque nuestros prisioneros son más de seis mil, y nuestra “Traslator” sólo puede despachar dos personas por minuto. Suponiendo que asaltáramos la fortaleza después de anochecido y nos sostuviéramos allí durante diez horas, sólo podríamos despachar mil doscientas personas de regreso a Valera. Eso contando con que los ankoranos no se dieran cuenta de nada hasta el día siguiente.

—O sea, que necesitamos cuatro “Traslator” más para despachar los seis mil prisioneros en una sola noche. ¿No podemos hacerles venir de otra parte?

—No —negó el Vicealmirante rotundamente—. La Operación Erinias no se montó para rescatar nuestros prisioneros, sino para alentar y organizar un levantamiento masivo en todo el planeta contra Ankor. En estos momentos nuestros “trompos” deben haber alcanzado sus respectivos puntos de destino. No sería lógico retirar a cuatro de ellos para utilizarlos en una misión que ni siquiera había sido planeada. El Estado Mayor no daría su consentimiento, y con razón. Recuerde las dificultades que tuvimos que superar para llegar hasta este lugar.

El Vicealmirante se dejó caer abatido en uno de los sillones de los pilotos.

—Es una verdadera lástima que habiendo llegado tan cerca de ellos no podamos rescatarles —se lamentó Echeveste—. A menos que rescatemos a esos mil doscientos, que es todo lo que podemos hacer.

—¿Y dejar allí a los cuatro mil ochocientos restantes?

—Más valen algunos que ninguno.

—¿Y de qué medios nos valdríamos para designar a los

afortunados? ¿Primero las mujeres? ¿O los más viejos? ¿Un sorteo tal vez? Todos querían escapar y ninguno querría quedarse. Pero sólo podemos liberar a mil doscientos. ¿Se imagina cuál sería el estado de frustración y amargura en que quedaría el resto? Es preferible no liberar a ninguno.

—¿Qué hacemos entonces? ¿Nos marchamos? —preguntó el Teniente.

—No tan pronto, antes tenemos que hacer un trabajo... Los ankoranos han montado una Karendón de grada en un viejo astillero. Trabajan allí seis mil obreros extranjeros. ¿Sabe lo que hicieron esos bestias ankoranos? ¡Metieron a los seis mil trabajadores desempleados y los desintegraron! Antes de marcharnos destruiremos esa maldita Karendón dirigiendo contra ella nues...

El Vicealmirante Aznar se interrumpió de pronto y, como impulsado por un muelle, abandonó el asiento poniéndose en pie.

—¡La grada! —exclamó roncamente—. ¡Esa es la solución!

Echeveste y Lauda Conak le observaban sorprendidos. Miguel Ángel Aznar volvió hacia ellos sus ojos iluminados.

—¡Tenemos la solución! —dijo precipitadamente—. ¡Utilizaremos esa Karendón de grada para desmaterializar a los seis mil prisioneros de la fortaleza!

—¿Qué espera conseguir con eso? —preguntó Echeveste—. Una grada Karendón no es una “Traslator”.

—No necesitamos una “Traslator” en este caso. Recuerde que esos cuatro millones trescientos mil prisioneros que los ankoranos nos tomaron fueron restituidos en Uhlan sobre las cintas perforadas que se habían utilizado durante el viaje del autoplaneta de Atolón a la Tierra. Para viajar desde la Tierra a Uhlan se utilizaron otras cintas perforadas, y éstas son las que están todavía en los sótanos del Ayuntamiento de Nuevo Madrid. Si conseguimos llevar los seis mil prisioneros desde la fortaleza al astillero y desintegrarlos en la Karendón de grada, podrán ser recuperados en Valera utilizando las cintas perforadas que tenemos en Nuevo Madrid.

—¡Caramba, tiene usted razón! —exclamó Echeveste jubiloso.

—Sólo tenemos que localizar el lugar de emplazamiento de la grada y ver si es posible llevar a los prisioneros hasta allí. Y eso es lo que haremos en seguida, es decir, mañana en cuanto amanezca.

—¡Vaya golpe si lo conseguimos! —exclamó el Teniente Echeveste.

Y en sus ojos había toda la ilusión de un deseo largamente acariciado.

CAPÍTULO XI

El abejorro salió desde la entrada principal del astillero, luego voló sobre la tapia y se dirigió hacia la gran nave cubierta cuyo extremo llegaba hasta las aceitosas aguas del puerto.

Deslizándose por una gran claraboya del techo, el insecto se quedó mirando la enorme caja metálica de la cual salían millares de gruesos cables eléctricos.

En la cabina del “trompo” Miguel Ángel Aznar señaló a la pantalla de televisión y exclamó:

—¡Esa es la Karendón!

—Será fácil —aseguró el Teniente Echeveste—. El astillero queda al pie de la montaña. Nuestros prisioneros sólo tendrán que dejarse deslizar ladera abajo y llegar hasta la grada.

El abejorro descendió desde la alta claraboya, se paseó arriba y abajo por la enorme nave, salió al puerto y voló dando media vuelta mientras se remontaba a mil metros de altura.

—Bien, hágalo volver —ordenó el Vicealmirante al Teniente abandonando su asiento.

Lauda Conak le contemplaba pensativamente sentada en la oscilante hamaca de lona.

—Vas a regresar a Valera —le dijo el Vicealmirante—. Llevarás un informe escrito al Almirante Valenciano en el que detallo todos los pormenores del plan.

—¿Por qué no utilizas esa máquina de escribir para informar al Almirante y me dejas permanecer contigo?

—Porque esto va a estar muy trajinado dentro de poco, y aquí no hay espacio para una mujer.

Lauda Conak se resignó con un mohín de disgusto. Una hora más tarde el Vicealmirante ponía en sus manos un pliego de papel.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —preguntó la ankorana.

—No puedo contestarte a eso, no lo sé. Pero nos veremos en Valera.

Laura Conak le echó los brazos al cuello, lo atrajo hacia sí y pegó su boca a la del Vicealmirante.

—Adiós —dijo soltándole con igual brusquedad.

—Buen viaje —murmuró Miguel Ángel Aznar mientras la veía desaparecer por detrás de la pantalla que cubría la entrada a la cámara. Luego miró al Teniente y le hizo una seña afirmativa.

Poco después Lauda Conak era desintegrada en mitad de un relámpago y el lector electrónico empezaba a transmitir por radio sus datos personales a Valera.

Miguel Ángel Aznar se dirigió a uno de los sillones y se dejó caer en él exhalando un suspiro. Empezaba la larga espera hasta que el Almirante Valenciano recibiera el mensaje, lo estudiara y lo expusiera al parecer del Estado Mayor.

Mediada la tarde la “teleprinter” se puso en movimiento y empezó a escribir furiosamente. El Vicealmirante hizo girar su sillón y leyó directamente sobre el papel que iba imprimiendo la máquina:

“Erinias a Furia M-701. Estudiado su proyecto en todos sus detalles lo consideramos factible y de alto valor psicológico. Adelante. Tengan abierto su receptor para recibir de inmediato. Buena suerte. Alecto.”

—Bueno, nos hemos salido con la muestra —dijo el Teniente Echeveste, que se había levantado de su asiento para venir a leer el despacho por encima del hombro del Vicealmirante.

—Ponga en marcha el reactor nuclear. Ahora sólo falta que funcione bien la “Traslator”.

—No sea gafe, Vicealmirante. A mí ni siquiera se me había ocurrido que pudiera suceder tal cosa.

Esperaron impacientes durante dos horas, mientras en el exterior se iban apagando las últimas luces de la tarde. No había nevado en todo el día y el cielo estaba parcialmente despejado. Miguel Ángel Aznar había solicitado del Estado Mayor que se reanudaran las señales luminosas telegráficas. Contaba con esta parpadeante luz para no andar totalmente a ciegas cuando sus tropas asaltaran la fortaleza.

Al anochecer ya era de notar el intermitente relampagueo que alcanzaba a todo el hemisferio de Uhlan a punto de sumirse en la

noche. En este momento se escuchó el repiqueteo de la taladradora de la máquina que iba confeccionando la cinta según otra copia que acababa de obtenerse en Valera.

El primer hombre restituido en la “Traslator K” del “platillo volante” fue el Coronel Baker, que venía con todo su equipo de combate, incluido “back” y una bolsa con raciones para dos días. Baker tenía veintitrés años y era rubio, alto y fuerte. Se había distinguido en los combates por la conquista y posesión de la Sala de Control del autoplaneta y era el Coronel más joven de todo el Ejército Valerano, ascendido con mención especial por el Almirante Mayor.

Miguel Ángel Aznar no había tratado personalmente al Coronel Baker, ni siquiera tenía noticias de que fuera a venir, pero se alegró mucho de que fuera éste el hombre que, junto con su unidad de Tropas Especiales, le habían asignado para la importante misión.

Las tropas de Operaciones Especiales eran unidades de élite con una preparación extraordinaria. Su equipo habitual eran la armadura y escafandra de “diamantina”, el “back” o equipo de vuelo individual y el subfusil lumínico. Pero eran a la vez expertos buceadores (utilizando el mismo equipo de vuelo) y estaban especialmente entrenados para la represión de motines y la lucha callejera. La unidad del Coronel Baker era el Batallón Alfa.

—¿Cuántos hombres van a venir? —preguntó el Vicealmirante.

—El Batallón Alfa completo, quinientos hombres. Pero además van a enviar una Compañía de Controladores para dirigir las armas miniatura.

—¿Quién manda esa Compañía de Controladores?

—El Coronel Oliveros. Viene detrás de mí.

En efecto, en este momento era restituido el segundo de los seiscientos hombres que iban a participar en la operación. Como el Coronel Baker, también Oliveros venía con su equipo de combate. Además, al ser restituido tenía a sus pies una negra maleta de plástico, que sacó con cuidado y depositó en el suelo para estrechar la mano del Vicealmirante.

Esta caja era un equipo de mando a distancia, incluso con su pantalla de televisión, y cada controlador al salir de la cámara de restitución llevaría la suya propia.

Todavía estaba cambiando impresiones Miguel Ángel Aznar con

Oliveros, cuando fue restituido otro soldado de Operaciones Especiales que salió de la cámara llevando un paquete.

—Hemos traído con nosotros nuestras propias tiendas de campaña hinchables —dijo Baker.

—Yo le sugerí al Almirante Valenciano que vinieran con sus tiendas. La temperatura es muy baja afuera. ¿Por qué no salimos y nos guarecemos en esa tienda? Antes de cinco minutos no va a poderse dar un paso aquí dentro.

Miguel Ángel Aznar se puso su abrigo y su gorro de piel y salió del “trompo” por la angosta escalera llevando detrás a los coroneles y al hombre de la tienda de campaña.

Afuera era de noche, pero los intermitentes destellos de los proyectores de “luz sólida” del distante planetillo iluminaban el nevado paisaje bajo los árboles. El soldado deshizo el paquete y mientras extendía la tienda con ayuda de los jefes llegó otro hombre con una bombona de anhídrido carbónico. La espita de la bombona fue aplicada a un “racor” y el gas a presión hinchó en breves minutos la tienda, que era de dobles paredes de material plástico blanco y tenía forma semi-esférica.

Apenas acababa de cobrar forma la enorme tienda, capaz para cincuenta hombres con toda su impedimenta, llegó otro soldado con un receptor de ondas energéticas que situó en el centro de la tienda, colgando una bombilla eléctrica de una anilla del techo.

Los ankoranos también utilizaban las ondas energéticas para mover sus vehículos y sus máquinas, lo cual era una ventaja para los valeranos. Cuando los “abejorros” empezaran a moverse, incluso cuando los soldados de Operaciones Especiales volaran con sus “backs”, utilizarían esta energía facilitada gratuitamente por el propio enemigo.

Al contrario que los ankoranos, los valeranos tenían una larga experiencia en desembarcos aéreos. Además, las Tropas Especiales estaban utilizando el equipo preparado para la “Operación Erinias”, en la que hasta el mínimo detalle había sido cuidado al máximo.

Inmediatamente detrás de la luz eléctrica llegó un soldado cargado con una mesa de campaña plegable. Otros dos vinieron con dos sillas de lona, otro con un radiador eléctrico, otro con una gran cafetera donde el líquido todavía estaba hirviendo...

Cinco capitanes y veinte tenientes de Operaciones Especiales

llegaron uno detrás de otro. La tienda se iba llenando de hombres enfundados en armaduras como guerreros medievales. Los radiadores iban caldeando rápidamente la atmósfera y los oficiales se despojaron de sus equipos.

En una hora ya estaba todo dispuesto para empezar la conferencia en la cual el Vicealmirante Aznar expondría sobre un mapa los detalles de la “Operación Rescate”.

Mientras los mandos atendían al Vicealmirante, fumando y tomando café, alrededor de la primera tienda iban apareciendo otras, especialmente bajo los árboles rojos. De la escotilla del “trompo” salía un hombre armado y equipado cada minuto, pero en ningún momento hubo confusión ni amontonamientos. A medida que las tiendas surgían del suelo eran ocupadas por los soldados...

Antes del amanecer había allí seiscientos hombres, todo un pequeño y sofisticado ejército de cuya presencia los ankoranos no tenían ni la menor sospecha. La “Traslator K” había trabajado con rapidez y eficiencia.

* * *

El último parte meteorológico facilitado por la televisión de Iqua anunciaba buen tiempo con cielo despejado en toda el área de operaciones.

—Será esta noche —dijo el Vicealmirante.

Durante todo el día, hasta bien entrada la tarde, un centenar de “abejorros” habían estado volando continuamente, familiarizando a los controladores con los objetivos que deberían cubrir con sus armas miniatura. Estos objetivos comprendían todos los accesos a Iqua: aeródromo, carreteras, ferrocarriles, túneles y puentes, y en un área más restringida los accesos a la zona donde estaba situado el astillero de la Empresa Nacional Acade.

Mientras las Tropas Especiales tomaban silenciosamente la fortaleza de Ingar, los “abejorros” kamikaze atacarían en una primera oleada a los acuartelamientos de las fuerzas del Ejército y la Policía, atravesando como proyectiles los cristales de los dormitorios y haciendo explosión en el interior de éstos.

Se contaba con que este inesperado ataque dejaría considerablemente mermados y confundidos a los efectivos

militares de la ciudad. La confusión sería todavía mayor cuando los “abejorros” atacaran simultáneamente el aeropuerto, la estación del ferrocarril y las líneas del “metro”. A éste seguiría un ataque contra las industrias establecidas en todo el perímetro del fiordo, de modo que pareciera que estaban siendo bombardeadas desde el aire.

Los “abejorros” vigilarían también la única carretera de acceso a la fortaleza, y todas las calles a un lado y otro de la ruta que los seis mil prisioneros liberados deberían seguir para llegar hasta la máquina Karendón gigante. Por supuesto, el astillero habría sido tomado antes por una pequeña fuerza de tropas de asalto equipadas con “back” y subfusiles de “luz sólida”.

La misma fortaleza de Ingar había sido cuidadosamente escudriñada por los incansables insectos mecánicos, haciéndose de modo que las Tropas Especiales se familiarizaran con el que iba a ser su campo de batalla. A través de las pantallas de televisión se indicó a los soldados los lugares precisos que cada uno debería cubrir. La guarnición de la fortaleza era de quinientos hombres.

—Hay que eliminarlos todos —fue la implacable orden que recibieron.

Los hombres comieron poco antes del anochecer y a continuación se prepararon sus armas y equipo. Era ya de noche cuando se enfundaron en sus armaduras de “diamantina” azul, se calaron los auriculares y el micrófono y salieron de las tiendas llevando la escafandra bajo el brazo. El cielo estaba totalmente despejado, y las ráfagas de luz procedentes del planetillo Valera alumbraban intermitentemente el nevado paisaje.

El Vicealmirante Aznar salió de la tienda de la Plana Mayor ya equipado con armadura y “back”, llevando en la mano su arma de “luz sólida”. En el interior de las tiendas, los cien controladores dispusieron sus negras maletas y encendieron las pantallas de televisión en color.

Las Tropas Especiales recibieron una sola orden:

—¡Cálense las escafandras!

Se suponía que cada hombre estaba preparado, de modo que no era necesario hacer ninguna advertencia. Algunos hombres llevaban consigo escaleras de cuerda arrolladas bajo el brazo. El Vicealmirante Aznar abrió el botón regulador alojado en una depresión de la “diamantina” que cubría su muslo derecho.

Mientras se elevaba silenciosamente en el aire llegó hasta los auriculares de la tropa la voz enérgica del Coronel Baker:

—¡Despeguen!

La tropa se elevó sobre las copas de los árboles y voló a baja altura en dirección a la fortaleza, cuya maciza mole se recortaba contra el fondo del cielo continuamente alumbrado por los relámpagos. Antes de llegar a la montaña se dividieron en dos grandes grupos; uno por la derecha y otro por la izquierda, quedando en el centro el Vicealmirante Aznar con veinte hombres y el Teniente López. Este pequeño grupo inició la escalada deslizándose casi a ras de las rocas que asomaban entre la nieve.

Al llegar al pie de la muralla se detuvieron mientras el Teniente López desenvainaba su afilado cuchillo y ascendía solo hasta alcanzar la parte alta del murallón, desde donde espío los movimientos del centinela. Un minuto después el centinela ankorano dejaba escapar un débil gemido cuando la hoja de cuchillo le cortaba la yugular.

Con poca diferencia de minutos, otros veinte centinelas hallaban la muerte de igual modo.

Quinientas dos figuras negras volaron por encima de la muralla e invadieron silenciosamente los patios de la fortaleza. El grupo principal se dirigió al acuartelamiento de la tropa, mientras todos los hilos telefónicos eran cortados con alicates y cuchillos.

El Vicealmirante Aznar se dirigió con el Teniente López y sus veinte hombres al túnel por donde los prisioneros solían salir a pasear al patio. Una recia verja de hierro cerraba la entrada al túnel. A través de los barrotes podía verse una bóveda a la que daban dos puertas, y al fondo otra puerta de barrotes, entre las dos puertas paseaba un centinela con su fusil de “luz sólida” al hombro. Por la puerta de la derecha salía alguna luz, y dentro se escuchaban voces y risas.

Un soldado valerano se quitó la escafandra y empuñando su subfusil de “luz sólida” se deslizó pegado al muro para asomar cautelosamente la cabeza. Cuando el centinela iba a dar media vuelta fue atravesado de parte a parte por un rayo de luz, amarilla y brillante como una barra de oro del grosor de un lápiz.

Mientras el soldado se apartaba y disparaba su arma contra la cerradura de la puerta, el Vicealmirante y el Teniente López salían

de su escondrijo. El disparo del soldado había sonado como un latigazo, y el ruido fue todavía mayor cuando el rayo de “luz sólida” mordió el acero como un soplete.

Se abrió la puerta de la derecha y salió un hombre. López le disparó a través de los barrotes mientras el soldado empujaba la puerta y decía:

—Está abierto.

El Vicealmirante cruzó corriendo la verja y se dirigió a la puerta donde el ankorano había caído fulminado. Era, como se presumía, un cuerpo de guardia especial para los prisioneros. Dentro había veinte hombres, la mitad de ellos en los camastros y el resto jugando alrededor de una tosca mesa.

Irrumpiendo en el cuerpo de guardia, Miguel Ángel Aznar barrió a derecha e izquierda moviendo su subametralladora a la altura de la cadera. Los rayos de “luz sólida” atravesaban limpiamente a los hombres, a la mesa, a cuanto se ponía por delante, y abrían agujeros en los muros haciendo saltar astillas de piedra. El Teniente López y el soldado que le seguía entraron a continuación y remataron a los ankoranos con sus armas lumínicas.

Cuando el Vicealmirante regresó al túnel estaba saltando la cerradura de la segunda puerta de barrotes. Detrás de la verja se veía una escalera, y del sótano subía un olor caliente a humanidad hacinada. Los rayos de “luz sólida”, después de atravesar el acero de la cerradura, pegaban en la bóveda de la escalera, provocando ruidosas explosiones que desprendían grandes desconchaduras de roca y argamasa.

Al quedar expedita la puerta, Miguel Ángel Aznar echó a andar bajando la escalera. El Teniente López se situó a izquierda y un sargento a su derecha, todos empuñando sus armas, listos para cualquier sorpresa. La escalera estaba excavada en la misma roca de la montaña y describía un semicírculo. Al final de la escalera había otra puerta de sólidos barrotes, y detrás de ésta una muchedumbre asustada, silenciosa y expectante. Eran valeranos.

El Vicealmirante Aznar levantó la mano para conectar el altavoz exterior al circuito telefónico. Lo puso a todo volumen y su voz se escuchó retumbante como a través de un megáfono:

—¡Soy el Vicealmirante Aznar! ¡Valeranos, venimos a liberaros! ¡Viva Valera!

Un aullido ensordecedor contestó al grito de Miguel Ángel Aznar. Hombres y mujeres se precipitaron hacia la verja, que se movió y crujió bajo aquella avalancha humana. Las tres altas figuras vestidas de vidrio azul y los otros soldados que iban apareciendo detrás, despertaron el delirio de los prisioneros. Éstos sacaban los brazos por entre los barrotes para tocarles.

—¡Por favor, serénense y háganse atrás para que podamos disparar contra la cerradura! —gritó el Vicealmirante a través del altavoz.

La muchedumbre retrocedió, pero el ruido no bajó de tono.

La puerta quedó abierta y la muchedumbre avanzó de nuevo en forma de ola impetuosa, cayendo sobre el Vicealmirante y sus hombres y derribándoles en tierra. Afortunadamente las armaduras de “diamantina” preservaron a los liberadores de todo daño. Pero hubo contusionados entre los liberados y los soldados tuvieron que poner sus altavoces a todo volumen para hacerse oír.

Muchos de los prisioneros ya estaban corriendo como locos escaleras arriba cuando el Vicealmirante Aznar dirigió la palabra a los prisioneros. Éstos parecieron un poco decepcionados al conocer que sólo se trataba de un “comando” compuesto de medio millar de hombres, no un verdadero ejército liberador.

—¿No hay Ejército, ni transportes siderales? —preguntó un hombre haciéndose portavoz de los demás—. ¿Cómo vamos a regresar a Valera sin transportes?

—Su regreso está asegurado, en tanto y en cuando sean desmaterializados en una Karendón. Los ankoranos han instalado una Karendón de grada en uno de sus astilleros. Vamos a meterles a ustedes en grupos de quinientos o seiscientos y a desintegrarles en esa Karendón. Hay otras cintas perforadas de ustedes en los sótanos del Ayuntamiento de Nuevo Madrid. Al ser desmaterializados aquí, serán restituidos allá. Sería conveniente que conociéramos el número de identidad de cada uno de ustedes para que nuestras computadoras puedan seleccionarlos entre los miles de rollos de cinta que tenemos en Valera. Si están organizados habrán confeccionado una lista de todos cuantos se encuentran en esta fortaleza. ¿Dónde está el Alcalde señor Benet?

—Éste no es el único subterráneo. Hay varios más y el Alcalde se encuentra en otro grupo. Pero tenemos una lista de los de aquí —

dijo el hombre que hacía de portavoz.

—De acuerdo, démela. A partir de este momento deberán ustedes comportarse de forma disciplinada para que todo se resuelva sin incidentes y en el menor tiempo posible. Van a bajar andando por la falda de la montaña hasta el puerto. Nuestros hombres les guiarán y escoltarán volando por encima de la columna. Tomen sus mantas y ropas de abrigo, afuera hace frío. Eso es todo.

Miguel Ángel Aznar tomó la lista de prisioneros y salió del sótano para reunirse en el patio con el Coronel Baker. Todo había salido a la perfección. Las Tropas Especiales estaban forzando las puertas de los otros subterráneos donde estaban los prisioneros.

—Podemos atacar y apoderarnos del astillero —terminó Baker.

—Hágalo. Esperaremos a tener noticias tuyas para empezar el ataque con los abejorros —dijo Miguel Ángel.

Minutos después el Coronel Baker salía volando por encima de la muralla seguido de doscientos hombres. Por el túnel iban apareciendo los primeros prisioneros envueltos en sus mantas. De otros túneles salían otros contingentes de prisioneros dando voces de alegría. Los soldados encaminaron a todos hacia la parte de la muralla donde estaban las escaleras. Otro grupo más numeroso se dirigió a la salida natural de la fortaleza para deslizarse a lo largo de la muralla y venir hasta el punto por donde toda la columna debería bajar hasta el puerto.

Un soldado vino acompañando a un hombre vestido con un capote de tosca confección, consistente en practicar un agujero en el centro de una manta para sacar la cabeza. Era el Alcalde de Nuevo Madrid, señor Benet.

El señor Benet estrechó la mano enguantada de vidrio del Vicealmirante. Éste conservaba puesta su escafandra, pero podía escuchar perfectamente al Alcalde a través de los micrófonos exteriores y los auriculares que ceñían sus oídos.

El Vicealmirante contestó a las preguntas del señor Benet. Éste supo con asombro que Valera había estado en la Tierra, que desalojó de allí a los Hombres de Titanio y que posteriormente había viajado de nuevo a través del hiperespacio hasta llegar a una galaxia desconocida, donde gravitaba un planeta llamado Uhlan.

—Usted lo recordará todo en cuanto sea restituido por medio de

la cinta perforada que tenemos en Nuevo Madrid. Y al reaparecer allí habrá olvidado todos sus sufrimientos vividos aquí. Si tiene la lista de los prisioneros de esta fortaleza, démela; nos será muy útil para encontrar sus cintas —terminó diciendo el Vicealmirante.

Después de recibir la lista, Miguel Ángel Aznar rogó al señor Benet que colaborara con los soldados y los oficiales para poner orden en la disciplinada muchedumbre que corría por todas partes armando un ruido innecesario. El Alcalde estrechó de nuevo el guantelete del Vicealmirante y se marchó.

Miguel Ángel Aznar subió a la muralla, desde la cual se alcanzaba una amplia perspectiva sobre el puerto y gran parte del fiordo. Desde allí pudo ver a la abigarrada columna que se dirigía ladera abajo en dirección al puerto. Esperaba escuchar de un momento a otro la voz del Coronel Baker, y ya le impacientaba la tardanza de éste en informar. Se dirigió a una esquina en la cual se levantaba un chato torreón.

Pasando sobre el cadáver de un ankorano, tomó una escalera y subió a lo alto del torreón. En este momento llegó a sus auriculares, muy clara, la voz de Baker:

—Atención, Furias. Hemos tomado la grada.

—Los prisioneros están bajando. Manténgase ahí cueste lo que cueste.

—Aquí estaremos.

—¿Coronel Oliveros? —llamó el Vicealmirante.

—Sí, señor. Los “kamikaze” están en posición —respondió a través de la radio la voz del comandante de los controladores.

—Adelante.

El Vicealmirante contempló la ciudad, que desde esta esquina de la muralla dominaba en toda su extensión, acogida en la depresión entre las montañas, con todas sus luces brillando fastuosamente.

De pronto estalló una potente luz verde-azulada, seguida inmediatamente por otras cincuenta o sesenta que se esparcían por diversos lugares de la ciudad y su entorno. Los “abejorros” atacaban los acuartelamientos del Ejército y la Policía. Aunque la carga nuclear de los “abejorros” era pequeña, su potencia destructora era considerable, y su ruido todavía mayor que los destrozos que ocasionaban.

Varios edificios empezaron a arder aquí y allá mientras llegaba

hasta la fortaleza el eco de las explosiones. Cada controlador dirigía un centenar de veloces “abejorros”. Mientras la “colmena” esperaba a cierta altura, el controlador de cada grupo dirigía un insecto tras otro al objetivo. En este momento había 10.000 “abejorros” zumbando sobre la ciudad y el puerto. Otros se dirigían a atacar el aeródromo y el ferrocarril.

Las explosiones no cesaban un sólo instante, desencadenando un bombardeo que puso a toda Iqua en alarma. Ardían numerosos edificios. A continuación empezaron a llegar los relámpagos del bombardeo que los “abejorros” estaban lanzando simultáneamente sobre el aeródromo y la estación del ferrocarril. Los numerosos puentes que unían la ciudad sobre el riachuelo que la cruzaba también estaban siendo atacados. El terror cundía en toda la ciudad y al trueno de las deflagraciones nucleares se sumaba un clamor de voces asustadas.

El Capitán Ávila comunicó por la radio que la vanguardia de la columna estaba cruzando entre los docks y los almacenes entre la falda de la montaña y el puerto, a la vista de unos cuantos sorprendidos ankoranos. La “escuadrilla” de apoyo acudió a la faja de terreno entre la montaña y el fiordo. Un vehículo de la Policía que circulaba por allí voló por los aires al estrellarse un “abejorro” entre las ruedas. Un insecto se fue contra un depósito de petróleo de la refinería. Un “geiser” de petróleo ardiendo se elevó a enorme altura. Otros depósitos empezaron a arder.

—Ahora tenemos mucha más luz —informó el Capitán Ávila que conducía la columna de prisioneros—. Estamos entrando en los astilleros. Los ankoranos han huido espantados.

Los “abejorros” bajaban en picado desde las alturas y explotaban en las calles que desde la ciudad conducían a la orilla derecha del fiordo. Trataban de aislar aquella zona del puerto del resto de la ciudad. La nube de insectos se trasladó desde el extremo opuesto de Iqua al fiordo. Atacaban las factorías.

Grandes llamas se levantaban por todas partes. El petróleo derramado corría como un río de fuego a verterse en el puerto. Los barcos allí anclados y la flota pesquera hacían sonar sus sirenas en demanda de auxilio. La confusión era enorme. El Coronel Baker informó lacónicamente:

—Todo va bien, nuestros técnicos han puesto en marcha el

reactor nuclear. La grada se está llenando.

Minutos después volvió a informar:

—El primer grupo ha sido liquidado. Vamos a llenar la grada de nuevo.

Desde el pie de la muralla, millares de valeranos se deslizaban como por un tobogán sobre la nieve. Se levantaban, corrían y se caían... Desde el aire los soldados de las Tropas Especiales les gritaban que tuvieran serenidad. Los prisioneros sólo querían llegar pronto abajo y no atendían a los consejos. Algunos tuvieron que ser asistidos por los soldados.

El bombardeo de los “abejorros” continuaba sobre el fiordo.

Alguien anunció que había visto unos camiones de bomberos dirigiéndose al puerto. Fueron interceptados por los “abejorros”.

De toda la ciudad llegaba un coro de sirenas, de bocinas, de gritos y de explosiones. El ataque de los insectos remitió. Todavía seguían allí, pero ahora se dedicaban a recorrer sistemáticamente las calles de la ciudad. Donde encontraban un vehículo de la Policía o el Ejército lo atacaban y destruían. Esto contribuía a sostener la atmósfera de terror e impedía al mando ankorano reaccionar ante la sorpresa.

Desde el alto torreón el Vicealmirante Aznar miró hacia atrás y vio que se había quedado solo en la fortaleza. El último grupo de rezagados corría ladera abajo. Entonces empuñó su subfusil, apuntó a la antena de televisión y disparó varias veces hasta cercenar la torre de acero y echarla abajo.

—El tercer grupo ha sido despachado —anunció el Coronel Baker por la radio.

—El enemigo no tardará en reaccionar —dijo el Vicealmirante—. Vengan a reunirse sobre la fortaleza en cuanto la vanguardia entre en el astillero.

Los ankoranos también conocían el uso del “back” y Miguel Ángel temía un ataque por parte de tropas aéreas. Afortunadamente los ankoranos ignoraban lo que estaba ocurriendo en los astilleros. ¡Ojalá tardaran mucho en darse cuenta!

—El cuarto grupo ha sido despachado. Dejo aquí un pelotón con López y acudo con el resto —anunció el Coronel.

El quinto grupo de prisioneros fue desmaterializado en la Karendón mientras Baker se dirigía con cuatrocientos hombres a la

fortaleza. Ahora que todos los prisioneros estaban reunidos en los astilleros, la Karendón se vaciaba y llenaba más aprisa.

Los “abejorros” estaban atacando las emisoras de radio ankoranas cuando Baker y su batallón alcanzaron la fortaleza. El sexto grupo fue desmaterializado en la Karendón gigante.

—Esto va muy aprisa —informó el Teniente López—. En dos cargas más los liquidamos a todos.

—¿Cuánta gente está metiendo en la grada de cada vez? —preguntó el Vicealmirante sorprendido.

—¿Y quién puede contarlos? Se amontonan allí dentro y cuando no caben más disparamos el “flash”.

El Vicealmirante ordenó al Coronel Oliveros que lanzara todas sus reservas sobre la ciudad en un ataque terrorista. Los “abejorros” atacaron los vehículos que corrían por las calles y las entradas al “metro”, donde la gente se amontonaba buscando un refugio contra lo que creían un ataque desde el aire. Era, en efecto, desde el aire donde eran atacados, pero no por ninguna aeronave como se creía.

El séptimo grupo había sido desmaterializado en la Karendón y López anunció que sólo quedaban unos quinientos para la vez siguiente.

El Coronel Baker se reunió con el Vicealmirante sobre la muralla. Las Tropas Especiales aterrizaron suavemente en la muralla y el patio interior.

—Esto va más aprisa de lo que habíamos calculado —dijo el Vicealmirante mirando a su alrededor.

En este momento explosionaron dos bombas nucleares de pequeña potencia en el aire, sobre la ciudad. El Coronel Oliveros anunció:

—¡Atención, un grupo de tropas aéreas se dirigen en vuelo hacia el puerto! Hemos hecho estallar dos insectos entre ellos y dispersado su formación. Ahora se dirigen hacia la fortaleza.

En efecto, desde la muralla vieron una nube negra que volaba en dirección a la fortaleza. Los hombres de Baker abrieron fuego contra los ankoranos. Éstos se detuvieron sorprendidos y empezaron a disparar a su vez. Los rayos luminosos rasgaban el aire como trallazos. Los soldados que estaban en el patio vinieron a sumarse a la lucha. Los ankoranos se retiraron perseguidos por los “abejorros”.

—Ahora ya saben que estamos aquí —dijo el Vicealmirante

pensativo—. No tardarán en lanzar todos sus efectivos sobre esta fortaleza, pero para entonces no debemos estar aquí. Vaya con su gente y que les desintegren en la Karendón después del último grupo. Es la forma más rápida de regresar a casa.

—Sí, señor. ¿Qué hará usted?

—Me reuniré con Oliveros y trataremos de evacuar a los controladores antes que nos descubran.

El Coronel estrechó rápidamente la mano enguantada del Vicealmirante y despegó seguido de sus hombres, picando como águilas en dirección al puerto.

Después de echar una última mirada a su alrededor, el Vicealmirante Aznar puso en funcionamiento su “back” y regresó al campamento. Estaba aterrizando cuando López informó:

—Ya están todos camino de Valera.

—Gracias, Teniente. Que el técnico regrese al campamento después de desintegrarles a ustedes. Buen viaje.

Miguel Ángel Aznar entró en la tienda donde el Coronel Oliveros dirigía, por control remoto, su unidad de “abejorros”.

—¿Cuántos bichitos nos quedan? —preguntó.

—Muy pocos, apenas un centenar —contestó Oliveros.

—Tómelos bajo su control y diríjalos al astillero. Después que hayan sido desmaterializados los comandos tenemos que destruir esa maldita Karendón. Los ankoranos no deben utilizarla de nuevo para deshacerse de los trabajadores extranjeros. Ordene a sus hombres que vayan entrando en el “trompo”. Llévense sus aparatos de control.

Los controladores empezaron a cerrar sus maletas negras.

A través de la pantalla de televisión Miguel Ángel Aznar vio a la tropa de Baker cuando entraba en la nave y se dirigían a la gigantesca Karendón. Los soldados entraron rápidamente en la caja llevando consigo su equipo y armas. Afuera quedó solamente uno de los técnicos para apretar el botón.

Cuando todo el Batallón Alfa hubo sido desintegrado, el técnico se caló la escafandra y salió por la puerta de la nave.

—Introduzca sus abejorros en la Karendón y hágalos estallar todos a la vez —ordenó el Vicealmirante a Oliveros.

Minutos después todos los “abejorros” estaban en el interior de la Karendón, a excepción de uno que era quien servía de “espía” y

transmitía las imágenes al control.

—Detónelos —ordenó Miguel Ángel.

La Karendón gigante voló en mil pedazos bajo la explosión simultánea de casi un centenar de “abejorros”, y con ella voló el techo, toda la nave y el mismo “abejorro” que fue lanzado a gran distancia sobre el fiordo. Oliveros, por último, hizo detonar el insecto “espía” y la pantalla quedó en blanco.

—Bien, Coronel. Ha sido un buen trabajo —suspirió el Vicealmirante—. Ahora nos toca a nosotros marcharnos.

Oliveros desconectó el control, cerró la maleta y siguió al Vicealmirante fuera de la tienda. En el cielo parpadeaba el planetillo Valera repitiendo su incansable mensaje:

“Éste es el planetillo Valera. A los valeranos cautivos de Ankor. Sabed que hemos vuelto para rescataros, y que estamos decididos a obtener vuestra libertad cueste lo que cueste. Tened ánimo y confiad en vuestros hermanos.”

Dos horas más tarde, el reactor nuclear del “Trompo M-701” detonaba por medio de un dispositivo de relojería. Cinco minutos antes, el Vicealmirante Miguel Ángel Aznar había sido el último hombre en desaparecer en la cámara de la “Traslator K”, accionada por un mecanismo automático. La deflagración nuclear fue de una potencia tremenda e hizo saltar por los aires la vieja fortaleza de Ingar, donde seis mil valeranos habían sufrido cautiverio durante un año terrestre. La ciudad en cambio no sufrió graves daños, por quedar al resguardo de la montaña.

Antes de partir el Teniente Echeveste había preguntado:

—¿Por qué no hacemos estallar el “trompo” sobre Iqua y acabamos con todo?

Pero el Vicealmirante Aznar se negó:

—No sería político, el Gobierno de Ankor se vengaría en los cuatro millones trescientos mil valeranos que todavía tiene en su poder. Además, en Iqua viven también medio millón de obreros no ankoranos. No debemos hacer pagar a justos por pecadores.

Minutos después Miguel Ángel Aznar salía de la cámara de restitución de una máquina Karendón en la base de Tampico, de donde había partido el Batallón Alfa de Tropas de Operaciones Especiales.

La primera persona conocida que encontró al salir fue Lauda

Conak, que corrió a cercar con sus brazos la sólida armadura de “diamantina” azul. El Vicealmirante se despojó de la escafandra y miró al Almirante Valenciano, que le sonreía un poco más lejos con una lista de nombres en las manos.

—Hola, Vicealmirante —saludó Valenciano—. Espero que esta lista no esté equivocada. ¿Sabe a quién acaba de liberar usted?

—Hubo mucha prisa y mucha confusión allá abajo. ¿Por qué lo dice?

—Su madrastra, la señora Aznar, figuraba entre esos prisioneros.

—¡No!

Lanzando un grito de júbilo el Vicealmirante estrechó entre sus brazos a Lauda y le estampó un beso en los labios. El Almirante José María Valenciano se alejaba sacudiendo la cabeza, murmurando por lo bajo:

“El viejo estaba contra esta operación. Si sabe antes que allí estaba su mujer, seguro que la anula. Sé lo que dirá. ¡Y ahora todos van a creer que hemos lanzado esa disparatada operación con el único fin de rescatar a mi esposa!”

F I N

Notas

[1] El titanio, como el silicio y el mismo carbono, se encuentran ampliamente difundidos en la Naturaleza y son considerados científicamente como los elementos básicos sobre los que podría construirse la vida en otros planetas. En la Tierra, la vida está constituida básicamente por el carbono. Los Hombres de Titanio, constituidos de titanio, tenían la forma de pequeños pulpos. Llegaron de algún lugar remoto del Universo y llegaron a dominar los planetas terrícolas, hasta que fueron de nuevo expulsados por los valeranos. < <

[2] VALERA debe este nombre al de su descubridor. Es un planetillo hueco de dimensiones parecidas a las de la Luna. Su diámetro externo es de 3.200 km (la Luna, 3.470). El diámetro interior es de unos 3.000 km, teniendo sus paredes un espesor de 100 km en promedio. Está constituido enteramente de un metal superpesado llamado “dedona”, de densidad 20.000, cuya más notable propiedad es cambiar de polaridad al ser inducido eléctricamente, y con ello rechaza la fuerza de atracción de las masas mayores que él mismo. Los valeranos viven en el interior sobre 28.300.000 km cuadrados, de los que dos millones están ocupados por los lagos. Disponen de una atmósfera y un sol artificial que les proporciona luz y calor. VALERA se desplaza en el espacio por sus propios medios, de donde le viene el calificativo de “autoplaneta”. A veces se le llama “orbimotor”. < <